

**ANECDOTARIO
DEL URUGUAYO
SANTIAGO MARCOS**



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO

Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO

Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS

Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA

Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 108

RAMÓN PIRIZ COELHO

ANECDOTARIO DEL URUGUAYO

SANTIAGO MARCOS

Preparación y cuidado del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Y DE JOSÉ PEDRO BARRÁN Y BENJAMÍN NAHUM

RAMON PIRIZ COELHO

ANECDOTARIO
DEL URUGUAYO
SANTIAGO MARCOS

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

MONTEVIDEO
1966

PROLOGO

Ramón Piriz Coelho, autor de este *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* que el lector tiene entre las manos, es, a mi juicio, ejemplo claro del hombre que sin haberse propuesto formalmente, en el curso de su vida, ser escritor, llega, sin embargo, a serlo por imposición de una íntima necesidad insoslayable. La actividad permanente del autor de *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* fue la del diplomático. Radicado por años en países europeos: Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza, las obligaciones de su carrera lo llevaron, también, a vivir largamente en diversos países americanos: Bolivia, Ecuador, Venezuela, Brasil, Argentina. Una vida así tiene que ser, por fuerza, rica en experiencia. Intensa y con no pocos atractivos. Se conocen seres, costumbres, paisajes diversos. Se abren amplios campos para la personal meditación. Pero una tal vida tiene que conocer, asimismo, la nostalgia del solar propio y la inquietud de no sentir una genuina radicación terrestre. El peregrino siente siempre, secretamente, su vida en vilo, y aspira a reposar, algún día, en el solar natal. Recordemos a los campesinos españoles que, al emigrar a América, traían el montoncito de tierra materna sobre el que habría de reposar definitivamente, en la muerte, su cabeza. Pienso que Ramón Piriz Coelho, en medio de tantos desplazamientos, sintió la necesidad de *radicarse* de algún modo en su propio país. Y para ello, escribió un libro. Un libro narrativo que lo ayudó

a sentirse radicado. Desde este punto de vista, *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* (La Paz, Bolivia - Revista "México", 1938), me impresiona, inicialmente, como una especie de gozosa reasunción de la tierra nativa, de la cual el autor anduvo tan lejos durante tantos años. A esta inicial impresión se suma otra que, en mi sentir, surge, como reacción inmediata y espontánea, de la lectura del libro de Piriz Coelho. ¿Cuál es esta impresión? Para subrayarla servirá una breve digresión. Hay obras literarias que, más que por su realización estética, atraen por sus destellos de calor humano, por la temperatura vital que sus páginas irradian. En estas obras interesa, antes que nada, el tono: sinceridad, frescura, carácter personal. En ellas se siente como subsidiaria la mayor o menor destreza con que el autor sabe dar salida a su genuina necesidad de comunicación. Y hasta ciertos desaliños, y aun alguna torpeza en el oficio de escritor, pueden resultar agradables: son signos ciertos de espontaneidad, del deseo de lograr una expresión lisa y llana que se tienda como un puente abierto a la receptividad del lector. Si, con todo rigor y afinando la calibración crítica, se intentara la creación de una escala de valores literarios, sería necesario, a mi juicio, establecer una categoría que albergara en sí el tipo de obras cuyos caracteres son los que, aproximadamente, quedan indicados. Son obras cuya denominación adecuada sería, quizás, la de *simpáticas*. Pues bien de esta naturaleza es esa otra impresión a que antes me referí. Como una obra *simpática* impresiona este *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*. A mi juicio, esta doble impresión que el libro de Piriz Coelho suscita, esto es: ser sentido como gozosa reasunción de la tierra nativa y como obra *simpática*, pueden valer como un primer acerca-

miento crítico. Ambas impresiones suponen, hasta cierto punto, una caracterización y una estimativa. Una y otra, desde luego, muy primarias o genéricas. Constituyen, valga la expresión, al modo de una *atmósfera crítica* con que conviene rodear al libro de Piriz Coelho para que una más incisiva penetración en él dé un adecuado rendimiento crítico.

II

Ramón Piriz Coelho escribió y publicó su *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* en los últimos años de la década del treinta. Su obra apareció, pues, hacia el final de un período bien definido de la narrativa uruguaya. Ese período, iniciado alrededor de 1920, aproximadamente, congrega un núcleo numeroso y calificado de escritores vinculados entre sí por algunos rasgos comunes. El primero y más saliente de esos rasgos es que todos buscan apasionadamente en la vida del campo y de las pequeñas ciudades del interior del país su materia narrativa. Fueron años en que nuestros narradores bucearon afanosamente en toda esa zona de la realidad que se juzgaba expresiva de lo más genuinamente autóctono. Ramón Piriz Coelho, con su *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*, se inscribe dentro de esa corriente de nuestra narrativa. Con lo cual queda dicho qué zona de la realidad nacional fija su atención de narrador. Mas es preciso, todavía, agregar algo, la identidad de interés por una misma zona de la realidad, no impidió a estos escritores concentrarse sobre ella desde posturas literarias e intuiciones de la vida radicalmente distintas. Y de ahí la diversidad de mundos narrativos creados a pesar

de la identidad del punto de partida. Piénsese, simplemente, y para visualizar con un solo ejemplo esa diversidad, en la diferencia que va de *Crónica de un crimen* (1926), de Justino Zavala Muniz, a *Los albañiles de "Los Tapes"* (1936), de Juan José Morosoli. En ambas obras hallamos seres humildes, vidas primarias. Pero, ¡qué heterogéneos entre sí son ambos orbes narrativos! Salvajemente trágico, intenso, de pasiones rudas y bárbaras, es el de Zavala Muniz; una viril melancolía corre por las páginas de Morosoli, pero sus personajes, que dejan muchas veces que la vida los gaste como el roce desgasta una moneda, están lejos de aquel primitivismo reluciente de barbarie. Son seres que viven con un ritmo lento y denso, como haciendo del cotidiano vivir una forma humilde de la heroicidad. Distinta es también la precisa pero esquemática manera narrativa morosoliana, que puede en una frase apresar lo esencial de un personaje, del intenso sondeo síquico a que somete Zavala Muniz a sus personajes. Así, pues, a pesar de la inicial unidad temática que vincula a estos diversos escritores, el conjunto de sus obras ofrecen una visión del país que tiene una cierta cualidad caleidoscópica, porque la materia narrativa que utilizan se refracta en sus libros de diverso modo. Cabe hacer estas observaciones, ya que también el libro de Piriz Coelho ofrece su sesgo personal en el enfoque de la realidad campesina. *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* se inscribe, pues, en una bien definida corriente de la narrativa nacional, pero lo hace, asimismo, con sus perfiles propios. ¿Cuáles son los rasgos que dan personalidad propia al libro de Ramón Piriz Coelho, dentro del conjunto ya tan vasto y, al mismo tiempo, tan matizado, de nuestra narrativa de tema campesino?

III

Toda obra literaria instaure, por una parte, una forma de soledad muy precisa: la constituida por su última, radical e intransferible temperatura humana y estética, pero, por otra parte, establece un modo de comunión tan preciso como aquella soledad: la constituida por sus contactos con las obras de análogos caracteres creadores que, en el conjunto de toda literatura, se organizan como una tendencia nítidamente reconocible. Para subrayar los rasgos más personales de una obra literaria es necesario tener en cuenta tanto aquella soledad como esta comunión. La exacta caracterización y estimativa de una obra literaria exige, por consiguiente, una operación análoga, en lo conceptual, a la que los lógicos demandan para la elaboración de una definición correcta. Definir consiste en insertar lo definido en el género próximo y señalar, luego, la diferencia específica. Insertar una obra literaria en su género próximo es precisar los caracteres de la comunión antedicha, determinar los rasgos que esa obra tiene en común con otras; subrayar la diferencia específica es penetrar en el recinto de esa soledad que la obra instaure y evidenciar lo que tiene de única. Ya en otra oportunidad, en el prólogo a los cuentos de Benjamín Fernández y Medina editados en esta misma colección, he procurado destacar algunos de los trazos característicos que definen globalmente el *criollismo narrativo* dentro del cual se inserta este *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*. No es ineludible repetir aquí lo afirmado en aquel prólogo. No es tampoco ineludible señalar uno a uno los rasgos diferenciales perceptibles en el libro de Piriz

Coelho. Para evidenciar la fisonomía personal que dentro del conjunto del *criollismo narrativo* tiene este *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*, alcanza, a mi juicio, con que se haga el *clima narrativo*, el aire particular que parece desprenderse de la obra y en el cual la misma se envuelve. Creo posible lograr tal fin mediante varias rápidas anotaciones en torno a algunos de los aspectos más importantes del libro.

¿Cuál es el cuadro general que Ramón Piriz Coelho ofrece de la campaña uruguaya en su *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*? Cuando esta pregunta se formula con respecto a cualquiera de las obras que integran el ciclo de nuestro *criollismo narrativo*, es necesario, previamente a un intento de respuesta, precisar la ubicación geográfica y temporal en que la acción se sitúa. Es necesario aún más: una determinación más especificada — estancia, chacras, campo abierto — del escenario en que la acción narrativa se encuadra. No son pormenores superfluos. Nuestros narradores criollistas se han esforzado en crear *seres concretos* y no un *tipo abstracto*: no *el hombre* de nuestro campo sino *los hombres* de nuestros campos. Esto es: considerado en su conjunto, dicho ciclo narrativo muestra, a través de los distintos autores y obras, los diversos tipos humanos que la evolución histórica ha ido haciendo aparecer en la campaña. Representantes de distintas etapas de una evolución, esos *tipos* muestran ciertos rasgos genéricos sobre los que se dibujan modificándolos, perfiles diferenciales. Y, de igual modo, aunque en forma no ya tan nítida, esa misma narrativa registra caracteres diferentes en sus personajes según las diversas zonas del país en que habitan. La localización geográfica y temporal, por consiguiente, en que se sitúa la acción narrativa, es

de no poca importancia para la comprensión de las obras de nuestro *criollismo narrativo* y para una más honda penetración en las intenciones creadoras de los diversos autores. Esas dos coordenadas — la geográfica y la temporal — son, en *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*, bien precisas. La acción narrativa se sitúa en la zona litoral de nuestro país: en la estancia “*Los Alamos*”, de don Juan Marcos, ubicada en el departamento de Paysandú, en las cercanías del río Queguay y el arroyo Buricayupí (véase comienzo del capítulo VIII). Hay dos rápidos desplazamientos de la acción a otros escenarios: a Paysandú (capítulos VII y VIII) y a Buenos Aires (capítulos-epílogo XXI y XXII). Pero, a los efectos del *clima narrativo*, el escenario que importa es el campesino. En cuanto a la época, también está fijada con exactitud: en el capítulo I, el autor indica que la acción comienza el 8 de marzo de 1908; en el capítulo XXI, señala que se cierra en julio de 1914. Dentro del marco narrativo creado por estas dos coordenadas, encierra Piriz Coelho la acción. ¿Cuál es ésta? Dicho muy brevemente: las varias vicisitudes por las que atraviesa un “*gauchito*” adolescente, Santiago Marcos, hijo del dueño de “*Los Alamos*”. Esas vicisitudes, en su mayoría, tienen su origen en el carácter un tanto trapisondista y propenso a amores y amoríos de Santiago. No son, ciertamente, aventuras excepcionales, aunque, en más de una ocasión, ponen de manifiesto el evidente coraje del “*gauchito*”. Pero hay algo más que debe ser claramente destacado: ese hilo anecdótico se va tejiendo sobre el entramado constituido por cierto número de escenas típicas — carreras de parejeros, timbas, jugadas de taba, bailes campesinos — y le permiten al autor movilizar, también, un conjunto no menos típi-

co de personajes. Agréguese, todavía, que el autor intercala la narración de algún "suceso" totalmente ajeno al protagonista pero muy característico de la vida de campaña, y se tendrá un primer indicio del *clima narrativo* constituido por *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*. Lo dicho sugiere, creo, que para intuir el clima narrativo del libro de Piriz Coelho el lector debe tener en cuenta que sus trazos sustanciales son los siguientes: costumbrismo, a través de descripción de escenas típicas; color local de una zona bien especificada del país; incursión en aspectos de la vida de una estancia de comienzos de este siglo; representación de algunos tipos de nuestra campaña de la misma época: viejos que conservan, aun acusados, resabios del gaucho, aun cuando éste como realidad histórica ha desaparecido, y jóvenes, el *paisano* o *criollo*, en los cuales los atributos del gaucho se muestran ya muy evolucionados.

Esta inicial caracterización del clima narrativo de *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* requiere ser completada. En lo anterior he atendido, especialmente, a los elementos objetivos que lo componen: época, lugar, costumbrismo, color local... Pero toda realidad puede ser vista desde distintas perspectivas íntimas, y, según sea esta perspectiva, esa realidad, al ser transmitida, una diversa fisonomía. La perspectiva íntima con que Ramón Piriz Coelho ve la realidad que en su libro trata es, diré así, recatadamente emocional y predominantemente humorística. Ese humorismo corre por casi todas las páginas del libro: a veces, a flor de piel, otras, soterrado o subyacente. Ese humorismo, que sólo desaparece del todo en algunos momentos de mayor intensidad dramática, es menos verbal que de contenido: consiste en un modo de ver y construir las

escenas y los personajes. Es un humorismo que yo siento como muy característicamente nuestro pero que, en rigor, resulta difícil de definir. Es un humorismo que nace de ver el lado grotesco de ciertas realidades, de enfrentar algunas situaciones por medio de un esguince burlón, de reír, quizás forzosamente, incluso de lo que nos duele, de acentuar el trazo caricaturesco de lo que más que risa podría merecer conmiseración. Ese humor que bordea lo grotesco, y que resulta indefinible, como indefinible resulta, según Chesterton, todo lo que realmente interesaría que pudiera definirse, está, en especial, presente en el capítulo XIV, cuando se describe la cancha de taba, la tercera y más humilde de las tres, donde se expansiona el "savalage". Léase esta descripción:

Don Pancho, tristón y sin medio, se retiró a formar corro en un grupo de colegas "trasquilaos", que se consolaban hablando de sus diversas habilidades y recordando tiempos mejores... En aquel ameno debate dilucidaban asuntos de trascendencia sin igual los conocidos ciudadanos del pago Abdón Zanabria, Maneco Colorao, Maneco Tatú, Par de Botas Bandeira, El Chivo Aguilera y don Juan Paulo González. A ellos se incorporó el amigo Güira, y momentos después, desposeído ya de sus postreros vintenes, el muy ilustre don Doroteo Ramírez. Se trataba de ocho personajes de alta alcurnia en las copas, concurrentes infaltables a todas las reuniones y fiestas de pulperías pero de muy precaria situación económica en todas las estaciones del año.

Zanabria y González eran, socialmente, lo mejorcito del grupo. El resto lo componían seis viejos haraganes y borrachones, enemigos empedernidos de todo aquello que significara trabajo. Abdón y Juan Paulo

no eran así. El primero se prestaba como cocinero en las esquilas, "yerras" y mensuras de campo. El segundo trabajaba en guascas y tenía para labor tan sutil como para las copas, vocación artística... Además, se distinguía en calidad de "embellonador". Ninguno de los dos jugaba. Solamente bebían. Juan Paulo siempre, como fanático idólatra de Bacus. Abdón, ocasionalmente, y nunca perdía los estribos. Y ambos gastaban la platita bien ganada sin remordimientos de conciencia. Con los restantes seis caballeros, la cosa era distinta: bebían y jugaban. Para conseguir dinero cerdeaban sus caballos, y algún ajeno si se presentaba la oportunidad, y así juntaban capitalito que les servía "pa despuntar el vicio" con un poco de yerba, caña y taba... La carne y otros menesteres podían adquirirse con cierta facilidad contando con los sentimientos generosos del vecindario "acomodao" que a veces regalaba de buen grado y a veces por temor que le carnearan las ovejas en algún zanjón apartado, a las sombras de las noches estrelladas y sin luna... Por lo demás, las chinas sembraban para choclos y daban hijos todos los años... ¿Qué más podía pedirse?... Más tarde los gurises servían para juntar leña, traer agua, pedir "fiao al pulpero", pescar bagres, cabezas amargas y tarariras en las lagunas del Sauce, Soto y Buricayupí... ¿Qué más podía pedirse?... ¡Así era linda la vida!...

Hay, en esta presentación de tipos, sin duda, algo de humor entre gris y negro. Se acentúa lo grotesco. Casi despiadadamente, se caricaturiza todo lo que los personajes tienen de miseria física y moral. Pero hay más todavía. Los mismos personajes adoptan ante ellos mismos un idéntico sesgo burlón. Véanse estos comen-

PROLOGO

tarios, hechos por "gauchos rotosos", cuando otro, tan "rotoso" como ellos, entra a tallar en la taba:

Echó suerte Doroteo Ramírez, alias "El Tigre", y con aplomo extraordinario apretó la taba Pancho Güira, quien escudriñando su cinto viejo consiguió juntar tres reales después de haber recurrido a los últimos vintenes matreros. La labor tenaz de Pancho provocó comentarios como estos:

—Cuidao, muchachos, ta tanteando su lagarto viejo Su Eselencia el miyonario Güira y van a correr las doradas de cabayito como el agua e Buricayupí cuando sale campo ajuera rempujao por la creciente el Queguay...

—Den cancha, señores, que Matos Neto se juega sus veinte mil noviyos...

—Entuavía le quedan otros veintemil en la cabeza...

—No molesten al acaudalao don Luis Inacio García...

—Por la parada parece él el dueño e la estancia "Las Delicias"...

—Pa mi qu'es don Jacinto Larrachea...

—¿O será Mongrell que se juega la cabaña?...

—¿O el dotor French que arrieja los toros importaos?...

—Debe ser don Anibal da Souza..., o el dotor Gallinal...

—Pa mi qu'es algún príncipe o ray disfrasao de perro sarnoso...

Esta burla que los personajes hacen de la miseria ajena, que es, en rigor, su propia miseria, ya que todos viven un estado de miseria compartida, es característica del humor rioplatense, y Piriz Coelho recoge ese sesgo humorístico no sólo cuando hace hablar a los personajes sino también a través de la perspectiva sub-

jetiva con que él mismo los enfrenta. Las páginas del libro se hallan así, como impregnadas de ese "humor" tan particular que he procurado, a través de algunas transcripciones, hacer intuir. El "habla" de los personajes, reitero, acentúa la presencia de ese humor. Es un "habla" jugosa, llena de inventiva, con eficaz aprovechamiento de giros populares, y que extrae expresividad hasta de lo que linda en lo grosero. Para dar una fugaz idea de esa "habla", propondré varios ejemplos. Un curandero brasileño, que casi ha matado a una familia entera, se justifica así: —"*Güeno, eu no tiño a culpa; a maneia taba fresquiña e eu no sabia qu'era de un cueiro de un animal morto de grano malo, o iso que us gringos yaman carbuncló. Foi una injusticia, mais me aplicaron seis meses de prison. Sorte danada! No hay justicia en este país!*" Una china desdenada se dirige así a un mozo: —"*¿El gringo no desearía que yo le diera unos abrojos pa su linda melena rubia que relumbra al sol lo mesmo que cerda de chanchó colorado?* Un personaje describe así la tremenda situación de miedo por la que pasó otro: —"*Se le aflojaron tuitas las coyonturas, se le cayó la carrettiya y la baba le bañó la pera, y, coligiendo por el ruido e sus achuras y por cierta gedentina, se le aflojó hasta el aniyo el niengue!*...

Una observación más quiero hacer entrar dentro de este capitulillo. Dije antes que la ubicación geográfica de la acción narrativa es una determinante de ciertos rasgos de las obras de nuestro *criollismo narrativo*, ya que a través de sus obras, y según sea la zona de ubicación geográfica de la acción, se han subrayado matices diferenciales en los rasgos psicológicos de los personajes. Matices que provienen no de la singularidad individual sino del medio ambiente que ofrece peculia-

PROLOGO

ridades bien discernibles de las de otros. No se debe extremar la afirmación hasta suponer que dos obras cuya acción tenga idéntica ubicación geográfica han de tener caracteres absolutamente iguales. Otros factores intervienen y llegan a determinar variaciones sustanciales. Pero, en muchos casos, se pueden establecer aproximaciones que corroboran aquella afirmación. Una de esas aproximaciones es la de *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* con la labor narrativa de Adolfo Montiel Ballesteros, la cual suele desarrollar su acción, también, en la zona litoral del país: Salto. Entre la obra de Montiel Ballesteros y el libro de Piriz Coelho hay, efectivamente, afinidades bien ostensibles. Pienso, especialmente, en cuatro libros de Montiel Ballesteros: *Alma nuestra* (1922), *La raza* (1925), *Luz mala* (1930) y *Castigo e' Dios* (1930). Para estos libros, son transferibles muchas de las observaciones sobre el "humor" que impregna las páginas de Piriz Coelho y que quedan antes anotadas. Aunque, eso sí, en Montiel Ballesteros ese "humor" es menos tosco o abrupto y más tocado de matices líricos. De igual modo, tanto algunos personajes de Montiel como otros de Piriz Coelho tienen una cierta traza caricaturesca muy bien lograda. En uno y otro escritor, por otra parte, campea una sensualidad fuerte y sana, un erotismo tan auténticamente vívido que se le siente como una forma de salud moral. "Los relatos de Montiel están impregnados de crudas sensaciones de color, de olor, de gusto; su sensibilidad es más corporal que anímica", ha escrito Zum Felde. Cabe aplicar exactamente las mismas palabras a Piriz Coelho y su libro. Sus páginas no son las de un contemplativo, sino las de quien, con verdadera fruición casi corporal, procura apresar la realidad.

IV

Una idea de cuál es el *clima narrativo* de *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* queda esbozada, a mi juicio, con las anotaciones que anteceden. Corresponde apuntar, ahora, algunas observaciones sobre los personajes. Son muchos los que moviliza el autor en las páginas de su libro. Pero, en verdad, y aparte del personaje protagónico, no ha sido preocupación del autor hacer en ellos un calado psicológico profundo. La mano del autor, es cierto, se ha movido rápida y certeramente trazando perfiles bien delineados, pero su intención ha sido detenerse en esa superficie. He dicho ya que estos personajes son representativos de un momento de la evolución de nuestra campaña, y he señalado, también, que asumen por momentos un trazado casi caricaturesco. Dentro de este cuadro general, se singularizan algunos tipos: don Juan Marcos, prototipo del viejo patrón de estancia, lleno de experiencia y de nobleza; el capataz, don Eufrasio Cardozo; Eleuterio, el hijo de don Segundo, "*medio idiota merced a la educación del garrote que le prodigaba diariamente su padre*"; las figuras femeninas: Juanita, Guillermina, Isabel... Cabe señalar, asimismo, que, como en otras novelas que muestran estancias de la misma época — por ejemplo: *Castigo e' Dios*, de Montiel Ballesteros, y *Pasar...*, de Mateo Magariños Solsona — aparece en ésta de Piriz Coelho el tipo pintoresco del extranjero radicado en la campaña: el andaluz Francisco Peral, al cual el autor presenta, y lo mismo hacen los dos antes citados, como un tipo cómico pero visto con simpatía. Otra presencia que debe ser subrayada, por insólita en nuestro *criollismo narrativo*: los

gitanos, que adquieren, conviene destacarlo, papel principal en algunos de los capítulos finales.

Unas palabras, ahora, sobre el personaje protagónico. No se trata de un personaje de psicología compleja. Indiqué ya algunos de los elementos que lo definen: es un "gauchito" adolescente, un tanto trapiondista y dado a amores y amoríos. Puede agregarse que lo adornan algunas virtudes: coraje, generosidad, innato buen corazón. En su formación influye la paisanada que lo rodea, que le inculca la idea de que "para ser hombre había que beber, jugar, pelear y conquistar mujeres". De ahí que muestre, por momentos, ciertas aristas de compadrito, de las que él mismo trata de corregirse cuando regresa de cursar estudios en el "Instituto Sanducero", de Paysandú. Cuando la casualidad pone en sus manos los poemas de Homero, los lee y hace una graciosa interpretación de héroes y dioses. Pero esta lectura le despierta aficiones poéticas y literarias. Estos rasgos definen, en general, la personalidad de Santiago Marcos. Pero si ésta es, me permitiré decir así, la definición del personaje, cabe, también, una interpretación del mismo. Para llegar a ella es preciso recordar que *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* muestra nuestra campaña en un momento de transición. Nuevos métodos de explotación agropecuario están transformando las formas de vida de la "estancia vieja". En el capítulo XXII, cuando tras una larga ausencia, Santiago regresa a la estancia "Los Alamos", encuentra allí a los viejos Eufasio Cardozo, Cayetano Fernández y Virginio Collazo. Ellos dan la pauta de esa transformación. El viejo Cardozo se expresa así: —"Ay, gurí, qué transformación dende que te juiste la primera vez! El país se va agringando! En seis años todo ha cambiao, y se van concluyendo las

camperriadas... Ya no quedan cuasi rodeos y el lazo ta siendo sustituido por los bretes áunde se encierra el ganao pa la capación, las marcaciones y hasta pa los apartes. ¿No ves ayá los palo a pique? Son los bretes"... Y luego concluye: "Ya no servimos ni pa tráir agua! En áura los piones ya no usan chiripá ni bombachas anchas... Se presientan de de bombiyas cuando no de pantalones de montar como estás vos... Si parecen esas arañas barcinas y vayas, de piernas fintas pero culonazas! Los capataces son en áura unos mocitos letraos. Y ansina es todo. Esta tierra v'al di-sastre, gurí! Quiera Dios yevarme pa su cueva el cielo antes que yo presencie a mi páis agringao del todo!

Esta elegía, o epicedio por una vida rural ya casi extinguida, es completada por don Cayetano, que dice: —*"Aura todo es pura chafalonía, che. Empiesan a venir los autos, las máquinas de esquilar y los arados a motor. Fierro viejo que dentra al páis a cambio de oro! Dicen qu'es el progreso, no? Güeno, antes no teníamos tanto progreso pero teníamos menos malicia y menos corrución, no! La palabra era un documento y hasta el más piojoso llevaba algunos riales en el cinto y mucha dinidá en el corazón! Cómo no, no! Sabíamos montar a cabayo y no necesitábamos los autos p'atravesar la campaña en el lomo de nuestros pingazos criollos, no! Pero nuestros manates amujerados quisieron imitar a los uropas y trajieron autos y máquinas pa cuasi todos los menesteres... Güeno, el señor nos castigó: la langosta viene todos los años y el páis ta yenito e'gringos! Qué Dios se apiade de mí y no me permita hablar arrevesao pa que me entiendan esos herejes! Pues bien; entiendo que Santiago Marcos puede ser interpretado como un personaje representativo del nuevo tipo de criollo que surge en nues-*

tra campaña durante esa etapa de transición. Posee algunos de los atributos del viejo gaucho, desde su altivez hasta su coraje. Coraje y altivez que en él, como en el gaucho, son tan pronto espléndidas cualidades como causa de actitudes negativas. Ama y se consustancia, asimismo, con ese medio rural del que es, casi, como un fruto natural. Pero en él hay infiltraciones ajenas a la telúrica entraña de donde ha crecido: el comienzo de una cultura ciudadana, y hasta esa lectura de Homero, del que hace su interpretación *sui géneris*. Es, en rigor, un tipo nuevo de hombre americano en estado de germinación. Un hombre, es necesario anotarlo, que comienza a huir del campo. Tras un período de trabajo en Buenos Aires, el lector halla, al fin de la novela, a Santiago embarcado en el "Arlanza", rumbo a Inglaterra. Una consideración más deseo apuntar. En la página preliminar del libro, titulada *Entra Santiago...*, se anuncia que pronto serán contadas otras anécdotas de su vida. Y como el libro se subtitula *Adolescencia*, es fácil sospechar que el autor pensaba, a través de más de un libro, contar el proceso de una vida entera. En éste se daba, tan sólo, la "adolescencia" de ese hombre nuevo que el autor muestra en sus páginas. El proyecto no se realizó. O, si fue ejecutado, no vio, que yo sepa, la luz pública. Y es lástima. El personaje posee buenas posibilidades de desarrollo.

V

En el prólogo a los cuentos de Benjamín Fernández y Medina, publicados en esta misma colección, he afirmado que para nuestros *criollistas narrativos* el acto de contar es un acto ambivalente: es, por un lado,

un acto estético, y, por otro, una contribución al conocimiento de la realidad nacional y a la consolidación de la misma. Esta ambivalencia es visible claramente en *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*. Los apuntes que anteceden subrayan las cualidades y calidades de esa ambivalencia. Unas palabras finales quisiera agregar. El libro de Ramón Piriz Coelho no es desde luego, un libro perfecto ni una de las obras cumbres de nuestro criollismo narrativo. El autor, a mi ver, repito, no se propuso, tampoco, ser un "escritor", en el sentido corriente del término. Fue un hombre que, en un momento de su vida, sintió intensamente la necesidad de contar y lo hizo con gozosa fluencia, dejando que lo mejor de su savia vital se trasvasara de sí mismo al papel. Sus páginas están caldeadas por la temperatura que les comunica esta auténtica necesidad de expresarse. Y de ahí que se lean con verdadero placer; de ahí, también, sus mejores hallazgos. Frente a esta cualidad, tan importante, el lector puede pasar por alto algunas caídas en lo sentimental proclive a lo cursi, y, también, la falta de rigor en la composición. El entusiasmo con que Piriz Coelho narra se comunica a su lector, y éste experimenta tanto el goce de leer como aquél ha experimentado el de escribir. No puedo, aquí, sustraerme al deseo de recomendar a la atención del lector las calidades del capítulo III, donde el viejo Eufrasio cuenta sus peripecias después de la batalla de Tres Arboles. Por su lenguaje, por su fantasía que toca lo sobrenatural en la forma más inusitada, por sus chispazos de humor y por su sabor tan rioplatense es, en verdad, una pequeña obra maestra de "narrador de fogón". Desglosada del texto, podría figurar en la más exigente antología de nuestra narrativa. El mismo autor,

PROLOGO

por otra parte, según dicen, fue un excelente "causeur". Esto es: un narrador de fogón transferido al plano culto. Un retrato de Piriz Coelho lo muestra con un aspecto en que nada sugiere al diplomático. Es un rostro de viejo criollo, lleno de una serena, bondadosa simpatía y en el cual se perciben las huellas de una íntima vivacidad, como recatada y contenida.

ARTURO SERGIO VISCA

RAMON PIRIZ COELHO

Nació en la ciudad de Paysandú el 30 de agosto de 1872, hijo de don Delfino Piriz y de doña María Coelho. Realiza sus primeros estudios y pasa luego a Buenos Aires, donde sigue los cursos de la Facultad de Filosofía y Letras. Se inicia en el periodismo y la literatura escribiendo en "El Diario" y "Crónica" de Buenos Aires. Ingresa en la diplomacia, siendo nombrado vicecónsul honorario en Londres hacia 1914. Es trasladado a Bolivia como Encargado de Negocios y luego Ministro Plenipotenciario. Allí dirige "El Diario" de La Paz y publica en 1938 el *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos*. Más tarde pasa con el mismo cargo de Ministro a Venezuela, donde colabora en "Crítica" de Caracas, y al Ecuador. En 1945 es designado Ministro adjunto a cargo del Departamento Comercial en nuestra Embajada en Washington. Luego es nombrado Ministro en Río de Janeiro, Colombia, Noruega, Suecia y Dinamarca, sucesivamente. Es trasladado a Suiza en 1959, en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay. Tiene relevante actuación en la Conferencia de la Comisión Consultiva de Trabajadores y Empleados Intelectuales, en las Reuniones del Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y en las Reuniones del G. A. T. T. Es finalmente trasladado como Ministro a Buenos Aires, donde falleció en forma repentina el 28 de mayo de 1960.

CRITERIO DE LA EDICION

La edición original del *Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos* es de La Paz (Bolivia), Ed. Biblioteca de la revista "México", 1938. Al publicar nuevamente esta obra, se ha regularizado la numeración de los capítulos al mismo tiempo que se han corregido algunas erratas evidentes de la primera edición y se ha acentuado conforme a las nuevas reglas de la Academia Española.

**ANECDOTARIO
DEL URUGUAYO
SANTIAGO MARCOS**

CAPITULO I

Estación Queguay.

En el andén, un grupo de caballeros rurales, después de discutir los sucesos políticos más salientes, comentaron, con sentido optimismo, la terminación de la bárbara sequía que por muchos meses se había enseñoreado en el país como una infernal condenación. Sus corazones se ensancharon de júbilo con el recuerdo de las últimas lluvias torrenciales. Y afirmaron que la mano milagrosa de Dios, humedecida con divino aliento, se había posado sobre la faz ya cuarteada y envejecida de los campos volviéndolos a la vida, alegres y llenos de juveniles colores.

La llegada del tren interrumpió la amena tertulia, y los viajeros, ágiles y entusiastas, tomaron sus asientos.

Aquellos gallardos jinetes vestían prendas idénticas a las de los ilustres ciudadanos soldados del Quebracho, consistentes en chambergos, golillas, ponchos, bombachas, botas y espuelas plateadas. Eran, en su mayoría, ganaderos adinerados. Hombres fuertes, tostados por el sol, que amaban la vida simple del campo y que no tenían preocupaciones sociales. Gauchos sanos y honrados. Material de alto temple con que el Uruguay había conquistado su independencia política en la lucha esforzada del ayer y con que hoy empezaba a labrar su bienestar económico. Seres rudimentarios y nobles que aún no se habían contaminado con el veneno de la civilización... Mocetones atléticos que dependían del caballo, de sus habilidades camperas y

que no alcanzaban a comprender el futuro del maquinismo, ni el triunfo del "gringo", cuyo genio constructor habría de vencerlos tres décadas más tarde... Los fieros centauros de aquella época eran todavía los vencedores. Y, altivos, arrogantes, nunca creyeron ser vencidos...

El tren partió.

Se agitaron algunos pañuelos. La locomotora vomitó penachos de humo y los vagones vibraron rodando camino del sur.

En un extremo del salón-comedor dos personas se miraban en silencio. Parecían no querer interrumpir, con palabras, el curso de sus pensamientos.

Eran, el uno don Juan Marcos, robusto ejemplar de campesino superior, de mirada inteligente y de rasgos viriles, abiertos y generosos; el otro, su hijo Santiago, jovenzuelo paliducho y nervioso, de cabellos dorados, en cuyas líneas faciales no se podían descubrir aún las huellas que en los hombres denotan los atributos del carácter.

Don Juan era un estanciero emprendedor. Llevaba a su hijo a la ciudad con el fin de educarlo, dominar sus inclinaciones de calavera y hacer de él un ciudadano útil, si había pasta para ello... El muchacho iba creciendo con todos los ribetes de un gauchito rebelde y atrevido. Parecía un potrillo difícil de domar. Apenas contaba dieciséis años y ya era mentado en el pago por sus múltiples travesuras entre las que resaltaban algunas diabluras galantes.

Precoz sentimental, había tenido líos comprometedores con mocitas honestas y en una disputa originada en un baile, merced a una morena de ojos soñadores y de esculturales caderas de rítmicos movimien-

tos, él, haciendo uso de su cuchillo de cabo "tongorí", cortó en la cara a un "hijo de buena familia..."

Su haber ostentaba muchas cuentas pendientes. Las principales consistían en escapadas nocturnas en pos de aventuras amorosas con las "chinitas" de los rancheríos vecinos, pendencias con los celosos gauchitos que se interponían en su camino, y carreras los días domingos en la pulpería de los Matraró, matizadas con partidas de taba, chochlón, treintaiuna, y nueve "bancao", todo ello acompañado con bordoneos de guitarra y libaciones de vino...

Como era un jinete de ley, él mismo cuidaba y corría los criollos ligerones de la estancia.

Esta vida de aventuras seguía su curso a espaldas de don Juan, que viajaba continuamente por sus propiedades del Departamento de Salto.

Santiago aprovechaba de las prolongadas ausencias de su padre para dar rienda suelta a sus calaveradas. Su madre, débil e infinitamente buena, sólo se limitaba a predicar sermones llenos de tolerancia y amor, invocando la moral de la religión cristiana. El muchacho, sinceramente emocionado, prometía ser bueno, respetar los bíblicos mandamientos y cumplir las enseñanzas del viejo catecismo. Hecha tal profesión de fe, besaba con mimo a aquella santa mujer y le pedía permiso para visitar a sus amigos Matraró, cuyas virtudes exaltaba siempre para declarar de inmediato que no podía inferirles un desaire al rehusar su asistencia a una fiesta íntima en casa de aquellos nobles compañeros.

En el inocente ágape estaban descartadas las bebidas y era condición expresa que no se jugaría... Sólo habría empanadas, gallinas rellenas, algunas golosinas

y un concierto de mandolina por la señorita Bena, y de guitarra por la profesora Vivarte.

Esto sostenía Santiago sin ruborizarse a pesar de que las espirituales damas concertistas se encontraban en la ciudad, a veinticinco leguas de aquellos parajes...

Doña Luisa se inclinaba crédulamente accediendo al pedido de su hijo a quien abrazaba enternecida, no sin antes recomendarle ser bueno, amar al prójimo, respetar el cercado ajeno y cuidarse mucho. Luego le daba su bendición y lo despedía casi alegremente.

Cuando Santiago partía a galope, ella, deseándole inmensa fortuna, se enjugaba una lágrima mientras se movían sus labios al impulso de fervorosa oración... En aquella plegaria la madrecita repetía su eterna súplica al Señor: Que tuviera piedad para su hijo y se lo devolviera sano, ileso, feliz, triunfante, glorioso... Que lo hiciera bueno y le perdonara sus faltas!

En su pecho anidaba un presentimiento terrible desde el día aquel en que a la señora Paredes, la pobre vecina del Sauce, que víctima de incurable demencia recorría la campaña con los pies desnudos, desgarrados por las espinas, le trajeron a su único hijo con el corazón partido de una estocada...

Don Juan tenía conocimiento acerca de la conducta irregular de su hijo. Vivía por ello amargado y lleno de zozobras. El era un hombre sobrio y enemigo del juego, — no de las mujeres... — Y un día, previo consejo de familia, decidió poner coto a las locuras del muchacho. Y tomó una resolución heroica: sin admitir réplica dio instrucciones a Santiago para que aprontara su equipaje, se despidiera de sus amigos y se dispusiera a ingresar en un colegio de la ciudad.

—Estoy decidido — dijo don Juan — a evitarme mayores sonrojos y a parar en seco las habladurías de las viejas chismosas del vecindario. También descartaré algún incidente desgraciado por razones de juego o de polleras... El asunto está resuelto: el muchacho será internado en el Instituto Sanducero, famoso por su eficiencia y su severidad disciplinaria. Y no hay nada más que hablar. No admito ni ruegos ni explicaciones...

Don Juan tenía cinco hijos. Cuatro varones, que eran por orden de edad: Antonio, Antero, Santiago y Daniel. Una niña, Matilde, la menor, de un carácter dulce y apacible, joya predilecta de sus padres.

Todos habían cursado sus estudios primarios al cuidado de profesores traídos especialmente de la ciudad. El último de estos raros ejemplares, tipo maestro ciuella, viejo renegón y achacoso, fue don José Burnett, cuyos padres salieron de la punta de la bota itálica.

Don José trabajaba con abnegación toda la semana, de lunes a sábado, y para descansar cristianamente... se emborrachaba los domingos.

Los muchachos adelantaron mucho, especialmente Antonio y Santiago, ya que Antero se dedicaba, con mayor entusiasmo, a las labores de campo, y Daniel y Matilde eran aún pequeños y sólo estudiaban materias muy elementales.

Cuando las cosas aparentaban estar, entre maestro y alumnos, en la mejor de las armonías, Burnett desapareció casi misteriosamente.

Tres días después don Juan lo encontró en la pulpería de Matraro. Estaba borracho como una uva. El estanciero intentó restituirlo a sus funciones y allí fue Troya. Don José lloró con amargura su desdicha en

el primer momento, y luego, reaccionando lunáticamente declaró con insolencia que los tres hijos mayores de don Juan eran unos potros indomables, que le atormentaban la vida y que como único medio de ahogar sus penas, tenía que beber una modesta copa de caña con ruda, licor este inofensivo y recomendado por los médicos especialistas para las afecciones del estómago.

Después agregó que los estancieros eran unos gauchos salvajes y "mata perros".

Don Juan montó en cólera y si no hubiera sido por la oportuna intervención de varios parroquianos amigos, el lomo del viejo Burnetti habría recibido el sinapismo calmante de algunos rebencazos...

Don José fue despachado a su pueblo, Casa Blanca, donde dicen que abandonó su profesión de educador para dedicarse a la proficua industria de robar gallinas...

Firme ante lo resuelto, aquella mañana otoñal, gris y lluviosa — 8 de marzo de 1908 —, don Juan hizo ensillar dos garbozos alazanes, y a pesar de las protestas y lloriqueos de doña Luisa, partió con el muchacho rebelde hacia la Estación Queguay.

En un galope tendido los cascos de las bestias resonaron en el camino, salpicando de lodo los ponchos de vicuña, mientras las siluetas de los dos caballeros se fueron achicando a la distancia y desaparecieron luego a través de bajos y cuchillas...

Lejos ya, cuando varias leguas se interponían entre "Los Alamos" — la estancia de don Juan — y los dos viajeros, Santiago volvió la cabeza y miró nostálgicamente en dirección a sus pagos. Las lágrimas le empañaron los ojos. Entonces aspiró fuerte el olor a tierra mojada como si quisiera llevarlo en sus entrañas. Era

el olor aquel a la tierra que tanto quería y contra la cual, en sus expansiones de niño salvaje, a veces apretaba el pecho con profundo fervor sin comprender por qué, pero con la fuerza subconsciente de un algo misterioso que atrae, hace vibrar el alma, permanece intangible para nuestras facultades perceptivas, dándonos la sensación de una existencia que vaga en derredor, cuya forma y espíritu no podemos plasmar. Fenómenos cósmicos que nuestra inteligencia no define pero que ordenan y orientan nuestra vida psíquica...

CAPITULO II

Santiago se había recostado en la cabecera de su asiento. Absorto sentía en sus oídos ese golpeteo monótono y cansador del tren, mientras miraba los espacios y en proyecciones retrospectivas su mente iba dibujando, plenas de vida y color, las escenas más íntimas de su vida.

Primero se veía "gurí" de seis, ocho y diez años, galopando, campo abierto, en su petiso picazo. Luego, más hombre ya, arriando vacas en su yegua tordilla. A veces, curando ovejas "picadas" de sarna. Y por último, junto al fogón, con el mate en la mano, viendo cómo las brasas bienhechoras doraban un costillar mientras el gauchaje relataba hazañas guerreras, aventuras amorosas, sucesos de carreras célebres y hechos camperos, en general, que daban un tinte harto elocuente de destreza, coraje y gallardía.

El saboreaba aquellos episodios con verdadera emoción. Anhelaba, en su fuero interno, que el destino le deparara la fortuna inmensa de llegar a ser "tan macho" como los protagonistas de esos acontecimientos.

Recordaba, también, el sacudimiento de escalofrío que agitaba todo su cuerpo cuando alguno de aquellos gauchos supersticiosos hablaba de ánimas en pena, de desaparecidos y seres sobrenaturales. . .

Palpitaba su corazón de miedo cuando Tiburcia, la negra cocinera, refería las perversidades de brujas viejas, feas y desgredadas, y las acciones macabras de los demonios con cuernos y barbas de chivo.

Cuántas veces se retiraba a dormir temblando y era víctima de tremendas pesadillas en las que se veía luchando desesperadamente con brujas, con "finaos", con lobinsones y con los malditos habitantes del averno!

Lo entusiasmaban los cuentos guerreros, muy en especial los que relataba el viejo capataz Eufrasio Cardozo cuando traía a colación sus sospechosas aventuras de la guerra civil de 1897.

Se murmuraba que Cardozo era medio loco, lobinson: que tenía negocios con el diablo y que veía fantasmas y estaba "embrujaio".

Así lo decían en voz baja y santiguándose todas las viejas curanderas del pago.

Según los antiguos moradores de la comarca, Cardozo había quedado "privao" a causa de una rodada que sufrió un potro desbocado que él montaba en su época de domador, allá en los días de sus mocedades... Aseguraban que en aquella oportunidad don Eufrasio dio la cabeza contra una piedra y quedó tres días sin conocimiento. Cuando despertó de sueño tan extraño, comenzó a hablar como si estuviera en el otro mundo y nunca asentó completamente el juicio.

Sin embargo, había algunos viejos que sostenían que esa versión era falsa y juraban sin ruborizarse que Cardozo estaba medio "tilingo" debido a que un gallego ladino, muy enterado en ciencias ocultas, lo hizo estudiar "magia negra". Agregaban que Eufrasio estaba ya muy adelantado cuando recibió una cita del demonio en la cual lo invitaba a un baile en el campo santo de "La Cuchilla", diciéndole que si era hombre no dejara de asistir.

Cardozo se jactaba de ser gaucho valiente y tenía un sin igual amor propio. No queriendo "recular"

estuvo fiel a la hora de la cita. El diablo lo "judió" de lo lindo y tuvo la maldad de hacerlo bailar toda la noche con esqueletos!

A la madrugada el "Condenao" dio unos gritos misteriosos que fueron contestados desde el fondo de la tierra por la boca de una cueva de peludo, hizo tres vueltas de carnero y desapareció envuelto en llamas con olor a pólvora y azufre. Las sepulturas se cerraron tras los esqueletos, graznaron las lechuzas, se oyeron aullidos de los perros de los alrededores y después... todo quedó en silencio.

Cardozo montó en su overo y salió al trotcito. Cuando llegó a su casa estaba "privao".

Una anciana, que se decía iluminada por el Señor, trató de curarlo con palabras sagradas, pero él nunca volvió a ser el mismo.

"Y esa es la verdá verdadera, y lo demás invenciones del gauchaje embustero", decían los sobrevivientes del 43, la guerra de nueve años, mesándose solemnemente sus barbas patriarcales...

Cuando a Cardozo le preguntaban si era cierto lo de la "rodada" y el golpe en el "mate", molestado, cortando toda perspectiva de nuevo interrogatorio, respondía, con voz agriada y gesto huraño:

—Cuando ruedo siempre salgo parao, sotretas!

Y como el hombre era de pocas pulgas y tenía el hábito no muy amable de acariciar el cabo del facón si consideraba que lo estaban "cargosiando", los interlocutores se retiraban prudentemente renunciando al gusto de averiguarle la vida, prefiriendo dejarlo solo, "con Dios o con el Condenao, en medio de sus misterios..."

Sea como fuere, don Eufrasio era en la estancia de "Los Alamos" un personaje respetable, muy estimado y digno de toda la confianza de los Marcos.

Dos días antes de su partida, mientras tomaba mate después de la cena rodeando el fogón con la peonada, Santiago le había pedido que "contara un cuento". Don Eufrasio no parecía estar de humor y se mostraba poco comunicativo.

Santiago le rogó:

—Cuente un cuento, don Cardozo. Uno de aquellos sobre la patriada del 97, cuando más de una vez sintió que su cuero viejo estaba en peligro... Cuente, cuente. No se haga de rogar. Deles una lección de hombría y de sapiencia a estos paisanos ignorantes...

Santiago, a espaldas de Cardozo, guiñó el ojo a los peones que cruzaron miradas maliciosas. El capataz no respondió. Entonces el muchacho dijo, con aire de resentimiento:

—Pucha gaucho negao! Bien dicen los Aguilar que ya está viejazo, todo destabao y que por la edad hasta la lengua se le trava... Y dicen, de yapa, que todos sus cuentos son una sarta de mentiras...

Don Eufrasio clavándole sus ojos chiquitos y apenas perceptibles entre el enmarañado matorral de sus pestañas crespas, dijo, medio cediendo:

—Dejame quieto, guri... No vés qu'es moi largo el caso que ricuerdo e la guerra y es tarde y tenemo que dir a dormir que mañana temprano hai parada e rodeo y tenemo que rejuntar la noviyada gorda p'al potrero e la costa que en estos días viene el tropero don Eloy p' hacer la sigunda apartada...

Santiago le pasó una botella de caña con pitanga, insistiendo:

—Refrésquese el garguero y cuéntenos ese caso largo...

Cardozo empuñó la "limeta", le lanzó una mirada penetrante, sonrió satisfecho, se mandó al "buche" un

trago quilométrico con gorgorito, y pasando el estimulante licor a la peonada para que diera "güelta la rueda", dijo, convencido al fin:

—Güeno, tapichí, p'hacerte el gusto vi'a contar la rilación de lo que me aconteció el día e la bataya e Tres Arboles... Pero coste que tuito lo que van a es-cuchar es tan verdá como es verdá que la caña me dá colorcito hasta en las achuras... Por este puñáito e cruces! Pasenme la boteya y después pongan atención.

CAPITULO III

Don Eufrasio dio un beso largo y apasionado a la boca incitante de la garrafa y entró en materia sin pestañar:

—Atiendan gáuchos charabones arricién salidos de la cáscara que tuavía no saben lo qu'es la vida... Me aconteció aqueya vez... Güeno, con qué los Aguilares dicen que tuito cuanto cuento es mentira, nó? Pues los Aguilares son unos paisanos maturrangos y desconfiaos. Como los ñanduces se desconocen y cuando andan alzaos si' asustan de sus mesmos güevos... Y después se güelven puro gambetiar campo ajuera cuando suena el clarín de la guerra porque son mulitas estos sancochos de sangre aguada... Pucha, si no parecen hijos de mi tierra... ¡En cambio, yo soy gáucho ladino, cuasi decente, hijo natural de un ahijao del dotor Pacheco y sabido e sobra porque me crié con el pardo Reducindo que había escuchao a su patrón, que jué medio pueta, ler libros de sabiduría.

Reducindo se escondía atrás de la puerta y como su patrón léiba en voz alta, el pardo aleccionao y alpiste como naides, áhi se quedaba las horas aprendiendo tuito aquel caudal de cencias. Dice que oyó una porretada e cosas raras. Las q'más ricuerda son de esta laya: "Cartas de amor d'El a Eya y de Eya a El", "Magia pa conquistar hembras y pa dominar hombres", "La yave e los sueños" y "El Manual del Perfeto Domador". Y además Reducindo tuvo la ventaja e ser empleo pa cebar mate del precurador de Santa Clara,

un viejo zorro, moi léido, de letra menudita, aunque fieraza, quien a juerza e pleitos, enriedos y malas mañas, se quedó con chacras, quintas y algunas suertes de campo ajenas apisar de que por esas travesuras le voltieron media quijada de un hachazo, y también estuvo cuatro años encerrao en la penitenciaría asigún dice el gayego Mareque...

—Bueno — interrumpió Santiago — cuente el cuento y no se pierda por las enredaderas...

Cardozo remolineó un momento pegándole otro sorbo a la caña, tosió mañosamente, compuso el pecho, dio vuelta a la yerba del viejo porongo forrado de vejiga, picó con toda calma el naco de tabaco brasileño, lo “aparejó” en la palma de la mano, lió un cigarrillo en chala, aspiró una humada enorme que cerrando la boca la devolvió por las narices semejando sus peludas fosas nasales a dos grandes chimeneas, escupió satisfecho y finalmente entró de lleno en el asunto:

—Jué después de la bataya e Tres Arboles... Tabamos redotaos. Nos dispersamos unos cuantos grupos y rumbiamos p'al monte. A eso e la oración yo me'ía quedao solo. Combinamos escapar ansina dí'á uno pa no yamar la atención del enemigo... Yo diba laderiando una cuchiya y siguiendo pu'el reparo de unos sanjones pa no ser visto, pues sabía que las partidas enemigas nos perseguían y dejuero andarían vichando la dentrada el monte... Cuando me faltaba pocas cuerdas pa meterme entre los árboles apuré mi doradiyo haciéndole sentir el rigor de mi sotera de anca e potro y de mis espuelas yoronas. El doradiyo, que ya diba a'tropear, miró p'al monte, relinchó fiero y pegó una sentada tan machaza que cuasi me sacó por las orejas. Lo enderiesé de nuevo y miré buscando la causa

el reculón tan inconsiderao, y entonces vide en un'abra el monte, a los últimos reflejos del cuasi escondido candil del sol, algo ansi como la mesma facha maldita de Lúçifer escondiéndose entre las ramas y riyéndose de mi percance. Me dentró un chucho lo mesmo que si me hubieran passao un puñao de escarcha a lo largo e la cordiyera el espinaso... Pero había que avanzar o dejar el cuero pa que se desayunaran los cuervos y caranchos en la oriya el monte...

Dispués de santiguarme, clavando las espuelas a mi pobre doradiyo lo fajé di'un rebencazo y seguí p'adelante poniendo a prueba mis compañeros que se diban pa la barriga... Y dentré al monte y me juí hasta las barrancas mesmas del río. Cuando ya taba dispuesto a bandiarlo a nado ói voces y quedé quietito, hecho un oviyo sobre el lomo de mi flete... Pero sentí patente un yamao familiar que me decía:

—Ayegate Eufrasio al fogón y ayudanos a'sar el asao.

A pocos pasos me miraba un paisano sonriente. Apesar de que se parecía igualito a Romecindo Molina, a quien vide degoyao con el pescuezo coloriendo lo mesmo que una tajada e sándia aqueya mañana, bolié la pierna y en un santiamén estuve a su lao. Señalándome un fogón que se vía reflejar cerquita pu'entre las ramas, me habló ansina, con una voz que parecía salir del fondo de una sepultura:

—Sin hacer ruido andá arrastrándote Eufrasio y repará el asao, que yo vi'a dir a tráir agua.

Güeno, yo me juí de esa laya hasta yegar alao del juego y al levantar la vista, — Jesús María y José! — qué vide! Era un hombre! Un hombre ensartao en un tremendo asador de tala tostándose lambido por las yamas... Ju'é pucha, sentí una sacudida bárbara y

un hormiguelo me jué subiendo dende las tabas hasta la nuca! Me quedé como clavao en el suelo y se me pararon hasta los pelos del óido! . . . Más después recobré un poco e serenidá y armándome e coraje recé un bendito y miré al finao. Taba de espaldas. Lo filié de pie a cabeza. Era Pedro Luna. El mesmito que vide aqueya mañana cáir en el entrevero atravesao de un lansazo. Lo reconocí pu'el cerro que tenía en la nuca, que era un antiguo brujón en forma e pereba ansina del tamaño di'un guevo e pato, alesionamiento a consecuencia de un mangazo que en un baile del Pueblo e las Ratas le'bia pegao mi compadre Fanor a causa di una descusión sobre al parejero retarjao de Antero que'bia rodao en una partida juerte debido a qu'el compositor que lo bariaba taba empedo y le aflojó las riendas aleyándose el cabayo di'una mano y teniendo el gringo Carlín. que lo tenía a su cuenta y'bia atao la carrera con el colorao de Carneiro, que pagar parada y depósito di acuerdo a las condiciones condicionadas ante el Teniente Alcalde, y también di acuerdo a las riglamentaciones legislativas de la lay de la Cámara y Senao de la República, como decía el pardo adotorao de Reducindo. . .

Güeno, ni bien yo acababa de riconocerlo, chisporretiaron unas ramas secas en el fuego levantando juerte yamarada. Entonces el fináito Luna me gritó:

—Dame güelta Eufrasio que me quemó!

Yo, medio aturdido manotié el asador. ¡Ja la gran siete! Como por encanto desapareció el fuego y el finao Luna. El asador que yo tenía asiguro en mi mano comenzó a simbrarse convertido en una bibora que por lo grandota y pesada colijo qu'era yararaca, pues yo no la vide bien en la escuridá. La tiré lejos y salí juyendo. En mi juida trompecé con árboles, ramas,

sarsas y raíces de toda laya. Por último me enriedé entre los sarandices y me caí al río en medio e los camalotes. Dispuesto a todo, me amarré el chiripá y braciando bravamente crucé el río en menos que canta un gayo! —Y eso qu'es ancho, fiero y correntoso el Río Negro! Una vez del otro lao tomé un sendero que dejuro conducía p'ajuera el monte. Pero áhi la cosa se puso más peliaguda que nunca: seis gáuchos armaos de facón me cortaron el camino gritándome tuitos a un tiempo:

—Golvé a cuidar el asao, Eufrasio!

Los miré a la cara. Virgen de mis pecaos! Sus cabezas eran puras calaveras con ojos de fuego!... Saqué el facón y pensando que diba a peliar con los mismos demonios, cargué con todas mis juerzas... — Yo era tuavía más joven y mozo diestro p'al cuchiyó y me sobraba vista, agilidad y coraje! — Y nos trenzamos enseguida. Se encendían luces en el aire al chocar de los aceros!... Continuamente sonaban aqueyas calaveras bajo los golpes de mis certeros hachazos, y los paisanos endemoniados comenzaron a ricular en confusión. Aproveché el momento y centeyando reveces y derechos, despejé la senda y me corté solo p'adelante, ciego e rabia y valentía... Ni bien había andao unos treinta pasos el mesmo Lucifer que vide en l'abra a la entrada el monte, se me plantó al frente, poncho al brazo y daga en mano. Le dije:

—Ah, vos sos Mandinga? Pues a vos mesmo te andava buscando!

Engolví mi poncho patria en la zurda y áhi nomás nos topamos. Me largó un santanazo bárbaro que yevaba tal juerza y velocidá que formó tamañaza media luna e fuego en los aires... Pero, valgame la vista y el alma serena!... Lo cuerpié lindo nomás al guam-

pudo, le pegué un ponchazo por los mocos y haciéndole una sancadiya máistra, lo dejé cáirse sobre mí barajándolo en la punta e mi facón, que se hundió hasta la cruz!... Dió un grito descomunal que sonó lo mesmo que si un huracán hubiera echao abajo de un solo sacudón tuitos los árboles del monte. Al instante se levantó una gran humadera, qu'enseguida se convirtió en yamarada, y una voz de trueno gritó dos veces:

—Me has herido, Eufrasio, hijo e la gran...

Dejuro Tata Dios hizo funcionar el fueye e los vientos porque de golpe sopló un ventarrón providencial y limpió tuito a mi alrededor desapareciendo la yamarada con Mandinga y todo... Entonce aparecí a la luz de la luna con mi facón clavao en el tronco de un árbol grandote, gajozo y barbudo. Traté de juir otra vez pero el árbol me comenzó a engolver con sus gajos qu'eran tuitos lo mesmo que brazos gigantes, venudos y ñudozos... Un habla salió d'entre las ramas diciendo:

—D'esta hecha no te escapás, gáucho sarnoso!...

Yo junté tuitas mis juerzas y afirmando una pata en aquel árbol abichao, pegué un sacudón machazo tratando también di'arrancar mi facón de la enclavadura. Jué tal la sacudida que me desprendí del árbol, que ya me áhugaba, rompí los gajos que m'engolvían, saqué mi facón chorriando sangre negra y jedionda y mientras el árbol condenao se retorció —dejuramente de dolor y de rabia— y se estiraba pa golverse a'garrar, yo escapé corriendo con la velocidá de un rejucilo y sin esplicarme por qué ni cómo, me desprendí de la tierra lo mesmo que si fuera un eroplano, con las patas alcancé a rozar encimita e las copas e los árboles y al final juí a dar con la osomenta

sobre una ramada de matáujo en la que me cái y que me recibió lo mesmito que si fuera un colchón de cerda. A no ser ansina, en la cáida se me hubieran roto tuitos los güesos. A pesar de esta cáida milagrosa, me quedé un rato privao del conocimiento, tendido en la ramada. Cuando golví en sí me dolía tuito el cuerpo y me parecía tener desgonzadas las coyonturas. Mi aturdimión era tan grande que mis pensares remolinaban dentro el mate lo mesmo que si fueran avispas de un avispero apedreao. . .

En ocasión tan fiera hasta yegué a dudar de que yo era yo. Me créiba un otro. Pero más después, cuando me tantí la cicatriz del tajo que me pegó en el cogote, de traición, el finao Patricio Leiba, me convencí que aquel cristiano era nomás Eufrasio Cardozo, y me quedé cismando en la escuridá. . . En úna, asomando la cabeza por la boca el poncho parduzco de una nube, apareció grandota y deslabada la cara e la luna. Al ratito tuito taba iluminao.

Me puse la mano agüecada sobre los ojos y empecé a reconocer las cosas en la escuridá. La ramada taba alao de un rancho e terrón techao con totora. La puerta que daba p'al frente taba tapada con un cuero e vaca y parecía una viscachera por la cantidá de ujetos rejuntaos contra las paredes y en el patio. Había dende vacinicas áhugerizadas hasta ruedas de carreta y sombreros de lata pa chimineas, sin que faltaran los cueros e lagartos, sorrinos y comadrejas. Amás, colijo que p'alguna necesidá oculta era un montecito e tártagos que había cerquita el rancho. . .

Como la sed me desesperaba, taba dolorido y necesitaba medicinas pa mis heridas y pa la cerriyada e brujones que tenía en tuito el cuerpo, determiné pedir socorro en aqueya vivienda áunde podía encontrar mi

salvación si era la casa de algún güen cristiano, y hayar mi disgracia completa si risultaba el refugio de bandidos y malevos que en aquel entonces y aprovechando la cercunstancia e la guerra, vagaban en nuestra campaña matreñando por los montes, robando cabayos, comiendo vacas ajenas, asaltando vecinos y cuando la ocasión se presentaba, saquiando pulperías y hasta violando gurisas...

Güeno, apenas pude enderiezarme, engolví el poncho en la surda y armando la derecha, me aprosimé bien a la puerta y golpié el cuero e vaca con el cabo e mi facón, al mesmo tiempo que grité:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, y diga, ¿qué busca a estas horas e la noche, don caminante o pobre alma en pena que ha di'andar pagando sus deudas asigún lo ha dispuesto Tata Dios? — dijo de adentro una voz gangosa e mujer.

Contesté que no era alma en pena sino un cristiano enterito de carne y güeso y que por haber escapado e Tres Arboles y estar herido y machucao, necesitaba ayuda. Le dije tamién qu'era hombre honrao y de güenos antecedentes. Eya dijo que iba a ponerse el batón y encender luz. Yo le dije que no encendiera porque venía de ver malas visiones. Eya me dijo que rempujara la puerta e cuero con la cabeza y dentrando dijiera tres veces "Ave María", y después podía prender el candil que nada iba a suceder. Yo dentré de aquella manera y dije tres veces "Ave María". Entonces eya encendió la luz.

¡Já la gran siete! Nunca vide bicho más fiero! Era una vieja viejaza y con más arrugas en la cara que carnero rambuyé. La nariz de pico e loro era un gancho cerrao p'abajo y la punta e la carretiya era otro

gancho cerrado p'arriba, de suerte que se tocaba la punta e la nariz con la punta e la carretiya. Amás tenía la jeta de arriba meyada, era tuita desdentada y las greñas tordiyas, yenas de grasa y ceniza, le cáiban en desorden por la cara. Yo la miré asustao y pareciéndome estar frente a una bruja, sentí que mi corazón corcobiaba entre el brete'el pecho y cuasi sin aliento sólo atiné a decirle:

—Mama!

—Pero muchacho, ¿qué te ha pasao? —dijo la vieja santiguándose.

Le conté todo lo acontecido, dende la visión de Lucifer a la dentrada el monte hasta l'aparición de Romecindo Molina, el fuego chamusquiando a Pedro Luna, los seis gáuchos fantasmas, la pelea con Mandinga y lo del árbol grandote, gajozo y barbudo. La vieja me dio a tomar en una guampa caña con ruda, se santiguó varias veces y me contó qu'el monte taba embrujao, que ayí dende hacía tiempo reinaba Mandinga y que cuando no cáiba algún cristiano pa judiarlo como en mi caso, el Condenao salía pa los ajue-ritas del monte y se divertía asustando gurises y corriendo perros, y que eya en cuantito sentía buya con áuyidos y ladridos desconsolaos, se daba cuenta que áhi andaba el Maldito y entonces rezaba una oración y daba güelta la chancleta... Tamién me dijo que lo más fiero en el demonio era que solía cazar gurisas y forzarlas entre los yuyos, siendo el risultao que muchas chinitas del pago hoy se véian tuitas afligidas y con el mondongo soplao..., y diban a pedirle oraciones pa rogar al Señor que no le salieran hijos endemoniaos...

—Pobrecitas! —dijo— las más disgraciadas son las dos hijas de Secundino Ruiz, las entenadas de Me-

litón Barrios, las sobrinas de Genaro Peralta y las hermanas del gringo Cicutta, que tuitas tienen barrigas de bocoy, y sus familias las desprecien porque no creen en los dichos de la gente supersticiosa y aseguran que al diablo lo calunean...

Por esos sucesos y por las creencias y no creencias, hubo juertes descusiones y los muchachos Paredes se trenzaron a mango y cuchiyó con los Pereira. Gracias a los vecinos, que apartaron a tiempo, no sucedió cuasi nada y sólo quedaron dos cristianos con las piojadas rotas y tres con averías en la cara y el cuerpo, que no pasaron de planchazos, tajos y puñaladas. Se curaron en pocos meses. Sólo el menor de los Pereira tuvo mala suerte. D'él dicen que apretó entre un maizal a Tiburcia Ruiz y la dejó también lisiada... Hay quien asegura qu'eya, moi aficionada a retozar con fuego..., jué la que hizo la primera zancadiya... La verdá es que áhura ta moi pesada..., y qu'él entuavía se reguelve en la cama resoyando por las heridas que no se le quieren cerrar porque dicen que le echó una maldición doña Jesusa, la madre e Tiburcia, y que amás le hizo daño dándole en un mate unas yerbas embrujadas que misturó con cipó macho, hojas de ombú, ruda machacada con aruera y raíz de revientacabayo.

Lo que más rabia me dá es que también a mi m'echan culpas de tuitos estos enriedos. Dicen que los enamoraos vienen a mi rancho, toman los licores que yo preparo con caña, pitanga, arazá, fruta e quebracho, flor de saúco, raíz de achira, jugo e yatay, semiya e tártago, miel de lechiguana, macachines deshechos, coco rayao y canela en rama; que más después se empedan, se les calienta la sangre, bailan y al escurecer se pierden pu'entre los tártagos...

Mentiras, don caminante!

El mejunge que yo preparo es güeno pa la salú y no empeda a naides. Y amás las chinas d'estos parajes no necesitan bebidas pa que les hirva la sangre por todo el cuerpo, se les ñuble la vista y se les afloje la cintura... Y los tártagos no son pa esos divertimientos... Yo los sembré, los crié y en áura los cuido pa que sirvan de reparo a las gayinas y pa otras necesidades privadas... ¡Qué el monte ta cerquita y las mozas de sobra conocen el camino!... De otro lao, gracias a Dios yo vivo de mi trabajo haciendo tizanas pa curar tuitos los males, dende el pasmo, la paletiya cáida, el mal de ojos, la ligadura, los daños, embrujamientos y torceduras, hasta el empacho, la inflamación de la pajariya, el chipá y especialmente el enfriamiento de lo que los manates yaman "el estentino reto" y que en güen cristiano senefica la tripa gorda. Esta achura enfriada produce cólicos, tristeza, falta de hambre, dolor de cabeza, y enflaquece y aluna.

Tamién curo el mal de orin con tés de cepa e cabayo, cola e zorro y barba e choclo. Sé vencer el dolor de cintura fajando al enfermo con un cuero e lagarto fresco y contra las carnes y untándole el vientre y las caderas cõn grasa e lechuza, misturada con infundia e gayina y con un poco e sangre e carnero ligao y de chancha machorra... Eso es santo remedio!

Lo mesmo alivio los dolores de parto con oraciones y una vencedura sagrada con pastitos seguida e cinco Padre Nuestro.

En el ganao curo las bicheras con cuatro palabras sin necesidá de dar güelta la pisada y menos de poner esos menjunges gediondos de estrato de tabaco y criolina. Tamién corto las tormentas clavando un 'hacha en dirección a los negros nubarrones sobre una cruz en el suelo, y cuando hay seca puedo hacer yover con

ruegos misteriosos frente a un sapo muerto y puesto panza arriba... Amás, yoro y rezo en los velorios y no necesito ponerme de alcagüeta pa ganarme la vida honradamente. Es que por envidia me calumnió la fináita Ambrosia Laguna y su marido, el ñato Irineo. Los dos murieron ya. Por lenguas largas Dios los castigó y tuvieron una hija tartamuda que por áhi anda colgada e los tientos del cirigote viejo y pobrazo de un sargento dao de baja por ladrón de ovejas.

En fin, yo les perdono sus faltas porque los dos sinvergüenzas están bajo e tierra. ¡Qué descansen en paz y que el Señor se apiade d'eyos y los conserve en una guampa de orines!... A mi no mi'hacen mal!

Y coste que si algunos defachataos se meten entre mi tártagos pa calmar sus ardores, lo hacen a ocultas mías, abusando de las nubes que cubren mis ojos y me tienen tan cegatona, aunque yo creo que la verdá es que tuitos estos mocitos que vienen aquí sólo calientan agua y el único que toma mate es ese don Mandinga, o más propio, ese gaucho vivo que se disfraza del Condenao y asustando a los zonzos se pasa las gurisas pa la cueva...

La vieja soltó una carcajada yena e malicia y por culpa e la falta e dientes y la meyadura, me bañó la cara con babas menuditas. Entonces le dije que disculpara pero que ya debía ser de madrugada y yo tenía que dirme, no juera que cayera en manos de los blancos y me hicieran ver bichitos de luces...

Me sorprendió que cantaran los gayos y por el monte se alarmasen los chajases.

Era siguro qu'el alazán del lucero andaría galopando por las yanuras del firmamento. Amás yo quería golver a reunirme con los míos y debía buscar de reincorporarme al Comendante Rodríguez, mi jefe, y

escapar guareciéndome del chaparrón de los ojos enemigos bajo el poncho oscuro-azulejo de las últimas sombras de la noche...

Al óir citar a mi Comendante, la vieja gritó, tuita emocionada:

—Repítame otra vez, señor, el nombre de su jefe!

Le contesté, con orguyo:

—Sirvo a las órdenes del Comendante Mauricio Rodríguez que esta mañana jué redotao por las juerzas de Diego Lamas. Cuando yo me dispersé él taba herido e dos balazos y ansina mesmo seguía combatiendo como un tigre. Lo hirieron los canarios de canelones a la dentrada el paso. El jefe del regimiento canario bía sido compadre e don Mauricio y al reconocerlo hizo cesar el fuego noblemente y le gritó dende sus filas:

—Me parece que estás herido, hermano, y sé que vales más que tuitos estos canarios juntos. Retírate que ya has cumplido con tu deber!

Entonces el Comendante don Mauricio contestó, saludando militarmente:

—Ansina es, hermano; toy herido y te agradezco la gauchada!

Y dando media güelta, salió al trotecito en su saino pico blanco, derecho a las carretas de la sanidá. Diba bañao en sangre, pero echao p'atrás, sereno, afirmao en los estribos; arrogante y altanero...

La vieja cara e bruja comenzó a yoriquiar, dijo que conocía a mi jefe, qu'era un ñato de güena laya, un hombrazo y su antiguo enamora.

Dispués me agarró de un brazo y me habló ansina:

—Andate, muchacho. Seguí es'abra que se vé en dirección al monte. Dispués doblá pa la zurda. Vas a encontrar un corral escondido donde están ocultos los

mejores pingos marca e Mauá. El administrador Dalmao los tiene encerrao pa que no se los yeven pa la guerra. Adentro de un pajonal di' alao de la manguera vas a encontrar un apero completo. Ensiyá con él. Apurate y buscá encorporarte al ñato Mauricio. Le yevarás de mi parte unos remedios pa sus heridas. Le dirás que vas de parte de Nicanora, la quitandera de Saca Chispas. El v'a saber quién soy... Y pa vos m'hijo, te daré unos menjunges, que son unas medecinas que te dejarán como nuevo y un papelito adentro de un medayón, que jué del fináito Barragán, el curandero, qu'era otro iluminao del Señor, y que tiene una oración escrita de puño y letra de San Benito, patrón de los negros. Esa reliquia te pondrá a salvo de enemigos, ahuyentará las malas visiones, te apartará de las furias de Mandinga y te ayudará a encontrar consuelo pa tus penas y sustento pa tus necesidades más necesarias. Y áhura tomá los remedios y estas enseneficancias pa calentarte el mondongo y las achurras...

Y ansina diciendo agarró una maleta de color café y de un lao puso los remedios pa mi y pa mi Comendante, y del otro lao metió una boteyita e caña con ruda, media mulita asada, una cola e lagarto que arri-cién 'bía sacao del recoldo, un pedazo e matambre arroyao, una tajada e queso y varias cebaduras de yerba, que puso en una latita e té de esas que tienen pintadas alrededor gringos a cabayo vestidos de colorao corriendo liebres entre una manada e galgos. Después rejuntó una pañuelada e pedazos de gayeta, biscochos caseros y algunas pasas de higo, tuito lo cual sacó de un cajón de querosén de donde salieron jugando unos ratones...

Entonces me agarró de una mano, me yevó p'ajuera, me mostró la dirección de l'abra y besándome como si juera mi mesma mama, me rempujó derecho al monte, se dentró corriendo p'al rancho y no golví a verla más...

Tuve por entrar de nuevo p'agradecerle. Pero era tarde y el lucero, dende el techo estreyao del cielo, me avisaba qu'el tiempo era chico y el peligro grande... Un cercano alboroto e teru-terus me hizo parar más la oreja tuavía...

Risuelto seguí el camino indicao por la vieja. Tal como eya dijo encontré la cabayada en el corral y un apero de mi flor entre unos matorrales de paja brava.

Como güen campero filié bien los pingos y le puse las cacharpas a un moro alpiste, alto, pescuezo fino, escarciador, de lindo lance y que hacía movimientos de "uno dos" con las orejas.

Seguidamente salí al galope, olfatiando el rumbo pa donde me dijieron los compañeros que se diba de retirada el ñato Mauricio con su gente.

Cortando campo, alambraos y costiendo el monte, alertamente juí cuerpiando las partidas enemigas y pa eso el escurecer ya taba reunido con mi compañía.

Ahi nomás me vide con don Mauricio. Taba reponiéndose de sus heridas y fatigas. Quedó alegrazo de las noticias que le yevé de la vieja quitandera. Le entregué las medicinas y él dijo riyéndose entusiasmao:

—Pucha vieja ladina! Jué gran carta en sus tiempos... bailaba como un trompo, era güenaza pa' el amor, naides hacía pasteles y tortas fritas más sabrosas que eya y era capaz de dar la vida p'hacerle una gauchada a un amigo!...

Dispués cenamos juntos.

A los biscochos y las gayetas tuvimos que ponerlas

en remojo pa poder meterles diente. Taban durazas lo mesmo que piedras. Pero el matambre, la mulita y la cola e lagarto jueron bocaos de reyses. De postre comimos las pasas con el queso. Y p'asentar aquel banquete, despachamos en pocos tragos la caña con ruda...

Güeno y pa cortar la historia, el moro resultó un pingazo en el que acompañé a mi Comendante durante tuito el resto e la patriada. Gáucho lindo, guapo y feroz en la pelea el ñato viejo! Mentao como lancero! Una vez lo vide corriendo a dos enemigos que juían enancaos, a los que dando alcance, como si jueran pajaritos los levantó en la punta de su lanza!..."

CAPITULO IV

A la fin terminó la guerra. Los que salimos vivos — muchos aleyaos — regresamos pa nuestros pagos. Dibamos pobres, flacos y algunos, hasta piojosos... Pero contentos de que se hubiera acabao aqueya matanza entre hermanos. Con el moro, un parejero de ley, gané después mucha plata. Pero un día le sobrevino un pasmo y entregó el rosquete. Lo sentí cuasi lo mismo que cuando se murió la fináita mi hermana Venancia!

De la vieja quitandera supe más tarde que se 'bía muerto a consecuencia de una recáida e trancazo. Como agradecimiento le encargué al mayordomo e la diligencia, Chucarro, que le hiciera decir una misa cantada, que me costó una libra.

Mientras tuve la reliquia nunca vide aparecidos ni demonios, y eso que adrede me diba de noche por los montes. Pero me robaron en unas carreras valiéndose de que yo taba medio mamao, aqueya prienda sagrada. Dende entonce sigo teniendo, de vez en cuando, topadas con seres del otro mundo, y trenzas a facón con Mandinga. Aunque ya toy viejo y con las coyunturas medias trancadas por el sarro e los años, ni con todas sus malas artes puede sacarme ventajas el Condenao..."

Por fin el veterano Cardozo se puso de pie y dando por finalizada su larga narración, remató de esta manera sentenciosa:

—Apriendan gáuchos maletas de mi esperencia y sabiduría si pretenden yegar a ser hombres!...

Después de esta fantástica historia, Santiago quedó pensando que aquel gaicho, o era muy embustero, o estaba realmente "alucinao" como sostenían en Burucayupí las viejas curanderas y los sobrevivientes de la Guerra Grande, que, arrastrando las "tabas" bajo el fardo abrumador de los años, todavía iban cuerpeando los guadañazos de la Muerte.



Su versátil imaginación hizo que Santiago recordara también las pintorescas escenas de la última fiesta que tuvo lugar en "Los Alamos", en su honor. La peonada lo había despedido con "yerra", tortas fritas, pasteles y asado con cuero. Hubo también doma de potros y él se había lucido jineteando un saino bufador que no pudo hacerlo "comprar campo", gauchada aquella que le valió aplausos entusiastas.

Después entró en una justa de enlazadores. Fallando rara vez en el clásico "volcao", sobresalió en el pial con todo el lazo. Matemáticamente, con gracia y elegancia, arrojaba las "trece brazadas" consiguiendo que la "armada" cayera cruzada sobre el lomo del ternero y le pescara siempre las dos patas delanteras, causando el consabido tumbo, entre calurosas ovaciones de la paisanada.

Santiago estuvo a la altura de los maestros y supo ponerse a tono con el intenso colorido de ese arte legendario y viril, que es todo un poema de nuestras gallardas costumbres camperas, encarnadas en las labores rudas, alegres y varoniles que dan sentido y alma a los rodeos. De ellos sale la "apartada", faena llena de apuestas incidencias cuando algún toro reacio

y bravío es calzado por los recios pechos de jadeantes y amaestradas cabalgaduras; la "tropeada", ardua marcha a través de vados, ríos y cuchillas, bajo las inclemencias del tiempo, poniendo a prueba el temple acerado de los hombres; la doma de potros, lucha paciente de dominio, que denota serenidad, fuerza, destreza y valentía y que es un constante dialogar con la Muerte...; apretar vacunos, trabajo que demanda "maña", audacia y gallardía; y por fin, el lazo en todas sus múltiples y elegantes manifestaciones, que requiere todo ese conjunto de virtudes nativas necesarias para los trabajos antedichos y que representa el sumo arte del gaucho del siglo 19 y de principios del siglo 20.

Los atributos citados delinean los caracteres inconfundibles de un pueblo valiente y vigoroso, cuya hermosa tradición es un conglomerado de locas aventuras y de altivas hazañas. Las primeras han salpicado de sangre fratricida la historia uruguaya; las segundas han proyectado luz y gloria sobre la tierra que amamantó al "Señor Charrúa", caballero arcaico de la rebeldía, que osó escribir una gesta épica en las llanuras del Plata, la cual nos enseña cómo una raza primitiva, indomable, altiva y temeraria — aunque huérfana de ideas — no entendió de sometimientos y tuvo el instinto insolente, fanático, bárbaro y sublime de morir en aras de la libertad!...



Aquel día Santiago triunfó ampliamente en sus capacidades gauchescas. Las chinitas cebadoras de mate se lo disputaban con sus agasajos. Al par que le pasaban pasteles, tortas y buñuelos, le brindaban sonri-

sas que eran décimas llenas de ensueños romancescos, y miradas que eran "tristes" desbordantes de deseo...

Por la noche, cuando la fiesta había terminado y su espíritu se dejaba acariciar por el recuerdo de las horas del día, vividas feliz e intensamente, dejando por un momento la compañía de sus padres, se encaminó hacia la cocina de los peones a fin de "tauriar" un poco con sus humildes y nobles amigos. Próximo ya al fogón que rodeaba el gauchaje, oyó mencionar su nombre violentamente. Se detuvo y ocultándose entre unos eucaliptos, siguió con toda atención el desarrollo de la escena motivo de aquel exabrupto. Tenía la palabra don Segundo Márquez, que decía con acritud:

—Ustedes tan equivocaos. Este gurí no tiene compostura. Está frangoyao por el resto e la zafra. Don Juan quiere hacerlo gente mandándolo a un estetuto! V'a a gastar plata al cuete! No es el estetuto que necesita este muchacho perdulario. Es un batayón pa que lo hagan marcar el paso y le meneen leña todos los días... Lo quieren sacar dotor pa que venga'em-broyarnos con letra menuda y malas artes puebleras. Pero no será ansina! Es muy bagual y duro e boca este sotreta pa salir parejero!...

Don Cayetano Fernández, alzándose como leche hervida, gritó en defensa de Santiago, con su peculiar manera de expresarse:

—Bolas y nada más que bolas que hace correr la gente desconsiderada en perjuicio del gurí porque l'envidean su suerte! Don Segundo risueya por la herida, cómo no, nó! Compriendo: el gurí, le anduvo tendiendo l'ala a su gurisa que se sarandiaba e gusto, y por eso es toda la buya e tormenta e verano. Cómo quiere que sea de otra laya, carajo!... Amás todas son desa-

geraciones en contra del gurí que es diablo — cómo no, nó! — pero más güeno que cuchiyó hayao! Y que puede educarse y salir doctor lo prueba el hecho de que es intelijudo y sobresale entre toda la muchachada el pago, por lo dispierto, y defachatao!... Hay que sacar por consiuencia que muchacho dispierto, audaz, enamorao, jugador, cuchiyero, ginete, enlazador, ventena p'al trago y hayador de güevo e teru teru, nunca es negao p'al estudio. Cómo no, nó! Estoy seguro qu'entuavía el gurí nos v'a sorprender siendo comesario, precurador, pueta o ministro... Si es un redomón qu' está pidiendo cancha, paisanos, y yo me juego hasta mi mujer a que roba la carrera dende el vámos!...

El vasco Zamora, después de beber un vaso de vino seco, se limpió la boca con la manga de su blusa azul, estornudó moviendo convulsivamente todo su cuerpo, que despidió un olor acre de sudor acumulado, y terció de esta manera:

—Si, si, Caytano, vas sacar mucho d'este muchaco demonio aturdido pero yo crer, si, si, que más fácil estar sacar de un chancho un águila que d'este savandijo un doctor... Redió, qué muchaco bandido! Poner ortigas bajo cola mi cabayo colorao y hacerme pegar golpe en cabeza!...

Don Segundo insistió irónicamente:

—Pa su edá es bien preparáito el niño!... Se le conoce por sus lindas priendas y virtudes dende el pueblo e Saca Calzones, en las Puntas de Gualeguay, y el de Saca Chispas, del Paso e los Carros de Buri-cayupí, hasta el Pueblo e Las Ratas, del Paso e Laureles en el Sauce, y dende áhi en casi todo el trayecto del Queguay, haciendo paradas y también estaciones en Soto, Aráujo y el mesmo pueblo el Quebracho...

A sus años, peliador, jugador y chinero! Linda foja e servicios, nó! Por qué no lo votamos pa deputao pu'el departamento? Pueda ser que ansí haya leyses pa que se juegue con taba cargada y pa que premien a los que se dentran a nuestras casas y tratan de robarnos la honra e nuestras hijas!...

Como Cayetano iba a contestar con violencia a juzgar por su gesto airado, lo madrugó don Eufrasio interviniendo rápidamente con el objeto de cortar aquella peligrosa discusión, que ya tomaba un camino bastante escarpado. El viejo Cardozo, cuya autoridad todos respetaban, dijo en forma conciliadora:

—Ta bien, dejen tranquilo al gurí. Tiene güen corazón. Es cierto que a veces muerde la pierna el freno y es aficionao a'brirse campo ajuera..., pero en la ciudá puede que dentre pu'el triyo... Rispeto e las gurisas, naides les v'a robar la honra si eyas no aflojan la cintura... Y a la fin Tata Dios sabe lo que hace y el gurí siendo como es demasio disgracia tiene...

Y como hablando consigo mismo, agregó filosóficamente:

—O quizás demasio suerte porque puede que a la verdá los hombres deban ser ansina!...

Cayetano, completó:

—Todos hemos sido ansina de gurises, y más después, con los años, hemos moderao nuestras locuras y ánsias bárbaras de potros alzaos en primavera!...

Don Eufrasio continuó:

—Lo que yo siento es qu'el muchacho perdulario y simpático pasa a otro mundo y ya no golverá a ser nuestro... La ciudá nos roba al gurí!... Pa dentro de un año, cuando guelva e vacaciones ya trairá alma e manate. Lo disimulará, pero pensará pa sus aden-

tros: "Gáuchos inorantes, no semos iguales!..." Y así es la vida... Se reirá e nosotros. Y nos mirará con lástima. No digo que no nos aprecee. Pero nos fi- liará como a inferiores. Y después él sufrirá más en- tuavía porque comprienderá que nosotros tampoco se- remos los mismos pa él. Lo miraremos con disconfian- za... Y nuestras chinitas tamién se le alejarán... Y él no se sentirá en sus viejas canchas y andará a los trompezones como mantungo despiao... Pobre gurí! Se me hace que lo mesmo le v'acontecer en la ciudá. V'andar trabao... Aquí de siguro hemos de decir: "Pucha con el manate chancleta, juntando abrojos en los flecos del poncho, dejándose agarrar las bomba- chas por los ñapindaces, pialándose con sus espuelas de plata, relinchando fino como potriyo importao, pe- lándose las nalgas en la primera galopiada juerte y tuito convertido en un gringo arricién yegao de las uropas!..." Y en el pueblo han de comentar ansina: "Mirá el gauchito talón de cuero e capincho disfra- zao de dotor, y tuito enredao en las bombiya e los pantalones y más enredao tuavía cuando se topa con algunas niñas changuiceras que se lo engüelven en sus conversaciones yenas de términos difíciles y arreves- saos. Bah, haciéndose el trucha áhi anda gediendo a'gua florida en lugar de miada e sorrino". Aquí nues- tros gauchitos arteros se lo yevarán colgao en los tien- tos del lazo y ayá los mocitos de la ciudá se lo meterán bajo los faldones de sus sacos coludos... El ya no golverá a ser gáucho y pasarán muchas primaveras antes de que pueda ser manate de verdá... Y pa po- der yegar a retozar como en sus canchas entre el ma- nataje de alta lay v'a tener que pegar primero mu- chas costaladas en los rodeos e los salones... Pero así es la vida!...

Y finalizó, entre suspiros, con la intensa emoción con que se despide a un hermano muerto:

—¡Pobre gurí!

—¡Pobre!... repitieron todos, unidos por el mismo sentimiento, con voz conmovida y solemne, como si pronanciaran un "amén" arrancado del fondo de sus almas al final de una fervorosa oración...

CAPITULO V

Santiago, al ser atacado por don Segundo, se había propuesto entrar a escena y defender su causa con energía, pero ante las últimas palabras del viejo Cardozo y ante el lamento franco y emocionante con que había hecho eco toda la paisanada, incluso el propio Márquez, sintió que desde el corazón un lazo le anudaba la garganta, y cual empujado por una mano invisible — oculta como la del Destino — retrocedió silenciosamente perdiéndose entre la arboleda al igual que una sombra que se confunde con las sombras de los árboles mismos, adquiriendo formas vagas, imprecisas, sugerentes, en medio de las tinieblas de la noche. . .

Anduvo unos pasos y se detuvo bajo la fuerza imperiosa de un gran impulso: gritar toda la verdad sobre su situación equívoca! El no era un bandido! Sus amores, riñas y rebeldías constituían la obra de sus propios amigos y compañeros. Los mismos que mantenían, momentos antes, la discusión a su respecto, habían contribuido a su iniciación en las farras. Ellos y los otros, siempre lo aplaudieron en sus locuras. Además le inculcaban continuamente ciertas ideas, según las cuales, para ser hombre había que beber, jugar, pelear y conquistar mujeres. Lo contrario estaba reservado para los maricones y los cobardes. Todos estos educadores eran responsables de sus desvarios. Ellos lo llevaron a los bailes, lo hicieron beber caña, jugar, enamorar hembras, y cuando alguna vez, mordido por la fatiga y por sus naturales instintos de moral,

quiso oponerse a ese género de expansiones, fueron ellos mismos quienes lo tildaron de niño falderón y poco macho. Ellos lo hicieron provocar a Secundino Díaz — a quien cortó en la cara — y después de emborracharlo, lo convencieron de que debía apretar a la hija de don Segundo. Y ellos, en fin, le enseñaron a ser audaz y aventurero. Sin embargo, algunos de sus maestros ahora lo condenaban. Es que el discípulo ya los aventajaba en muchas actividades, especialmente en las lides del amor. Entonces sus preceptores se sentían escandalizados e inventaban la calumnia. En el fondo todo se reducía a la protesta del despechado, del envidioso y del cobarde...

El propio Cardozo, viejo zorro y "cancherazo", fue el que lo había alentado para que le golpeará la puerta a la negrita Petronila, ocurrencia esta que, en una noche memorable, le proporcionó un susto fenomenal. La negra abrió la puerta de su habitación y esgrimiendo un enorme cuchillo se abalanzó en las sombras en busca de su galán. Gritaba a voz en cuello que lo iba a convertir en carne de chorizo y que las "achuras" se las iba a dar a los perros. Los gritos despertaron al moreno Soria, padre de la damnificada, quien acudió convertido en una fiera, con el "mango dao vuelta" y profiriendo toda clase de palabras obscenas contra el misterioso tenorio...

El negro Soria estaba blanco de rabia...

Santiago escapó a tiempo, sin ser visto por nadie, y cuando lo consideró oportuno se presentó en el teatro del escándalo empuñando un revólver y poniéndose a la disposición de Soria y de su encantadora hija, Venus de ébano, para castigar al osado conquistador...

El vandálico personaje fue buscado inútilmente. Y al fin los perseguidores debieron retirarse a sus respectivas habitaciones para calmar los nervios en "brazos de Morfeo". Estaban alteradísimos y Santiago era el más indignado de todos...

También don Cayetano le había aconsejado, repetidas veces, que le hiciera una zancadilla a Juanita Anaya, entre el sauzal de la Cañada Grande, camino obligado por donde la gurisa debía pasar cuando llevara la ropa a la Estancia. La zancadilla fue hecha, y la linda paisanita, cada vez que llevaba la ropa, lo esperaba entre las totoras, y ambos repetían aquel juego inocente... al reparo protector de los discretos sauces llorones...

Por otra parte, prefería pasar por libertino y no resignarse a ser blanco de ciertas críticas que se hacían respecto de un gauchito del pago, tímido, enamorado, soñador, que se deshacía en suspiros y sonrisas, y que cuando la morenita atrayente de su predilección le brindaba la oportunidad de algo más que románticas miradas, el pobre huía cobardemente rumbo a los chircales...

Don Segundo mismo había dicho despectivamente del aludido soñador:

—Es un retarjao!

Pues de él, de Santiago Marcos, no podrían decir eso...

Pero examinando los rincones más íntimos de su alma, en una leal investigación de su yo interno, sincerándose con su conciencia, llegaba a la conclusión de que muchas de sus fechorías habían sido fruto de aquel ambiente, inspiradas por la farsa, por la fanfarronada inconsciente de querer demostrar que era "hombre" y a manera de gallito de riña, de buena

clase y bravas púas, sobresalir gallardamente en los gallineros...

Sin embargo, la verdad era otra. El amaba la vida del hogar, pero tenía terror de que lo tildaran de afeminado, de cusco faldero, y para afirmar su condición varonil se lanzaba a la juerga y cometía excesos... Mas, en su fuero interno un sentimiento noble batallaba empujándolo para que en vez de realizar sus escapadas nocturnas, se quedara junto a su buena madrecita, oyéndole referir las amenas narraciones de su vida simple, sana y llena de bellezas pastoriles... Lo grave era que ahí surgía el problema: ¿Y sus amigos? Y sus heroicos camaradas, esos gauchos borrachones, enamorados y pendencieros? Nó! El era tan hombre como ellos y fatalmente tenía que vivir conforme al medio que iba minando su espíritu!...

Retiróse definitivamente hacia sus habitaciones y sacudiendo su afiebrada cabeza llena de ideas incoherentes, exclamó, como los paisanos del fogón:

--Pobre gurí!...

Perdido en estas reflexiones sintió que una mano se le posó en el hombro. Era don Juan, que al mismo tiempo le decía:

—Despierte, amigo. Hemos llegado. Olvide aquella vida que ya no volverá a vivir... Otro mundo empieza para Vd. desde hoy... Coraje!

El tren se detuvo.

Estaban en Paysandú.

CAPITULO VI

En la estación esperaba el cochero que habitualmente servía a don Juan, quien les brindó una lujosa victoria de llantas de goma, tirada por dos hermosos oscuros percherones — regalo del señor Marcos — los cuales, exhibiendo una piel suave, renegrida y reluciente, tascaban nerviosamente los frenos.

Se trasladaron al principal hotel, que se alzaba gallardamente, en 18 de Julio, la arteria más importante y más coquetamente pavimentada de la ciudad.

Santiago notó que mientras el coche se internaba por las calles pintorescas de la capital heroica, personajes muy bien vestidos se descubrían saludando cortésmente a don Juan. Esto bastó para confirmarle sus bien justificadas sospechas: su padre era un hombre importante!

Durante dos días llevaron una vida regalada de compras, teatros y paseos. Después llegó el momento de la despedida.

La tercera mañana se encaminaron al colegio. Ambos iban tristes, mudos y meditativos.

Casi en los umbrales del viejo edificio masónico que servía de hogar al Instituto Sanducero, se detuvieron y bajo la fuerza oculta, e inocultable, de idénticas emociones, cruzaron miradas que eran todo un símbolo...

Los ojos de Santiago rechazaban valientemente la presión de las lágrimas. Don Juan se esforzaba por parecer indiferente y sereno... Ninguno se atrevía

a romper el silencio. Y al fin, Don Juan tomó la iniciativa.

El viejo ganadero era sobrio en palabras. Poseía, sin embargo, una discreta cultura adquirida a base de pura intuición, lucha y experiencia. Su inteligencia robusta no había tenido oportunidad de nutrirse con la lectura de muchos volúmenes, pero supo asimilar notables enseñanzas arrancadas del gran Libro del Mundo...

Aquel batallador de la campaña noble y feraz, con voz firme, que trataba de disimular su intensa conmoción interna, pronunció estas frases de padre y de amigo:

—Hijo, te suplico que formes otro concepto más serio y moral de tus obligaciones en el mundo. Se te proporciona la oportunidad de modificar tu carácter y de hacerte hombre. Aprovéchala. Estudia y refórmate. No es cuestión de que llegues a doctorarte, sino de que te conviertas en un hombre útil, apto para la realización de obras superiores. Es preciso que te ilustres y hagas carrera; con preferencia, una carrera que contemple las necesidades de nuestra vida moderna... El país evoluciona rápidamente y hay que pensar, desde ya, en sustituir el arte de montar a caballo y "parar rodeo" con el arte de aplicar a las rudimentarias industrias camperas, el método científico del mejoramiento y la superación. Hay que ponerse en armonía con las nuevas exigencias de la época. Debes, pues, esforzarte por cumplir este pedido que será para el bien tuyo, en especial, y para la felicidad de todos los que te quieren.

Y como venciendo una duda inquietante, finalizó:

—Estudia, trabaja y supérate... Sé que lo harás, hijo... Darás con ello una enorme satisfacción a tus

viejos, que depositan en tí una gran esperanza... Sí, será la suprema satisfacción de sus vidas!...

Las últimas palabras fueron dichas con honda emoción.

Santiago quedó sorprendido. Nunca había oído a su padre hablar así. Y, verdaderamente, en aquel hombre sencillo, práctico y que jamás se valía de discursos retóricos en el desarrollo de sus actividades rurales, aquello constituía una revelación.

El joven Marcos admiró con sinceridad al viejo centauro y dispuesto a no decepcionarlo jamás, profundamente grave, prometió hacer todo cuanto estaba en sus fuerzas y humana capacidad para orientar su vida hacia nuevos y fecundos rumbos...

Los ojos del muchacho, francos y atrevidos, se iluminaron con un rayo de luz interna que exteriorizaba fe, decisión y entusiasmo.

Don Juan aprobó con una sonrisa noble y rehabilitadora, y comprendidos al fin, padre e hijo se despidieron confundiendo sus almas en un abrazo inmenso...



Y comenzó la obra del cincel y del martillo que lentamente debía labrar la piedra bruta.

Los primeros días fueron amargos para Santiago. Se debatía en una lucha terrible de adaptación. El trasplante produjo en su espíritu adolescente los efectos de una ruda sacudida. Con verdadera entereza se propuso vencer sus angustiosos estados de alma y entrar por la senda de la disciplina monótona y agobiante que imponía aquella institución de rígidas exigencias cuartelarias...

Y triunfó...

Pocos días después pasó a ser uno de tantos entre los alumnos internos. Formaba ya el tipo "standard", que llega a aceptar filosóficamente su cautiverio, sin interés por nada, casi vencido y perdiendo muchas ilusiones. . .

El Director, don Carlos Albo, le prodigó una caritativa sonrisa el día de su ingreso al instituto. Después, rara vez volvió a verlo sonreír.

Era un italiano severísimo. Pero un profesor a conciencia. Sus métodos contenían los defectos de la pedagogía antigua. Sin embargo parte de esas fallas quedaban salvadas con la enorme dedicación que ponía para que su plantel estudiantil obtuviera una real y fecunda enseñanza. Había en su sistema educativo mucho de la vieja escuela española condensada en los conceptos de que "la letra con sangre entra". No obstante este arcaico anacronismo, con Albo y sus colaboradores se aprendía mucho y se olvidaba poco. . .

Los profesores no eran los amigos y compañeros que al estudiante brinda la humanitaria y lógica pedagogía moderna. Llevados por el erróneo sentido que tenían de su misión, parecían, más bien, empeñados en jugar el rol de enemigos y de verdugos. . .

Como maestro de su época, descontando el anacronismo de su severidad digna de un bárbaro preceptor medioeval, don Carlos Albo era una figura de apóstol. Lo secundaba noble — y quizá más generosa y comprensivamente — el Subdirector, don Samuel Vergara, un abnegado amigo de los niños.

Santiago comprendió que la única manera de hacer menos odiosa su vida claustral y de poder obtener, en lapso relativamente breve, su preciada libertad, era trabajando con energía y dedicación. En consecuencia, se dio de alma al estudio y en muy poco tiempo

sorprendió a sus maestros convirtiéndose en un estudiante ejemplar, conducta que culminó con su ingreso al bachillerato, previo brillante examen.

Pero la estructura moral de Marcos había sufrido una extraña metamorfosis. Poco tiempo después de formar parte del conjunto de internos de Albo tuvo un amargo incidente que echó por tierra la fe que hasta entonces había depositado en sus virtudes de peleador napoleónico, invencible y heroico...

Aquel afflictivo acontecimiento dejó una honda huella en su espíritu, lastimando gravemente su soberbia

Las cosas ocurrieron así: — por la tarde, terminadas las clases, cuando todos los alumnos externos se habían retirado, Santiago y Diego Noguera mantuvieron una acalorada discusión, que los llevó al terreno de los hechos.

Palabras sacaron palabras. Ambos se consideraron ofendidos. Y Santiago hizo uso del clásico desafío entre los pupilos, invitando a su antagonista al patio para dirimir superioridad en un combate singular...

Era un desafío temerario. Noguera ostentaba una corpulenta y recia constitución física y gozaba de la fama de ser un bravo y hábil luchador, dotado de un par de puños demoledores.

El momento no podía ser mejor para la gran batalla. Don Carlos estaba enfermo y se había retirado a su dormitorio, y Colombo, el único maestro interno y guardián de los pupilos que tenía el colegio, acababa de salir en busca de un médico. Los demás profesores se habían marchado al terminar las clases. El campo estaba libre. Y como existía la consigna inviolable entre el pupilaje de no intervenir y malograr una riña siempre que ésta se desarrollara hidalgamente y sin

notables diferencias físicas para ninguno de los contendientes, el "match" quedó concertado en el acto.

Sin embargo, algunos protestaron sosteniendo que Santiago era el más pequeño y menos atlético, pero la mayoría argumentó que tales desigualdades quedaban compensadas con la capacidad combativa del muchacho, quien les había referido sus múltiples y denodadas hazañas camperas. . .

Obviado fácilmente el último detalle, los dos gladiadores se dirigieron al patio seguidos de los demás estudiantes, que comentaban con entusiasmo el interés del encuentro.

Las opiniones estaban divididas. Los bandos opuestos se colocaron en sus respectivos sitios de observación y cruzaron apasionadas apuestas. . .

Puestos frente a frente, Santiago tanteó instintivamente la cintura sin encontrar el famoso cuchillito "cabo tongori" de gauchescas proezas. . . Con angustia recordó que aquella vida se había perdido en el pasado. . . y que desde hacía tiempo ya, le estaba prohibido el uso de las armas. Empero, con toda la audacia de sus mejores días de gauchito osado y decidor, inició las hostilidades propinando un fuerte empellón a su adversario, al mismo tiempo que le gritaba:

—Pegá si sos hombre, M. . . !

La respuesta no se hizo esperar. Y esta vez Marcos se dejó pialar con arte y maestría. . . Su enemigo ocasional amagó un zurdazo al estómago y mientras el gauchito cubría confiado aquella parte de su anatomía, con la ligereza de un rayo y la potencialidad de una patada mulera, le colocó la derecha en pleno oído izquierdo.

El golpe fue duro y devastador. Santiago giró sobre sus talones y no se desplomó ipso facto porque, a pesar

de que se le doblaron las rodillas y su cerebro se llenó de nebulosas, una suprema fuerza moral lo mantuvo de pie. Entonces por instinto de conservación, retrocedió algunos pasos ganando tiempo para recobrar sus sentidos. Observó a su adversario. Este sonreía sarcásticamente, seguro de sí mismo, descuidando toda guardia defensiva.

Ante tal actitud, el gauchito sintió su pecho abrasado por la cólera y cargó con la fiera de un toro herido, repartiendo golpes en todas direcciones. La reacción fue tan súbita e inesperada que Noguera sorprendido recibió numerosos impactos en el cuerpo y en la cara.

En otras circunstancias Diego, el avezado y corpulento peleador, habría lamentado su insolente menosprecio al contrincante valiente y decidido. Pero Santiago no se había repuesto aún. Sus golpes pusieron en evidencia una deplorable condición física y una incapacidad de novicio para aplicarlos. Se reducían a simples empujones. Como los cohetes voladores metían mucha bulla pero no producían efecto. Eran casi inofensivos...

Noguera comprendió de inmediato tan precaria situación y parando los débiles manotones de su oponente, volvió a sonreír más seguro que nunca... El, que sabía poner dinamita detrás de sus puños, muy pronto daría cuenta del gauchito atrevido...

Santiago, mejor que nadie, sintió que era presa de un tremendo agotamiento y que en su propia reacción impetuosa y desordenada, había gastado sus últimas energías. Ahora luchaba desesperado. Y luchaba por mantenerse de pie, consciente de la inminente derrota y esforzado por salvar su dignidad... Lo sostenía

nada más que su corazón empeñado gallardamente en una batalla imposible...

Entre tanto, Noguera había comenzado su obra demolidora mediante un persistente martilleo de izquierda. Pero Marcos afrontaba el castigo impertérito, estoico, tenaz. No podía bloquear el ataque, sus brazos se negaban a ejecutar las órdenes de su magnífico espíritu batallador, pero él no retrocedía...

Cuando Noguera dedujo que había llegado el momento de irse a fondo, encogió su derecha y asumiendo una pose estilo Dempsey, se preparó a finalizar el combate con un golpe decisivo.

Varios de los pupilos que observaban la lucha, consideraron que ya era patente la desigualdad y que hidalgamente debían de salvar al gauchito de mayores desastres. Intentaron intervenir. Mas, fue demasiado tarde. Noguera, en un salto de tigre, disparó un tremendo puñetazo camino del mentón de Marcos, golpe que llevaba el empuje irresistible de todo su cuerpo de gigante.

Cual sumo recurso, contra todo cálculo del atacante, el gauchito juntó las postreras fuerzas de su alma y consiguió esquivar aquel golpe de gracia tendiéndose espectacularmente en una perfecta "cuerpiada ñanducera".

Noguera, impelido por el gran impulso de la atropellada, no pudo detenerse aplicando los "frenos" a tiempo y fue a estrellarse violentamente contra el broquel de un viejo aljibe colonial. El choque fue recio y le remachó las narices...

Por algunos segundos el accidentado quedó "grogy". Después dio media vuelta buscando a Santiago con ojos que denotaban temible ferocidad. Tenía la cara

bañada en sangre, lo cual le daba un aspecto imponente.

Para los pupilos fue un instante de profunda emoción y de extraño suspenso. Todos se miraban indecisos.

Noguera, prorrumpiendo en bárbaras amenazas, avanzó fieramente hacia Marcos que, pálido y totalmente extenuado, pugnaba por repeler la agresión. En el peor de los casos, él quería sucumbir con todos los honores de un ático soldado, y aferrado en no retroceder jamás, tuvo la insolencia de sonreír ante el peligro.

Los puños de Noguera ya iban a caer despiadadamente sobre la cara de Santiago cuando ocurrió un suceso imprevisto: Colombo, que había encontrado al médico en las inmediaciones del Colegio, regresó mucho antes de lo esperado y alcanzó a observar las últimas alternativas del encarnizado pugilato, precisamente en los instantes en que Noguera se disponía a liquidar a Marcos, siendo casi liquidado, a su vez, por el aljibe.

Apresuradamente el profesor hizo irrupción en la escena a tiempo para evitar la catástrofe que Santiago consideraba inevitable... Separó a ambos contendientes recibiendo en pleno tórax un mazazo formidable que el puño de Noguera destinaba a la mandíbula del gauchito. El autor de aquel golpe arbitrario se detuvo en seco, cohibido y contrito... Colombo tuvo un acceso de tos y escupió sangre... Mas, sin perder la serenidad y consciente de la importancia de su rol, ignorando el accidente, amonestó con dureza a Noguera por su conducta poco generosa al intentar ensañarse con un adversario en evidente inferioridad de condiciones... También reprendió a los otros pupilos por

haber permitido semejante escándalo, y ordenó a los actores en la reyerta se restituyeran a sus habitaciones en calidad de penitentes provisionales hasta tanto el Director se sirviera determinar las sanciones del caso...

En aquel instante Santiago sintió algo así como si lo hubieran librado del peso de una enorme montaña que lenta y despiadadamente iba oprimiendo su pecho, paralizando sus fuerzas y arrancándole la vida...

Tuvo, la sensación de que la mano intangible de una milagrosa divinidad amparaba su destino...

Y lágrimas de gratitud brotaron de sus ojos!...

CAPITULO VII

¿En qué había quedado la larga historia de las gloriosas hazañas camperas realizadas en el Queguay y Buricayupí, con que él despertara tanto entusiasmo, en las horas del recreo, entre sus compañeros pupilos?

Aquel interrogante agitaba la mente de Santiago momento después de la pelea cuando acatando las órdenes de Colombo se había constituido en su habitación. Allí solitario y apesadumbrado, dejó que dialogaran sus ideas... Ellas eran fieles exponentes de su complejo estado psicológico.

De aquel raro interlocutorio sacó dudosas consecuencias... Lo consolaba, sobre todas las cosas, una irrefutable conclusión:

Su honor había quedado incólume!

Sin embargo no podía dejar de reconocer que ello se debía a la oportuna intervención del señor Colombo, quien evitó su inminente caída en una derrota vergonzante... hecho sin precedentes en la corta pero episódica historia de su vida.

La verdad es que desde el primero y fulminante puñetazo en el oído izquierdo el derrumbe de su fama había quedado decretado. Aquel golpe lo aturdió totalmente restándole toda posibilidad de triunfo, amén de haberlo precipitado al ataque inútil, sin coordinación alguna, en el que malogró todas sus energías, convirtiéndose en un vencido prematuro. Desde aquel desgraciado suceso, anduvo a la deriva: era un barco sin comando luchando contra los embates de una tempestad arrolladora...

Por los breves comentarios que él alcanzó a oír cuando Colombo interrumpió la lucha, tenía pro y contra entre sus compañeros. Los unos afirmaron que Noguera no conforme con haberlo madrugado con una "trompada" fatal, abusó de su fortaleza física; los otros sostuvieron que Santiago por haber ofendido con insultos desmesurados, se había hecho acreedor a la pequeña ventaja obtenida por Diego.

—No se trataba de una pequeña ventaja — pensaba Marcos — no obstante la feliz ocurrencia del aljibe colonial...

Lo de los insultos era cierto. Cuando él invitó a Noguera para solucionar el entredicho en el patio, éste pareció titubear un poco y trató de convencerlo de que el asunto no era para tanto... Esta actitud prudente y conciliadora motivó un condenable arranque de Marcos, quien escupió al rostro de su contrincante, las siguientes palabras:

—Grandulón, zonzo y cobarde!

Noguera enrojeció de rabia y aceptó el reto encaminándose fieramente al campo de la acción.

Ahora Santiago analizaba detenidamente los hechos, sacando saludables enseñanzas, que en mucho contribuyeron a la transformación de su carácter indisciplinado e impetuoso.

Impulsado por una fuerza incontrarrestable, se arrojó sobre su cama, metió la cabeza entre las almohadas y en silencio, lloró largo rato. Después, pasada aquella crisis, para él inexplicable, se sorprendió de sentir su espíritu casi totalmente serenado.

Se levantó y fue a colocarse frente a un espejo. Constató ligeras marcas en su rostro y sonrió casi satisfecho. La cosa no eran tan grave después de todo... Sin embargo, lo molestaban, eso sí, unos dolores pun-

zantes en el oído izquierdo... De allí parecía emerger un silbido constante, que crispaba los nervios...

Abrió una de las ventanas del aposento y aspirando plenamente llenó los pulmones de oxígeno restaurador. Luego tomó asiento junto a las rejas y en actitud de honda concentración dirigió su mirada hacia regiones ignotas... Acudieron a su mente amargas reflexiones y sintió de nuevo que las garras de la angustia se clavaban en su pecho...

En infantiles divagaciones, dándole gravísimos caracteres a sus pequeñas desdichas, él creía sentir, como el personaje de Hugo, una tremenda tempestad bajo del cráneo. Su amor propio de niño egocentrista había recibido un choque formidable, y creyéndose humillado, soportaba el peso abrumador de una implacable abyección moral...

Consiguió, empero, orientar hacia un plan definido sus ideas e irguiéndose arrogante, tomó una resolución heroica:

Rehacer su personalidad en quiebra a base de una conducta modesta, honrada y generosa, desterrando para siempre de su vida al compadrito enfermo de vanidad que hasta el presente había campeado ufano en su espíritu inocente. Asumiría una actitud reservada e iría noblemente reconquistando los lauros que acababa de perder en un acto de estúpida fanfarronada. Pondría todo su corazón al servicio de las causas altruistas. Y se abriría camino al fin. A fuerza de perseverancia y bellas acciones; de todo el sacrificio que demandara semejante empresa, recogería el fruto de grandes triunfos futuros o, de lo contrario sucumbiría irremediabilmente..., porque una vida infecunda y ruin no valía la pena de ser vivida... Sería incapaz de inferir una ofensa, pero pondría toda la fe

de su alma para castigarla. No volvería a ser un temerario. En el porvenir sólo llegaría a batirse en defensa de los débiles..., y midiendo bien las posibilidades, no se dejaría pegar primero... Todos sus actos se inspirarían en la justicia. Pero a no poder cumplir esos caros anhelos de su alma, con sus manos, con sus uñas, con sus dientes, se desgarraría las arterias y ahogaría para siempre su mísero corazón... ¡Sueño sublime y generoso de niño estoico y visionario! ¡Síquica ley de equilibrio cuando abaten la nave del espíritu los bravíos oleajes de la desventura!...

De pronto una fuerza extraña sacudió todo su ser emotivo y el muchacho sintió que un hálito de alegría y optimismo rozaba su afiebrada frente. Casi radiante se puso de pie y tuvo la convicción de que la primera derrota de su vida le señalaba la senda de los grandes triunfos del futuro... Se solazó dejando que su alma vibrara bajo la acción de un mágico despertar, preñado de anunciaciones y de ensueños...

Y siguieron días monótonos de aislamiento y estudio, que representaban las actividades precursoras de los exámenes.

Santiago se mantenía reservado. Creía notar en sus compañeros cierto enfriamiento, con una mezcla de desdén, que lo hería profundamente. Quizá lo consideraban poco hombre. Tal vez, un charlatán...

Noguera, por su parte, había adoptado una actitud discreta que lo enaltecía. No se habían vuelto a dirigir la palabra, ni siquiera a saludar. Se ignoraban mutuamente, pero sin odios; sin rencores...

Mas, ulceraba el cerebro de Santiago la idea de que sus discípulos lo consideraran un incapaz; probablemente un cobarde... Y un día, irritado ante la sonrisa desdeñosa de uno de los amigos íntimos de

Noguera, perdió los estribos y se dispuso a malograr la plausible conducta que ennoblecía su carácter a partir de aquella hora de honda reflexión que antecedió al combate memorable...

Planeó, entonces, provocar un nuevo incidente a fin de demostrar su condición de "macho". Invitaría a Noguera a una batalla decisiva y sin cuartel y si su reto no merecía el honor de una inmediata aceptación, lo abofetearía hasta sacarlo de quicio...

Ante esta idea, que le quemaba las sienes, avanzó hacia la sala de estudio donde, terminadas las labores del día, los pupilos charlaban alegremente.

El orgullo ancestral del gaucho indomable mordía el pecho de Marcos, ensanchaba su corazón y produciéndole una especie de hipertensión, precipitaba la sangre por sus venas...

Casi frente a la puerta del estudio, se detuvo un momento para oír el diálogo que dos personajes sostenían frente a su conciencia. El uno era Sancho — el Sancho que todos llevamos en el estómago y algunos en el corazón... — Este individuo prosaico y poco emotivo, queriendo intimidar al Don Quijote soñador y romántico que señoreaba en el espíritu de Santiago, gritaba casi sofocado: — "Deteneos, mi Señor. No vais a enderezar entuetos, a salvar ninfas aprisionadas en castillos encantados, a libertar ínsulas detentadas ni a ganar el amor de vuestra Dulcinea venciendo gente descomunal y follona; vais a estrellaros contra molinos de viento..."

Hubo un instante de indecisión, pero triunfó Don Quijote reprochando a Sancho su vulgaridad y cobardía...

Marcos se aproximó lleno de coraje al dintel del estudio y en el preciso minuto en que iba a empujar

la puerta oyó pronunciar su nombre y atacado de súbita curiosidad, se detuvo muy quedamente y cometió el pecado salvador de escuchar.

En efecto, se ocupaban de él. Sus camaradas estudiantiles opinaban, casi unánimemente, que él pasaba por una situación molesta y que era necesario demostrarle, como antes, amistad y compañerismo. Lo consideraban "hombre" y se proponían hacérselo sentir... Hasta el propio Noguera tuvo la decencia de expresarse con respeto de su persona... Fue aceptada una moción para brindarle una fiesta de desagravio en la confitería "Las Tres Rosas", después de los exámenes, como homenaje a sus múltiples virtudes...

Santiago tembló de emoción. En aquel instante se sentía reconciliado con todo el género humano.

De puntillas retrocedió hacia su habitación tratando de respirar lo más levemente posible para que no se notara su presencia. Del centro de su corazón subía a su cerebro un algo en forma de fuerza irresistible. Y desde allí, por orden de los neurones respectivos, se trasladaba a sus labios, que adquirirían un movimiento rítmico; flexionaba su lengua al impulso de nervios motores y oprimiendo el teclado de las cuerdas bucales concentraba al fin en palabras este pensamiento humedecido de lágrimas:

—Qué muchachos generosos!...

Tales palabras golpearon en los oídos del Director que casualmente pasaba junto a Santiago. El muchacho, como en un trance, nada veía...

Don Carlos levantó los hombros filosóficamente, contempló la silueta de Marcos que desaparecía entre los cortinados de la puerta del dormitorio general, y premió la escena con una de sus muy raras y enigmáticas sonrisas...

Después de tan extraña manifestación espiritual, el viejo preceptor penetró en el estudio y habló a los muchachos sobre la caridad cristiana y la luz excelsa que viene del Oriente y que es símbolo augusto de la Verdad, la Belleza y la Sabiduría...

*
**

Al día siguiente Noguera partió precipitadamente respondiendo al llamado de su padre enfermo. Santiago lo supo tarde y lamentó haber perdido aquella oportunidad de tenderle su mano de amigo.

La manifestación en la confitería "Las Tres Rosas" fue estupenda. Hubo abundancia de pasteles, gaseosas y al final se incurrió en el costoso lujo de escanciar abundantemente las copas de un añejo y principesco oporto rojo, orgullo de la casa y factura elegiaca de doña Rosa, la itálica patrona.

El extraordinario néctar tuvo la inmediata virtud de provocar todo un incendio en la hoguera siempre peligrosa de los inflamables instintos de aquellos muchachos sanos y fuertes. Y así fue que sintieron que sus cabezas se llenaban de lirismos, y de entusiasmos afrodisíacos sus corazones, como si palpitaran bajo el embrujo de los acordes de la mágica flauta de Pan... Entre tanto, la sangre se agolpaba quemante por las venas cual si en toda la trayectoria de su carrera loca la hubieran regado con la pólvora encendida del Deseo...

Sintiéndose hombrecitos ya, se encaminaron al barrio de las marchitas libélulas de la época, conjunto de pobres campesinas, sirvientitas fracasadas y alguna infeliz muchacha de buena familia engañada por el no-

vio... que venía de otros pueblos y encubría su vergüenza con un nombre supuesto...

Santiago iba a la cabeza convertido en el líder de la "cumparsita".

Bulliciosamente penetraron en una casa non santa y atentaron contra el sexto mandamiento...

En lo más íntimo de su alma, Marcos repudiaba aquella torpe expansión, ese impúdico revolcamiento con mujeres tan ordinarias que olían a pachulí y que al andar hacían crujir las plegadas, blancas y almidonadas polleras del 900... Mas, debía vencer sus naturales escrúpulos y demostrar que era todo un macho, juerguista y decidor...

Fiel en su propósito derrochó falsa y obcena alegría, bebió caña con exceso, y usando un lenguaje provocativo y soez, llegó hasta a escandalizar a las más "caracterizadas pupilas" y a los más conspicuos clientes del establecimiento... Sus compañeros reían aplaudiendo con frenesí. Lo consideraban un gran hombre...

Pero él sabía que en aquellos instantes era tan sólo un actor!...

*
**

El andén de la estación ferroviaria de Paysandú ofrecía un aspecto primaveral. Estaba repleto de juventud. Eran, en su mayoría, comparsas estudiantiles que partían en vacaciones para campaña.

Abrazos, risas, gritos, alegría, optimismo, sangre joven y avasalladora. Plenitud de vida y esperanzas... Ansias gloriosas de realizar nobles anhelos. Infinita seguridad de vencer!...

Daban ímpetus de gritar con todas las fuerzas de la humana grandeza: — Abajo el escepticismo! Viva la juventud!

El tren se puso en marcha. Llenó los espacios un HURRA! inmenso y los muchachos radiantes, entonaron áticas canciones...

Y las campanas del corazón fueron echadas a vuelo!...

CAPITULO VIII

“Los Alamos” estaba engalanada aquella riente mañana de estío.

Contribuía al esplendente espectáculo la verde campiña arropada con los vivos colores de las florecillas silvestres, que mezclaban sus sutiles esencias con un vigorizante olor a trébol, verdolaga y yerbabuena... Y como marco al rústico paisaje el grande y generoso patio de la estancia ostentaba sus naranjos cubiertos de azahares, el árbol de aroma salpicado de oro y las florecidas glicinas y madre selvas derramando luces y bálsamos en las toscas arquitecturas de las enramadas y galerías. Y a un extremo del patio los picaflores y mariposas danzaban graciosamente sobre los pimpollos pletóricos de néctar, y los “mangangases” y abejas se bañaban en el polen perfumado y fecundante.

Los jazmines, rosas, nardos, claveles, violetas y azucenas completaban el escenario con una bella nota cromática de donde fluía un hálito lleno de caricias y ensueños...

A través de la verja que encerraba el patio aparecía un bosque de eucaliptos y a poca distancia más, durazneros, manzanos y perales. Y allí, entre gorjeos y extraño lenguaje musical, los jilgueros, zorzales, calandrias y boyeros se requerían de amor... Y como el ambiente afrodisíaco conmovía a todos los seres, alrededor de la hacienda, toros y potros sementales iban al asalto de sus respectivas hembras y mientras se cumplía la sublime ley telúrica y divina de polarización, los salvajes transportes de placer llegaban a los

hombres en los triunfales balidos de los unos y los enervantes y bárbaros relinchos de los otros!...

Era aquello un sugerente episodio campero pujante y renovador; una profunda y soberbia nota en el eufónico himno de gloria que la vida, en su manifestación más franca, noble y pura, ofrenda a la Madre Naturaleza!

La estancia estaba de fiesta.

El vecindario más conspicuo había acudido luciendo sus trajes domingueros, la peonada, por su parte, ostentaba sus mejores pilchas.

Virginales y alegres damitas de sinuosas líneas, de grandes y negros ojos de ensueños, de tez suave y sedosa color de mate, y de bocas sensuales con labios de grana, se entretenían elaborando tortas y pasteles.

La maliciosa y dicharachera negra Tiburcia rellenaba patos y gallinas sin perder de vista al lechoncito adobado que se doraba en el fondo del horno casero.

Don Eufrasio Cardozo, pacientemente, preparaba el clásico "asao con cuero", fruto de una hermosa ternera cebada.

Don Juan saboreaba un estimulante mate amargo en el sabroso poro tropero, boquilla y bombilla de plata y oro, e impartía órdenes para que no se arrebataran las "chinitas del lomo" atravesadas en el asador de fierro a distancia prudencial de las llamas, y para que se fueran calentando ya aquellas achuras compuestas por los chinchulines, tripa gorda, cuajo, ubre, riñones y corazón, menudencias que tanto le gustaban al "gurí". Doña Luisa se afanaba para sacar "a punto" su famoso dulce de zapallo, otra de las debilidades de su hijo. Antonio, Antero y Daniel daban los últimos toques a un arco de triunfo adornado con laurel, profusidad de flores y cintas de colores nacionales.

El público demostrábase algo inquieto y nervioso. Esperaba el desenlace de un suceso extraordinario, de un grande y ansiado acontecimiento. Pocos instantes duró aquel estado de tensión.

—Ahí viene — avisó la voz atemorada de Eleuterio Rosano, que surgió de entre las ramas de una corpulenta higuera.

—El gurí! — grito radiante Cayetano Fernández.

Todos los ojos fusilaron con sus dardos de luz el portón de la cuchilla, distante, unas quince hectáreas. Un carruaje tirado por dos soberbios oscuros, avanzaba apresuradamente haciendo crujir sus elásticos de acero. Minutos después el coche se detenía frente al jardín.

Sonó una tremenda salva de aplausos, y saltando ágil y alegremente de su asiento, surgió la figura simpática de Santiago que, quitándose el sombrero, sonreía emocionado.

Media docena de señoritas corrieron a su encuentro y arrojaron sobre su erguida testa una lluvia de pétalos fragantes, los cuales antes de alfombrar el suelo, deteníanse breves segundos entre su ensortijada y áurea cabellera de león. Acto seguido le colocaron una corona de guirnalda y laureles, y lo hicieron pasar victoriosamente por debajo del arco de triunfo, mientras los vivas estruendosos iban repitiendo sus ecos que morían en las quebradas lejanas saludados por los alertas de los teru-terus.

Menudearon los abrazos. Todos reían alegremente. Y doña Luisa lloraba de felicidad.

Su hermana Matilde lo enloquecía con innumerables preguntas. Ella quería saberlo todo en un minuto. El año próximo debía partir a la ciudad para cursar estudios de maestra, que era para la estricta moral

campesina, la única carrera decente que podía avenirse al carácter de una niña de familia. Y la chiquilla deliraba con su viaje y deseaba conocer los detalles de la vida ciudadana.

Santiago no podía contestar. La emoción le oprimía la garganta. Y por algo que él no acertaba a explicar ni a comprender, aquellos momentos que debían llenarle el alma de inmensa alegría, le causaban una estúpida tristeza mezclada de extraños y lúgubres sentimientos...

CAPITULO IX

Ante la algazara que dominaba el momento, don Juan que había estrechado varias veces a Santiago entre sus brazos, sonreía sereno al mismo tiempo que estrujaba en uno de sus bolsillos un papel escrito que había producido una ligera conmoción en su espíritu siempre bien equilibrado, y sólido como una pirámide egipcia...

La preocupación de don Juan era motivada por una carta del señor Albo. El viejo preceptor hablaba de la robusta inteligencia de su alumno, cuyo brillante examen era una bella promesa, pero entraba en algunas consideraciones sospechosamente graves. Don Juan había releído varias veces estos párrafos: —“...Es también un deber para mí advertirle que he estudiado de cerca el alma de su hijo. Se trata de un caso complejo. Hay por un lado cúmulos de nobleza, pero por otro, un estado latente de desequilibrio pasional, de cierta inclinación morbosa hacia los placeres carnales que ahogan todo ideal en ciernes... En un buen momento el Yo que se debate en el campo psicológico de Santiago es capaz de una acción magnífica. Pero, en un instante de crisis, la caída puede ser desastrosa... Estos muchachos temperamentales son peligrosos... He tenido muchos discípulos así. Los menos surgieron triunfales. Los más, malograron su talento. Hay que vigilar a Santiago. Su niñez desordenada y sin orientaciones síquicas es, quizá, la gran causa de la situación incierta que debemos afrontar hoy. Sin embargo, es deber suyo y mío, esforzarnos por modelar su carácter y salvar el fuego sagrado que pugna por ar-

der en su alma... Tal vez convenga usar métodos disciplinarios muy severos, en el supuesto caso, naturalmente, de que el muchacho siga una conducta equívoca... Aunque es difícil enderezar los gajos de los árboles ya formados o en plena formación, la escuela prusiana emplea sistemas férreos de castigos y forma hombres austeros... Extreme su severidad mientras duren las vacaciones. Tengo mis fundamentos para hacerle este pedido que a Ud. le ha de parecer un tanto insólito”.

Don Juan desaprobaba, in mente, las últimas consideraciones de Albo. Y tomando una resolución inquebrantable, se decía: —“Nada de severidades y mucho menos métodos prusianos. El muchacho ha cumplido honrosamente. Qué se divierta con toda su alma! Tendrá tres meses de vacaciones libres y placenteras. Las ha ganado! Las merece! Es inteligente y noble: Que siga sus propias inclinaciones!”

El viejo hacendado, adelantándose a su época, revelaba tener virtudes de verdadero pedagogo. Por ello, quizá, echó en el fuego la carta del Director y se encaminó tranquilo hacia la enramada de las glicinas y madre selvas de donde surgían rasgidos de guitarras anunciando que la fiesta ya había comenzado.

Y así era. Don Tito Soria saludó en un improvisado cuarteto a Santiago y luego continuó cantando, con tonada monótona y chillona, los siguientes versos, matizados de comicidad campera:

Echame la manta ajuera
la romana y el pilón
y el pedazo de jabón
que te truje esta mañana...

Se detuvo en una breve pausa, como para tomar aliento, y acto seguido recommenzó acompañando el

rasgueo de bordonas con movimientos de cabeza y gestos de macaco:

Echame la manta ajuera
con todos mis envoltorios
que no estoy pa mantener
gayina con tantos poyos...

Aplausos y risas.

Soria pasó la guitarra a don Manuel Rufz, anciano de porte venerable y de lengua y blanca barba patriarcal. Don Manuel perdió veinte minutos afinando la vihuela, componiendo el pecho y escupiendo por el colmillo. Después cantó con voz quejumbrosa y letánica, un triste patriótico, todo tragedia y desventura.

Encerraba aquel canto dolorido ese hondo sentimiento nativo que ponen los gauchos del norte en sus apasionadas estrofas, intérpretes de una vida de románticos coloridos, pletórica de ensueños y líricas ambiciones...

Es que hay en ese caballero de los floridos campos norteños uruguayos, pinceladas del místico árabe de los desiertos dorados, de sol ardiente y de luna mágica; rasgos inconfundibles del indomable aborígen charrúa, errante, heroico e impenetrable, como un Dios Buda de piedra; y hay sobre todo muy pronunciados signos de Nuestro Señor Castellano, valiente, parlanchín y quijotesco...

El primer quinteto surgió así:

Infeliz Patria querida
de los leales orientales
que siempre viven peliando
y así se irán acabando
por su desunión terrible...

Con una evidente falta de respeto hacia el autor, don Manuel salteaba estrofas, sustituía frases y en tono siempre sollozante seguía enlutando madres, hermanas, hijas y novias; haciendo correr la sangre a torrentes por vados y quebradas, y sembrando la feraz campiña de Artigas con cadáveres gloriosos de orientales denodados, pendencieros, rebeldes, indisciplinados, nobles, desunidos, temerarios, patriotas, hidalgos, indómitos, enamorados, soñadores y cuchilleros...

Los gauchos escucharon atentos y graves, con signos fatalistas de aprobación. Las mujeres se convulsionaron. Algunas suspiraban tiernamente. Otras condensaban en una oración interna el sacrosanto deseo de que cesara la horrenda discordia y una eterna armonía confundiera las almas de esos ciudadanos, camorrones, ambiciosos y guerristas. Y no faltaron aquellas de cuyos ojos se desprendieron amargos lagrimones que fueron a caer sobre las sedosas blusas que cubrían palpitantes senos virginales...

Al fin el cantor terminó su letanía. Después se sonó las narices, que produjeron acordes trompetales, y satisfecho acarició su barba rabinesca.

Un asistente insinuó:

—Cante algo más alegre, don Ruíz. No estamos velando a ningún finao.

—Finao, sí, sí — arguyó el vasco Zamora — finao estar patos, gallinas, pavos, pollitos, lechones y el cordero ensillao que comer vamos y que este corderito ganarme Caytano a quien apostar yo que Santiago salir bochao en exámenes pero parece que por gusto hacerme perder, el granuja salir aprobado... Rediós, muchacho perdulario!

Don Manuel Ruíz inició un nuevo bordoneo y pa-

sando del escenario trágico al cómico, entró de lleno en un aire de pericón:

Ayá pu'aquel cerro verde
donde bajan mis ovejas
unas calzando zapatos
y otras tan solo chancletas...

Alentado por las risas y aprovechando la circunstancia de que las damas se habían retirado momentáneamente, continuó:

En la cañada de "El Chancho"
una vieja jué a lavar
las bombillas de Fray Pancho
y comenzó a suspirar...

Ella coligió enseguida
que a los ráidos pantalones
frente a la fruta prohibida...
le faltaban los botones...

—Esa fruta que Dios crió
con sabiduría y paciencia
y el uso nos ocultó
tal vez como penitencia...

El Señor poco discreto
de puro güeno y confiao
a un bicho dijo el secreto
y jué pialao de volcao!...

Y a Eva, gurisa indiscreta,
le mostró con imprudencia
una serpiente alcagüeta
el manzano de la cencia...

La muchacha se tentó
y a Adán le cantó la plana;
al árbol Adán trepó
y comieron la manzana...

El susto jué colosal
pero más grande el placer...
se metieron a un yuyal
y volvieron a comer...

Dios, que se vino enojao,
los increpó — cosa vana! —
la fruta les 'bía gustao
y pidieron más manzana!... —

Y golviendo a aqueya vieja,
que era fiera y maliciosa
con cara de comadreja
y se críba entoavía moza;

decía: “les falta experiencia
a estos frailes charabones
en tan preciada emergencia
podían salvar los botones...

Con resignación cristiana...
en tan dulces ocasiones,
se levanta la sotana
y bajan los pantalones...”

Entre risueños y picarescos comentarios del auditorio, finalizó don Manuel su canción matizada de bíblicos motivos...

Reclamó la guitarra el tartamudo Aparicio Pacheco, exaltado comandante nacionalista, y con voz límpida

y abaritonada, sin tartamudear en una sola sílaba, cantó una inspirada décima patriótica, cuyo primer cuarteto estaba concebido así:

De pólvora cada grano
se derrama el patriotismo;
se ha de formar un abismo
en contra de los tiranos...

Cuando el comandante Pacheco puso fin a sus estrofas heroicas fue premiado por sentidos aplausos, a los cuales se mezclaron las profundas notas de bajo de una campana improvisada con arcaica reja de viejo arado y que anunciaban, jubilosamente, la hora del banquete.

Ante aquellos simbólicos tañidos, enmudeció la clásica guitarra, cesaron sus cantares los criollos ruseñores y desde la mansión de Apolo, todo el mundo descendió bajo el impulso de la terrestre atracción, hacia las comarcas de la prosa, dando, impúdicamente, las espaldas a la poesía...

Sancho Panza, frente a los manjares que presentó don Juan, nunca hubiera sentido nostalgias de las bodas de Camacho.

Desfilaron en primer término las tradicionales empanadas criollas, cuyos protuberantes vientres denunciaban un relleno copioso, variado y exquisito. Después siguieron los dorados y apetitosos pavos, pollos, patos y gallinas. En seguida hicieron entrada triunfalmente tres chanchitos al horno, tres corderitos al asador — contando el de Zamora — varias “chinitas de lomo”, el afamado “asao con cuero”, un conjunto de achuras y algunos tentadores matambres de ternera. Aparecieron, instantes después, centenares de chorizos

criollos, cuya fragancia subyugaba los sentidos y al parecer, en ondas grisáceas, se elevaba hacia el azul cual si fuese a deleitar a los propios dioses del Olimpo.

Como si todos aquellos manjares deliciosos y succulentos, dignos de paladares pontificios, y capaces de saciar a un regimiento de sanchos ciclópeos, no fueran suficientes, debajo de unos eucaliptos ostentaba su panza eclesiástica, circular y enorme, una gigantesca olla de "tres patas" rebasando de sabrosísimo puchero. Junto a semejante monumento gastronómico, el viejo Abdón Zanabria se entretenía en aderezar un montículo de "pirón", mientras contemplaba, con el "rabillo del ojo", su porción inicial puesta a buen recaudo, la que constaba de una voluminosa choquisuela rodeada de chorizos, tocino, charque, chinchulines, cuajo, choclos, papas, repollos, zapallos, zanahorias y boniatos. La choquisuela, su presa favorita, serviría, según él, acompañada de las otras menudencias, "pa darle un vareo al estómago". "Dispués habrá que rellenar el mondongo con tuitas esas golosinas compuestas por poyos, patos, pavos, corderos, chanchitos, matambres y asao con cuero..."

Y agregaba:

—Más dispués no como más..., salvo, dejuramente, que me ruegue el patrón...

Un añejo litúrgico, hijo legítimo de Galia, de rico bouquet y noble prosapia, corría profusamente. Y conviene advertir que tan delicado y rojo líquido transatlántico, era guardado celosamente por don Juan durante muchos años y que sólo hacía su aparición en muy solemnes y contadas ocasiones, verbi gratia: — casorios, nacimientos, bautismos y "yerras".

En medio de brillante jovialidad seguía su curso aquella soberbia comilona. Las fuentes y sus conteni-

dos piramidales, se sucedían. Los primeros en pasar a la historia fueron los inocentes pollitos. A su turno tuvieron idéntico destino los patos, gallinas, pavos y lechones. Los corderos duraron lo que un sueño, con el de Zamora ensillado y todo.

Un párrafo aparte merecieron los "asaos con cuero", ante los cuales poco faltó para que el gauchaje se persignara... Cardozo, demostrando su inimitable habilidad, los había convertido en manjares bíblicos.

El avezado capataz cortaba "contra el cuerito" y presentaba bocados que arrobaban al paladar el cual parecía dejarse poseer en un trance excelso de gloria...

Cuando tocaba a su fin el consumo de las viandas y los comenzales suspiraban casi vencidos alargando dos "aujeritos" más el cinto "preñao" de libras esterlinas, don Cayetano dio un paso al frente y presentó a Santiago con una hermosa mulita artísticamente dorada al horno. El animalito había sido especialmente preparado por Fernández como sentido recuerdo a días no lejanos en que el "guri" rechazaba el mejor plato por aquel bichito de su tierra...

El presente tuvo un éxito ruidoso; más aún cuando don Cayetano expresó el deseo, con voz entrecortada por la emoción, de que el "guri solito se la pasep'al buche".

El estudiante ya había abandonado las armas pero en homenaje al romántico Fernández y al bichito lleno de saudades de esa tierra generosa con olor a yerba buena, a trébol, marcela, ruda, macachines y margaritas silvestres, pidiendo permiso al obsequiante, dividió la mulita en dos porciones iguales, pasó una a don Juan y con unción casi beatífica se dedicó a la otra...

Don Juan cogió la porción que le brindaba su hijo

y presa de lírica exaltación dijo, como el simpático "Beloved Vagabonde" de William Locke:

—Acepto por el espíritu que trae el convite!...

Y ambos, padre e hijo, unidos por el mismo sentimiento de amor telúrico e identificados en el alma y en la sangre, ante el silencio grave de todos los concurrentes, finalizaron su manjar con la legendaria religiosidad con que los paganos sacerdotes griegos llevaban a cabo el sacrificio de un becerro sagrado al compás de las clásicas plegarias, recónditas, sublimes y bárbaras!...

CAPITULO X

Después de aquel acto de fervoroso holocausto al suelo nativo, don Juan y Santiago brindaron por el hondo sentido de las camperas tradiciones. Los gauchos levantaron sus copas con gestos de devoción mientras sus nervios se crispaban y sus ojos despedían luces extrañas... Los rostros denotaban decisión y fiebre. Y aquella escena tenía todos los caracteres de un solemne juramento por la Patria, por la conservación y gloria eterna de la sacrosanta heredad que les legaron sus heroicos ancestros!

Con los postres cesó el minuto de solemnidades y volvió a reinar la alegría optimista y dicharachera en el corazón de aquellos buenos ciudadanos.

Circularon golosinas de toda laya entre las que figuraban diversas cremas, natillas quemadas al ron, dulces de higo, batata, leche, membrillo, zapallos, tomate, duraznos y burucuyá. No faltaron los melones de "cáscara cuartada" y mucho menos las enormes sandías de purpúreos corazones, la clásica y preferida fruta del gaucho.

Entre los vinos generosos se impuso el viejo garnache, especialmente para los delicados paladares del bello sexo. Los hombres dieron preferencia a una áurea caña de La Habana que venía a punto "pa disolver la sándia y pa matar el bicho..."

Terminado ya el banquete los sirvientes comenzaron a levantar las mesas mientras los perros se apoderaban vorazmente de algunas presas que habiendo esca-

pado a un inexperto golpe de tenedor rodaron por el suelo. Patos, gallinas y pavos se lanzaban sobre residuos de pan, pasteles y bizcochos, y los chingolos realizaban, prudencialmente, rápidos asaltos sobre las migas... Las abejas y mangangás zumbaban sobre las flores, y las "chicharras", interpretando la hora de sol calcinante de la siesta, chillaban desesperadamente...

Algunos comensales, después de indisimulados bostezos, emprendieron su retirada hacia los galpones, dispuestos a "echarse panza arriba y engañar un poco el ojito dándole una ligera ración..."

Don Juan, seguido de una parte del elemento serio, se retiró a sus habitaciones.

Algunas mamás, celosas guardianas de sus "gurisas", jineteando malamente el pingo del sueño, no se movieron de sus asientos. Y para vencer el cabeceo, comenzaron a cortajear al vecindario...

La juventud, incansable, fuerte y de hirviente sangre, "como un solo hombre" quedó firme en la escena y alegremente demandó por música.

Volvieron a llorar las bordonas y resurgió el entusiasmo con renovados impulsos...

Santiago tuvo un trágico accidente. Fue algo así como si corriendo descalzo por las quebradas del Destino hubiera sufrido un tropezón lastimándose el dedo gordo en el pie del alma, cuya uña rota enrojeciera de sangre...

Aquel malhadado tropezón ocurrió bajo las fuerzas síquicas de las siguientes circunstancias:

El estudiante se había empeñado en perseguir con ardientes requiebros amorosos a Juanita Tapia, una cautivante morocha de ojos grandes, negros y llenos de misterio como las cimas insondables de la fatali-

dad...; de silueta esbelta y flexible como las legendarias palmeras de "El Quebracho"; de curvas y sinuosidades tentadoras como el camino de la Vida..., y de boca colorada y fascinante como un tajo en medio del corazón de una sandía madura...

Desde el primer momento la muchacha había declinado las apasionadas ofertas de Santiago, declarando que su corazón no le pertenecía y que el único afortunado poseedor de tan valiosa joya, era el joven Irineo Peralta, gallardo caballero allí presente, quien ya tenía la aprobación de sus padres, había conversado con el juez y estaba construyendo el rancho...

El estudiante, encaprichado en ponerle en peligro a Irineo el casamiento y el rancho, cargó con más bríos que nunca y se puso cargoso...

En el fondo, lo mordía el amor propio. ¿Cómo, él, hijo predilecto del respetable estanciero Marcos, estudiante laureado y mozo guapo que ostentaba triunfales galones ganados en las justas del amor, verse rechazado casi desdeñosamente por aquella hembra que aunque hermosa, era rústica y pobretona? Eso no! Se jugaría entero pero no aflojaría! Al asalto!

Aproximó su silla a la de Juanita y atacó a fondo. Ella se mantuvo firme, esforzándose, sin embargo, para no dejar de ser amable. Santiago insistió usando frases impertinentes... La muchacha reaccionó y le llamó al orden con aspereza. Entonces, Santiago, perdiendo toda serenidad, balbució furiosamente ciertos adjetivos... que provocaron una crisis de lágrimas en la cohibida "gurisa".

Peralta, que seguía de cerca la incidencia, se puso de pie. Pálido y con la cara descompuesta por la ira, se disponía a reprochar su conducta al estudiante, cuando Cayetano, rápido y oportuno, se interpuso en-

tre los dos y tomando del brazo a Santiago, al mismo tiempo que le arrancaba la guitarra a don Tito, gritó, con fingido buen humor:

—Que cante nuestro gáúcho pueblero, canejo! Tiene linda voz y sabe lucir en los estilos de la tierra!...

La mayoría de la concurrencia aplaudió la actitud de Fernández, quien hizo sentar a Santiago a prudencial distancia de Juanita. Luego Cayetano llegó hasta ella y al oído le suplicó que disimulara el desagradable incidente afirmando que el “guri” estaba “encopetinao”.

Peralta se sentó junto a Juanita y ella, valientemente, controló sus nervios y se contuvo...

Santiago volviendo a la realidad se encontró con la guitarra en las manos y desconcertado miró a la concurrencia. Mientras percibía gestos de desaprobación, llegaron hasta sus oídos las palabras condenatorias de su hermano Antero:

—Es un mal educado y nos está haciendo pasar vergüenza!

También lo hirió la voz de don Segundo con esta tremenda afirmación:

—No dije yó! Es muy sancocho este sotreta pa salir perejero!...

Cayetano insistió para que el estudiante cantara. El auditorio aprobó con entusiasmo y el incidente parecía pasar ya a segundo término.

Santiago consideró su grave falta, y al comprender que la única manera de salvar aquel momento tan desairado era accediendo al pedido de Cayetano y sus amigos, se dispuso a la lucha...

Con el rostro empaludado, sintiendo que un sudor frío le bañaba la frente, comenzó a tocar, con desarmonico bordoneo, una vidalita antigua. Segundos des-

pués intentó cantar unas estrofas. Desafinó desastrosamente. Volvió a insistir, y cuando parecía en tren de mejores orientaciones musicales y bucales, Eleuterio, un hijo de don Segundo, medio idiota merced a la educación del garrote que le prodigaba diariamente su padre, gritó en forma intempestiva:

—Putá manate que canta fiero!

Y soltó una carcajada bárbara...

Don Segundo lo silenció amenazándole con el cabo de su rebenque. Pero ya cierto estado de nerviosidad dominaba al público...

Con tremendo esfuerzo Santiago reinició su canto. Resultó un verdadero fracaso. La guitarra sonaba apenas y la voz no tenía ni sonoridad ni ritmo... Y esta vez Zamora interrumpió, brutalmente:

—Con esa voz vas a espantar gallinas!...

Otra carcajada descomunal del idiota Eleuterio fue repercutiendo sus notas salvajes a través de los bosques cercanos...

El auditorio ya no pudo contenerse y bajo el contagio de la risa del imbécil, se empezó a convulsionar con carcajadas alarmantes...

Santiago se puso de pie. Su gesto trágico hizo que todos contrajeran los músculos faciales y guardaran silencio...

El estudiante depositó la guitarra sobre una silla y aproximándose a Juanita, en forma altiva y generosa, le demandó excusas. Como Irineo Peralta hiciera un gesto impertinente, Santiago le dijo junto al oído:

—Y Ud. se va a la mismísima M...!

El novio recibió el insulto todo confundido y con un débil ademán de agresión se rascó la cintura buscando el revólver en el lado que no lo tenía... Y acomodándose nuevamente en su asiento, sacó la tabaque-

ra como dispuesto a liar un cigarrillo y cual si nada hubiera ocurrido.

Santiago le bombardeó el rostro con una mirada feroz y tornándole la espalda, con la testa erguida y un andar desafiante de león, se retiró hacia su alcoba.

Eleuterio, que había oído decir a don Segundo que lo iba a dejar sestiano como a un lagarto de un mangazo, furtivamente se introdujo en el horno casero, donde los ladrillos aún calientes le tostaban los talones "retobaos", corazas impenetrables hasta para las chuzas de los viejos coronillas...

La fiesta no podía interrumpirse así. Don Manuel Ruíz cogió la guitarra e hizo prodigios con sus dedos macetas en un pericón. Los veteranos formaron parejas, los jóvenes secundaron y volvió a revivir la alegría y el entusiasmo.

Finalizada aquella histórica y hermosa danza criolla, cuyas simbólicas notas de color producían intensas vibraciones en los emotivos corazones gauchos, siguió una polca con relaciones... Después otra y otra, hasta que el crinado alazán del sol, descendiendo la cuchilla del cielo, amenazaba zambullir la cabeza entre el bosque de color pardo, azulejo y "requemao" del horizonte...

La fiesta tocó a su término, entonces, y los invitados ensillando apresuradamente, se aprestaron a partir.

Caballeros y bellas Amazonas, formando un alegre conjunto, pleno de juventud y optimismo, emprendieron la retirada.

Los briosos corceles relinchaban entre elegantes escarceos. Sonaban las coscojas, y los últimos rayos del sol ponían centelleantes pinceladas de luz sobre los plateados y lujosos aperos...

Los ponchos de vicuña, los sombreros aludos, los grandes pañuelos de seda atados al cuello y tendidos sobre las espaldas, las bombachas de merino y las botas de charol adornadas con pesadas espuelas de plata y oro, en contraste con los trajes multicolores y los largos pollerones negros de las damas, daban una nota maestra de intensa tonalidad cromática...

Aislado, desde la ventana de su aposento, Santiago contemplaba aquella hermosa escena campera, absorto en hondas meditaciones..., y al posar la mirada en los lejanos y áureos horizontes, se le ocurría que esas fantásticas figuras de dragones y gigantes que las nubes esbozaban con ropaje de azul y escarlata, animaban a un conglomerado bárbaro de seres cabalísticos...

CAPITULO XI

Por muchos días Santiago permaneció alejado de toda actividad mundana, esquivando hábilmente las invitaciones que a bailes y paseos le formulaban sus amigos. Entre tanto, nadie volvió a recordar el incidente de aquella tarde en que "Los Alamos", vieja casona colonial, festejaba su arribo victorioso...

El estudiante sentía íntimo reconocimiento por la discreción y delicadeza de sus parientes y amigos, que jamás hicieron la más leve referencia a la nota ingrata de aquel día. El mismo llegó casi a convencerse de que aquel asunto no había tenido significación alguna... Y adjudicaba su torpeza de tan insólita nota a un estado de latente anormalidad causada por el exceso de vino y por inexplicables fenómenos cósmicos...

Aunque se ruborizaba al pensar en la tragicómica escena de su actitud donjuanesca, estúpida y agresiva, esforzándose por echar todo en olvido y sólo esperaba la oportunidad para sincerarse con Irineo y presentar nuevas excusas a Juanita.

—Juanita! —pensaba Santiago—. Tentadora la ganchita linda! Pero no tanto para que un mozo experimentado como él perdiera la serenidad... Hembras como ella no faltaban en el pago... Por qué, entonces, sus apasionados asaltos?... Posiblemente la tarántula del amor propio lo mordió en el pecho, el Deseo encendió su sangre y el vino alteró sus sentidos... Además, el potro entero de sus diecisiete años que corcoveaba indómito en su ser, y aquel ambiente de sensua-

lidad y posesión que en la vida animal se revelaba soberbiamente en balidos triunfantes y relinchos vencedores, habían sacudido todo su Instinto, cual si una descarga producida por el choque tremendo de dos polos opuestos le hubiera hecho sentir vibraciones eléctricas en sus miembros recios y másculos!...

*
**

El estudiante se entregó a una especie de retiro voluntario. Pasaba horas, y hasta días enteros, entre las habitaciones y los eucaliptos de la estancia. A veces borroneaba cuartillas con versos sentimentales y desalineados, pero la mayor parte del tiempo se echaba en una hamaca tendida debajo de los eucaliptos y casi dominado por la pereza y por mil sueños ambiciosos, se entregaba a extrañas meditaciones...

Un buen día le asaltaron ansias de leer. Pensó que tal vez semejante distracción era más a propósito para viejos vencidos por la Vida o para frailes doctos y malhumorados. No obstante tan singular razonamiento encaminóse con desgano hacia un arcaico mueble destinado a servir de librería a su padre, y cual experto bibliógrafo se dio a un examen minucioso.

Entre montoneras de volúmenes sobre ganadería, materia hacendaria, descoloridos infolios legales, códigos, tratados de medicina casera e inefables estudios herbolarios, panacea para todos los males del cuerpo y del alma, resaltaba parte encuadernada y parte amarrada con cuerdas, extensa colección de la Ilustración Artística, una de las más hermosas y difundidas revistas de la época, editada en Barcelona. En los anaquelles inmediatos se encontraban, cuidadosamente con-

servados, los libros que a sus favorecedores regalaba cada año la casa editora y que consistían en obras científicas, históricas y literarias.

Al azar cogió un libro. Era una traducción virgiana. Leyó los primeros versos. Le pareció una cosa enmarañada y sin sentido. Restituyó el volumen a su sitio y dejó las odas para otro día. . .

Escudriñando pacientemente con los ojos se detuvo en un libro en cuya tapa estaban dibujados guerreros de estaturas gigantescas, un mar agitado y extrañas barcarolas devoradas por las llamas. Corrió las páginas rápidamente. Su curiosidad fue despertada por múltiples y novedosas ilustraciones en las que campeaban grandes ejércitos. formidables batallas, tipos de hermosísimas mujeres y figuras arrogantes de hombres que parecían dioses y de dioses que parecían hombres. . .

Los últimos olímpicos caballeros, iluminados y bellos, descendían hasta los seres terrenos para tomar parte en sus guerras, chismografías y amores. . .

Se echó de nuevo en la hamaca y recién entonces ocurriósele conocer lo que todos buscan en el primer momento: el título de la obra. Era "La Ilíada" de un tal Homero. . .

Con bastante mala voluntad leyó el prólogo. Quedó enterado de que el señor Homero había sido un gran poeta griego metido a historiador, quien relataba en romántica y muy imaginativa leyenda episodios de una guerra extraordinaria en regiones exóticas por causa de una señora que se llamaba Elena y que tuvo la osadía de dejarse raptar por un individuo que respondía al nombre de Paris.

—Caramba — pensó el muchacho — por una mujer una guerra bárbara y devastadora! Si se tratara de

robar a Juanita la cosa se arreglaría sin tanta bulla. Cuestión de algunos tajos o puñaladas y hasta quizá de hacer girar el tambor del calibre 38... No vale la pena!

Pese a estas ligeras reflexiones aquel libro le pareció bastante entretenido. Y comenzó a leerlo seguro de que lo ayudaría a matar su aburrimiento. Pensó que cuando la lectura lo cansara mucho, pondría el libro debajo de la almohada y echaría un sueñito, y que por último, si no le era posible dormir, saldría al campo, como en los viejos tiempos, y se dedicaría a cazar comadreas, zorrinos, mulitas y lagartos...

Con vago interés, entre bostezo y bostezo, pasó las primeras páginas. Mas, como en un raro despertar, mezclado de emociones nunca sentidas, experimentó de pronto vivo deseo de conocer la vida de esos seres llenos de misterio que se debatían heroicos en aquel bello y remoto país. Y casi sin notarlo, su entusiasmo adquirió hondas proporciones y ávidamente, en un vigoroso in crescendo, empezó a nutrir su espíritu con la enorme leyenda mitológica.

Se proporcionó un gran volumen que encerraba todo el diccionario de la Real Academia Española, y valido de tan magnífico guía iba descifrando nombres, hechos y motivos..., y así, sin siquiera sospecharlo, asimilaba un vasto caudal en la inagotable fuente del helenismo.

No simpatizó mucho con Agamenón, Rey de los Hombres, cuya conducta en el caso de la hija del sacerdote Crises como en el de la encantadora cautiva Briseida, la de hermosas mejillas, le resultaba canallesca.

Su héroe fue Aquiles. Sus amigos, los adictos soldados del hijo de Tetis. Después del divino guerrero

protegido de Poseidón y Palas Atenea, toda su simpatía se volcaba en favor de Ulises y Patroclo. Y sus dioses favoritos eran aquellos que habían tomado partido del lado de los aqueos y que luchaban para precipitar la derrota de los troyanos.

Ocasionalmente se molestaba con la intromisión de los habitantes del Olimpo en las diferencias de los mortales, pero cuando alguno de sus héroes corría peligro y era salvado por la mano oportuna de un dios amigo, sucedía al minuto de angustioso suspenso de su alma, un íntimo regocijo, y entonces extendía hasta el divino personaje mudas expresiones de reconocimiento y admiración que fluían de lo más hondo de su ser emotivo...

No podía aceptar las innumerables intrigas que tanto en el Olimpo como en la tierra constantemente agitaban la vida de los dioses. Le parecía indigno de tan excelsos e inmortales seres el que se vieran envueltos en embrollos y bajezas muy afines con los vicios y perversidades de los hombres...

Casi sin interrupción y cada vez con mayor voracidad mental iba captando todos los acontecimientos de la homérica epopeya. Saboreaba hasta los más ligeros episodios, y como soñando despierto, repetía inmente los párrafos que más le impresionaban en cada una de las mágicas rapsodias.

Lamentó la muerte de Patroclo y sintió marciales arrebatos cuando Aquiles se lanzó a la lucha fantástica y sublime consiguiendo dominar hasta las furias desatadas del río Janto y tornar definitivamente en favor de los aqueos la suerte de aquel lance tremendo.

Su espíritu ecuánime y justiciero se resintió al comprobar la intervención de los dioses en el combate singular entre el Pelida Aquiles, el de los pies ligeros

que llevaba la muerte en las manos, y el Atrida Héctor, el valeroso guerrero de casco tremolante. A pesar de que él deseaba fervientemente el triunfo de Aquiles, su héroe predilecto, habría preferido que la victoria del hijo de Peleo no hubiera sido empuñada por la influencia de los dioses y que en suceso tan trascendental el Oráculo permaneciera mudo.

Finalizada la afiebrada lectura de "La Ilíada", se dedicó, con no menos devoción a "La Odisea", obra que también dormía el sueño del olvido en la biblioteca paterna.

Siguió la peregrinación del vencedor del Cíclope Poliforme, pendiente de todas y cada una de sus incidencias llenas de incontables peripecias, que, con imaginación de exaltado fantasista y pincel de maestro excelso, supo presentarnos el genio de Homero.

Ora sonriente ante un pasaje feliz del divino Ulises, ora consternado frente a un episodio ingrato, nuestro gauchito soñador iba viviendo el drama inmenso, preñado de humanas y olímpicas aventuras, a través de sus múltiples etapas.

Y al final se grabaron en su espíritu, con marcos imborrables, algunas escenas pintorescas, pletóricas de enseñanzas filosóficas.

Entre otras, la actitud de la apasionada, tenaz y traviesa Calipsus, cuyo idílico ardor fue interrumpido por la alcahuetería de Mercurio y su varita mágica. El habría deseado que como en el caso de Circe, el divino hijo de Laertes hubiera dejado a la reina de Ogigia amamantando sendos herederos...

El peregrinaje por el imperio de Plutón lo conmovió amargamente, y lamentó de veras el resentimiento que puso una barrera de frialdad entre sus dos héroes. El habría intentado una generosa tratativa conciliatoria.

La conducta de los pretendientes que cortejaban a Penélope, lo llenaba de indignación. ¡Qué tipos zonzos y cargantes! Bien merecida la suerte que les tocó cuando no pudieron armar el arco de Ulises!

Penélope con su constancia y fidelidad le resultaba la encarnación de la hembra prehistórica, ignorante del placer infinito que según las experimentadas y graciosas hijas del siglo XX, significa coronar a sus hombres...

La tela un cuento digno de la paciente araña tejiendo la trampa de cazar moscas...

El perro Argos una evidente demostración de que la raza canina tiene superioridades sobre la humana...

En algunos aspectos la conducta de los dioses le parecía inadmisibles. A pesar de tanta divinidad, no se manifestaban extraordinariamente mejores que los mortales. Las damas tan viciosas y comediantas como las mujeres de nuestro mundo terreno. Muchas de ellas se acostaban impudicamente con los amigos de sus maridos. Y algunas veces se entregaban, sin muchos rodeos, con algunos afortunados ciudadanos de nuestras plebeyas esferas. Puede decirse, sin ofensa al rubor y ajeno a toda intención difamatoria de honras divinas, que las representantes del olímpico bello sexo, ya solían practicar gran parte de los preceptos del amor libre sin haber leído las obras revolucionarias que sobre la materia escribieron las notables mentalidades vanguardistas de fines del siglo XIX y de principios del siglo XX.

Es posible que la conducta de esos personajes etéreos respondiera a un plan preconcebido de política racial. Pero a no mediar tan respetable razón étnica — y aun mediando — hay que convenir en que las mujeres olím-

picas eran más virtuosas que lo que pomposamente han demostrado ser las humanas en el transcurso de los siglos. Aquéllos desoían nuestros prejuicios convencionales y se daban de alma, rindiendo así el más leal y desinteresado culto al sexo. El amor triunfaba augusta y soberanamente sobre todas las miserias de falsa pureza, aplastando esos conceptos estúpidos de modestia virginal inmaculada, mentira de la sociedad contraria a toda ley humana y divina.

El deseo satisfecho era el supremo sentido de la vida. Y cuando la hipócrita ética, que agobia al mundo, hacía pesar sus inhumanas, rígidas y bárbaras reglas sobre el espíritu de los dioses, comenzaba en el reino de Zeus la intriga, el cohecho, el contubernio y la mentira que manchan a la tierra desde que la tierra existe. Quizás por ello mismo, tratando de ocultar su legítimo rubor, es que nuestro planeta gira y gira sobre su eje en el que los hombres, por no untarle con el bálsamo de la verdad, tienen que soportar los atormentadores chirridos del convencionalismo...

La libertad en el amor era en los dominios del Olimpo un himno de comprensión y de concordia. La restricción en las relaciones sexuales, el inflexible vínculo matrimonial con sus ridículas exigencias de castidad, el deseo insatisfecho y todas esas normas cavernarias que aún priman entre los mortales, traían consecuentemente enconadas divisiones entre los celestiales habitantes y, desarrollando el ingenio para la mentira, producían los celos, las traiciones y todas las perversidades consiguientes. Y diosas y dioses, en tal situación, ostentaban su bien ganada cabeza de ciervo, ornamento que sólo existe cuando falta la mutua comprensión, reina el egoísmo, impera la hipocresía y, recurriendo

a la mentira, se reprimen las verdaderas pasiones, que precisamente, por ser verdaderas siempre son nobles.

Que la corona ciervática, lógica consecuencia de esas miserias, sea casi un patrimonio de los mortales, es penoso pero hasta llevadero por la fuerza de la costumbre... , mas, entre dioses, seres excelsos, eso es inadmisibile!

La dama realmente recatada, en el Olimpo, era aquella cuyo marido le daba todos los gustos pulsando la lira del amor; o aquella que no había nacido para el culto de Eros; o al contrario, la que vivía bajo el dominio ardiente del sexo y podía practicar el amor libre con tolerante beneplácito del marido, amante y toda su respetable familia...

Como en la tierra, en los vastos imperios de Júpiter el Tonante moraban mujeres purísimas e impenetrables: las horriblemente feas y las ancianas milenarias que ya nacieron ancianas, venidas al mundo para otros menesteres... Las primeras sembraban el terror entre las sociedades humanas y divinas fomentando el odio, la intriga y la discordia. Ellas eran las arpías y sus congéneres. Las segundas formaban un conjunto encantador de virtuosas viejecitas, muy hábiles como adivinas, muy útiles como cabronas...

Lo que no entraba en la mente del estudiante eran esos pasos de comedia estúpida que a cada momento conmovían los hogares olímpicos. ¿Cómo era posible aceptar que en aquel medio de superlativa grandeza, Zeus recurriera al deshonesto truco de transformarse en Cisne para poseer a Leda? ¿Por qué esos frecuentes casos de incestos más canallescós que los de Lot y menos justificables que los que fatalmente tienen que haberse producido en el jardín edénico? ¿Cómo poder admitir los actos de antropofagia del bárbaro Sa-

turno, devorando a sus hijos para mantener un trono? Hasta el ardid del cojo Vulcano para pescar a Venus y Marte que lo coronaban, parecía un flojo argumento de Sainete híbrido... ¡Entre dioses, semejante existencia vandálica y crapulosa! Y en especial el caso de Júpiter que con toda su omnipotencia celestial vióse obligado a usar una estratagema tan indigna de su alcurnia para seducir a una dama terrena!

En ciertos aspectos la vida de los inmortales se desarrollaba dentro de un marco de encanto y sublimidad, pero resulta deprimente para nuestro espíritu, comprobar que frecuentemente los dioses descendían más bajo que los hombres, que ya es el colmo del descenso...

En lo que al mundo terreno concierne, Santiago deducía a través de la leyenda, que la humanidad había retrocedido varios siglos desde que empezó a palidecer la luz del paganismo. Y se le antojaba que los hebreos y los cristianos habían creado una religión intolerante y brutal cuya ética, que no armoniza con las cósmicas condiciones humanas, cada día ensombrece más la conciencia de los pueblos...

CAPITULO -XII

Entre soñador y filósofo, Santiago se dejaba arrullar por el suave vaivén de la hamaca, como un niño que cierra los ojos para viajar al país de las hadas... Llevado por su atrevida imaginación se representó, en una escena nítida y pintoresca, de aterciopeladas armonías etéreas, la embarazosa situación de Venus y Marte cogidos *in fraganti* en la trampa de Vulcano. El solemne consejo de los dioses para juzgar a la pareja adúltera, lo hizo pensar en el incómodo pasaje de aquella divina aventura. Entonces vio la parte cómica de la tragedia, con esos coloridos pornográficamente fuertes, y acudió a su memoria un párrafo de cierto libro que trataba sobre un romance brasileño, cuyo principal protagonista, al debutar en una íntima conquista galante, decía:

—U gosto e muito bon, mais a posicao muito ridícula!...

Le acometió un acceso de risa convulsiva, que culminó con sonoras carcajadas. Cayóse el libro de sus manos y la hamaca comenzó a sacudirse con violencia al impulso de su cuerpo.

Don Cayetano, que pasaba a poca distancia de Santiago en aquellos momentos, se detuvo intrigado, diciendo para su fuero interno: "Este gurí ta loco!" Agregó después unos cuantos comentarios en alta voz, conversando solo como tenía por costumbre y al fin se aproximó bien al estudiante y entró en animada charla, abriendo el fuego con estos disparos de escaramuza:

—Ché, tilingo, dejuero tás leyendo algún libro e za-

fadurías puebleras... Mirá, poné atención y dejá e ráirte un momento: Mañana es domingo y esperamos todos que vas a dejar tu retiro e fraile enfermo e la paletiya cáida y te vas a venir a la fiesta con nosotros.

El gauchito se incorporó lentamente, tornóse grave y clavando sus ojos en los de Fernández, declaró con firmeza:

—¡No voy!

—Güeno — continuó Cayetano — no vengás. Vos sabés lo que hacés. Lamentamos; más por vos que por nosotros...

Y como esperando el resultado de aquel chuzazo, fingió mirar hacia los lejanos horizontes y con cierto aire de misterio, fue dejando caer estas frases amargas, que sonaron como rebencazos en el lomo moral de Santiago:

—Voz no debías disprecearnos así, y menos dejar que anden circulando esas habladurías que ensucean tu güen nombre...

Santiago tornóse rojo como flor de achira, y tartamudeó estas explicaciones:

—No desprecio a nadie y mucho menos a ustedes, que son mis mejores amigos... En cuanto a las habladurías, no sé de que se trata. No me interesan, sea cuales fueren...

Cayetano apuntó al blanco:

—Ah, no! Güeno, mejor pa vos. No te importará saber entonces que todos dicen que no vas a los bailes, ni a la pulpería de Matraro porque no querés encontrarte con Irineo Peralta porque le tenés miedo...

Santiago fingió reír irónicamente.

¿Miedo a Irineo? ¿Por qué?

Y devolviendo el tiro, dijo:

—Mire, don Cayetano, si esas son las habladurías,

no voy... La gente puede decir lo que guste. Yo tengo conciencia de que tal miedo no existe... Y Peralta, lo sabe muy bien...

Cayetano, cual afirmándose en los estribos arrojó las trece brazadas del lazo de su verba:

—Güeno, como vos quedarás... Yo solamente venía a invitarte pa dir mañana a las carreras en lo e Matraró. Corre el tordiyó e los Gutiérrez con el colorao de los Masas. La parada es de trescientos pesos y vá'correr plata como agua!... A vos siempre te han gustaó mucho las carreras... Pero como Irineo dice que áunde quiera que t'encuentre te v'a calentar el lomo y que antes no lo hizo por respeto a tu propia casa, y como el yeva dos o tres parejeros p'hacerlos correr y un mango e mi flor destinao pa tu piojosa, quizá sea más prudente que te quedés nomás... No sea que el otro te sobe la badana... A la fin de cuentas es mejor que no vayás, gurí, y te dediqués a ler esas arterias que tanto te han hecho ráir... Ansi no arriejás tu cuero tan delicao y tu mamita te podrá hacer dormir lo mesmo que a cusquito faldero...

—Cayetano — gritó el estudiante — mañana vamos a las carreras!...

Fernández manifestó, triunfal:

—Güeno, entonce t'ensiyaré a "Relámpago" en aura que no está don Juan pa que ansi le corramos al tordiyó e Peralta. A lo mejor áhi nomás le ganás una carrera, y si no sos tan mulita como él dice que sos, capaz que le salgás ganando l'otra carrera que solo se corre en el triyo reservao pa los hombres... El tordiyó tá más panzudo que una yegua meyicera en cinta — desculpá el término pueblero — y l'aparcería el tordiyó no lo cren... Pero en quinientos metros no hay cabayo en el pago que le pise el poncho! Vos

siempre juiste güen corredor y si no estás demasiao encajetiyao entuavía podrás pasarle el trapo a los Peralta. Y como a vos tampoco te cren los de la mesma aparcería a lo mejor dejamos el tendal...

Santiago interrumpió, alegremente...

—Ni una palabra más: usted ata la carrera y yo corro el bayo viejo marca de Mauá!

Cayetano guiñó el ojo y dijo:

—Esta noche lo dejaremos a galpón y mañana nos venamos de oro...

Después, fiel a su hábito, se encaminó hacia la cocina hablando consigo mismo, moviendo nerviosamente los hombros y haciendo toda suerte de gestos y ademanes.

Santiago quedó en actitud reflexiva y se dijo: "por qué hablará en esa forma Irineo? Bah, mañana lo saludo como si nada hubiera ocurrido, corremos nuestra carrera, bebemos unas copas juntos y tan amigos como siempre..."

Y el gauchito sonrió estupefacto mirándose al espejo de su nueva personalidad. ¡Qué metamorfosis! Antes buscaba pendencias; ahora las evitaba, y sentía un íntimo terror de verse envuelto en riñas y disputas. Sin embargo, pensaba que llegado el caso de batirse sabría responder como un verdadero hombre... Pero deseaba fervorosamente que nada ocurriera, aunque sus amigos lo juzgaran mal... El sabía que no era cobarde, pero tenía miedo...

¡Qué transformación! ¿Por qué no era como antes? Quizá porque se sentía menos bruto y más responsable... Pero semejante moral filosófica no convencería jamás a sus camaradas gauchos, hijos del rigor y de la lucha varonil y bravía, donde el valor y la audacia constituían la máxima virtud del hombre!...

CAPITULO XIII

Entre Cayetano y el viejo Cardozo, montando con elegancia y maestría, Santiago se dejaba llevar en un trote corto y acompasado, camino de las carreras. Caballos y caballeros vestían prendas lujosas y relucientes.

En un recodo, unas veinte cuadras antes de llegar a la pulpería, se apearon a liar cigarrillos y tomar las disposiciones para arreglar los aperos. Al bayo "Relámpago", que montaba Santiago, le apretaron bien la cincha en los sobacos a fin de que sobresalieran más sus protuberancias abdominales. Valiéndose de un poco de barro le disimularon su piel lustrosa y su afamada marca de Mauá. Estas últimas operaciones fueron hechas con tal perfección que el bayo quedó convertido en la caricatura del temible parejero "Relámpago". Los tres jinetes rieron satisfechos ante la belleza de la obra. Entonces Cardozo pasó una botella de caña con ruda ordenando "pegarle largas empinadas para asentar el churrasco y presentarse al boliche con los nervios bien serenaos".

El estudiante, que efectivamente estaba nervioso, de dos soberbios tragos hizo descender cuatro dedos el nivel del áureo líquido.

Fernández y Cardozo se cruzaron una mirada triunfal...

Y después, al trotecito, comentando los últimos chismes turfísticos, los tres amigos fueron aproximándose a los amplios caserones rosados que encerraban al comercio y albergue residencial de los Matraros.

La pulpería presentaba el aspecto de un gran día de fiesta. Había profusión de caballada buena y de elegantes jinetes, y los plateados aperos reflejaban penachos de sol. El gauchaje, entre copa y copa, discutía sobre el precio de los novillos, la lana y los cueros, y pagaba las "güeltas" haciendo sonar sobre el mostrador la imagen dorada de la reina Victoria.

A distancia prudencial del despacho de bebidas, conforme a las exigencias de moralidad y recato, el elemento femenino engalanaba la escena. Cruzábanse los tilburís repletos de bellas campesinas, cuyos vestidos de colores fuertes golpeaban en los ojos, y cuyas formas de curvas bien trazadas despertaban los instintos...

Los hombres exhibían sus ideas partidarias con grandes pañuelos colorados o blancos, y las mujeres adornaban sus trenzas con cintas que también recordaban las simbólicas divisas de Rivera o de Oribe.

En el rancho de la quitandera doña Sinfioriana Ledezma, se llevaba a cabo una interesante partida de truco, mientras corría el mate dulce, con café y cáscara de naranja, y chirreaban en la sartén las empanadas, buñuelos y tortas fritas.

Santiago, que curiosamente iba recorriendo todos los sitios donde la gente se divertía, penetró a lo de doña Sinfioriana, lugar de dulce atracción porque hacían los honores de la casa dos morochas querendonas. Mas, ya le habían copado la banca: Antonio y Antero eran dueños de la plaza... Tomó algunos mates, comió varios pasteles y luego se dirigió a las canchas de taba. Eran tres. En una de ellas, la principal, sólo se hacían grandes apuestas y corrían los montoncitos dorados de libras esterlinas. Allí jugaban los grandes estancieros, tipos de mucha plata con orgullosas es-

tampas de señores gamonales... En la segunda, las paradas eran más bajas y sólo circulaban monedas de a peso y algún raro doblón de a diez. Era la cancha de lo que se podía llamar "la clase media dentro del paisanaje", formada por gentes menos acomodadas, tales como capataces, troperos y hacendados de menor cuantía. Y en la tercera, donde las apuestas más altas no pasaban de un peso, era en la que se expansionaba el "savalage", la chusma y los "tijeretas". Como ocurre siempre, la cancha humilde era la más barullenta, dicharachera y divertida. Entre estrepitosas carcajadas festejaban aquellos felices mortales sus ridículas apuestas, las cuales merecían comentarios dignos de potentados personajes hechos por bocas de algunos gauchos rotos. Ejemplo: Echó suerte Doroteo Ramírez, alias "El Tigre", y con aplomo extraordinario apretó la taba Pancho Güira, quien escudriñando su cinto viejo y remendado consiguió juntar tres reales después de haber recurrido a los últimos vintenes maderos. La labor tenaz de Pancho provocó comentarios como estos:

—Cuidao, muchachos, ta tantiendo su lagarto viejo Su Eselencia, el miyonario Güira y van a correr las doradas de cabayito como el agua e Buricayupí cuando sale campo ajuera rempujao por la creciente el Queguay...

—Den cancha, señores, que Matos Neto se juega sus veinte mil noviyos...

—Entuavía le quedan otros veinte mil en la cabeza...

—No molesten al acaudalao don Luis Inacio García...

—Por la parada parece el dueño e la estancia "Las Delicias"...

—Pa mi qu'es don Jacinto Larrachea...

—O será Mongrell que se juega la cabaña?...

—O el doctor French que arrieja los toros importantes?...

—Debe ser don Aníbal da Souza..., o el doctor Gallinal...

—Pa mi qu'es algún príncipe o ray disfrasao de perro sarnoso...

Pancho Güira, imperturbable, barajó cachasiosamente el "petiso vayo" y dijo con suma arrogancia:

—Vayan, manga e tijeretas, a buscar una pala y un pico pa sacar esta clavada grandota!

Y clavó, en efecto, pero del lado de la cara indecente...

Explosión de risas e hirientes ocurrencias.

Don Pancho, tristón y sin medio, se retiró a formar corro en un grupo de colegas "trasquilaos", que se consolaban hablando de sus diversas habilidades y recordando tiempos mejores... En aquel ameno debate dilucidaban asuntos de transcendencia sin igual los conocidos ciudadanos del pago, Abdón Zanabria, Maneco Colorao, Maneco Tatú, Par de Botas Bandeira, El Chivo Aguilera y Don Juan Paulo González. A ellos se incorporó el amigo Güira, y momentos después, desposeído ya de sus postreros vintenes, el muy ilustre Doroteo Ramírez. Se trataba de ocho personajes de alta alcurnia en las copas, concurrentes infaltables a todas las reuniones y fiestas de pulperías pero de muy precaria situación económica en todas las estaciones del año.

Zanabria y González eran, socialmente, lo mejorcito del grupo. El resto lo componían seis viejos haraganes y borrachones, enemigos empedernidos de todo aquello que significara trabajo. Abdón y Juan Paulo no eran

así. El primero se prestaba como cocinero en las esquilas, "yerras" y mensuras de campo. El segundo trabajaba en guascas y tenía para labor tan sutil como para las copas, vocación artística... Además, se distinguía en calidad de "embellonador". Ninguno de los dos jugaba. Solamente bebían. Juan Paulo siempre, como fanático idólatra de Bacus; Abdón, ocasionalmente, y nunca perdía los estribos. Y ambos gastaban la platica bien ganada sin remordimientos de conciencia. Con los restantes seis caballeros, la cosa era distinta: bebían y jugaban. Para conseguir dinero cerdeaban sus caballos, y algún ajeno si se presentaba la oportunidad, y así juntaban capitalito que les servía "pa despuntar el vicio" con un poco de yerba, caña y tabá... La carne y otros menesteres podían adquirirse con cierta facilidad contando con los sentimientos generosos del vecindario "acomodao" que a veces regalaba de buen grado y a veces por temor de que le carnearan las ovejas en algún zanjón apartado, a las sombras de las noches estrelladas y sin luna... Por lo demás, las chinas sembraban para choclos y daban hijos todos los años... ¿Qué más podía pedirse?... Más tarde los gurises servían para juntar leña, traer agua, pedir "fiao al pulpero", pescar bagres, cabezas amargas y tarariras en las lagunas del Sauce, Soto y Buricayupí... ¿Qué más podía pedirse?... Así era linda la vida!...

Maneco Tatú, oriundo de Río Grande do Sul, comenzó a disertar sobre medicina casera. El se consideraba un "as" en la materia y se esforzaba por convencer a su auditorio. Hablando en una mezcla de portugués y castellano, argüía con calor:

—A medecina a base de tés es a mejor das mede-

cinas. Eu curo tado, e no enveneno a gente como us dotores puelleiros. U mais eficais e u té de guasca.

—Si, ¿no? — replicó Zanabria —. Por eso en el té de manea que le diste a la familia e Machao pa curar el trancazo envenenaste a tuitos, y gracias a doña Diosgracia, la curandera del Sauce, se salvaron con un gomitivo e bosta e capincho y hojas de culantriyo.

—Güeno — contestó Tatú — eu no tiño a culpa; a manea taba fresquiña e eu no sabía qu'era de un cueiro de un animal morto de grano malo, o iso que us gringos yaman carbunclo. Foi una injusticia, mais me aplicaron seis meses de prisión. Sorte danada! No hay justicia en este país!

Pancho Güira metió la cuchara:

—Y el té de plata que le diste a don Manuel Ruiz, ¿pa qué sirvió? Mi compadre tuvo más fiebre entoavía y hubo que hacerlo sudar a juerza e caña, flor de saúco y esencia maraviyosa...

El curandero se defendió:

—Tambein m'inganaron. U Doroteio, u tigre, robó us cinco riales pra tomar canina e, naturalmente, a plata no yegó a producir su efeito. No había hervido bastante aínda...

Doroteo arguyó:

—Mirá, portugués, siempre que a vos te dan algún rial pa té de plata, dispués venís con el cuento de qu'el rial se reeditió... Güeno, pa que no se reeditiera esta vez, yo saqué la moneda e cinco riales cuando ya' bía hervido tres horas en la caldera...

Juan Paulo surgió de improviso:

—Pero el viejo Ruiz se curó con caña!... Si no hay nada como la caña! La caña cura todos los males. Cura la tristeza. Cura el amor...

Mas, sus amigos, los muy hipócritas, se ruborizaron

ante las declaraciones de Juan Paulo y negaron la eficacia de la caña llegando hasta a sostener que ese licor, que tanto amaban, era un veneno...

Acto seguido González extrajo de la cintura una botella repleta de caña, que llevaba a manera de puñal, repetida y vorazmente le "pegó" unos besos prolongados y guardándosela dijo, en forma burlona:

—Naides se ha de querer envenenar y yo no quiero cargos de concencia...

A los demás les dolió el corazón y les relampaguearon los ojos...

Juan Paulo se tiró la barba satisfecho, y don Abdón dijo:

—Mi hermano ya ta empedo!

Después, dando con cierta displicencia las espaldas a González, que mantenía un silencio y una actitud de dios Buda, el grupo de siete se engolfó en una acalorada discusión sobre doma de potros, lazo y amor... De ahí pasaron a temas guerreros. Abdón, que había sido sargento de caballería, sabía manejar la lanza, el facón y la carabina — y cuya mujer se llamaba Ambrosia — contaba hazañas espeluznantes... El Tigre sostenía que él había desembarcado con los Treinta y Tres, y también refería cosas succulentas de su acción como soldado y como blanco... Merced a que todos estaban bastante "punteados" la disputa empezó a subir de tono. Maneco Tatú expresó sus dudas acerca de las maravillas de don Abdón, que a medida que iba relatando sus hechos gloriosos, repetía:

—Porque yo soy guapo y colorao de lay!

Don Juan Paulo, cual perdido en el séptimo cielo, repetía continuamente sus hondas sentencias:

—La caña cura todos los males. Cura la tristeza. Cura el amor...

Y el cielo ya bastante nublado del alma de los discutidores anunció fiera tempestad. Zanabria se le vino al humo a Tatú y levantó el mango ofreciéndole matarle los piojos... Maneco no chistó más. Sabía que Abdón era parco en promesas pero que cumplía su palabra... Tatú miró de reojo el talero de Zanabria y se arrolló todo en la cáscara...

El Tigre tomó amablemente a Zanabria por el brazo y le suplicó al oído:

—No te comprometés, hermano. Esos zopencos están mamaos. No vale la pena gastar pólvora en chímango. Vení conmigo. Los dos semos gáuchos derechos y juertes como corazón de ñandubay... Y amás los dos juimos ventenas en las cuchiyas. Vos peliaste por tuitos los gobiernos dende la Guerra Grande, y yo dende la cruzada de los Treinta y Tres... Vamos, hermano, a tomar dos copas. El dependiente es güen muchacho y siempre me fía tabaco y caña... No me v'a negar!

Y como hablando consigo mismo, remató:

—Es güeno... y me tiene miedo!

Don Abdón echó una mirada de desprecio sobre los dos Manecos y de aparente mala gana se dejó llevar por Doroteo.

Cuando Zanabria se había perdido entre el gentío, Tatú sintió, de improviso, que le venía la rabia... y dijo casi incontenible:

—Eu vo buscar este danado filho da pa..., tiro a faca e vole cortá u resoyo!

Maneco Colorao lo detuvo a tiempo:

—No te perdás, hermano! No olvidés que tenés cinco hijos. Dos por lo menos han de ser tuyos y los demás de tus amigos... Los dos primeros llevan tu marca porque son fierazos!...

—No esté pra bromas! — refunfuñó Tatú.

Colorao siguió:

—Güeno, pero no te olvidés que tas comprometido p'asistir de parto a la negra. Cuarto Moro que ha de largar el guacho en estos días... Dispués de cumplir con tu deber podés peliar con Zanabria...

Par de Botas se retiró después de intentar conmovier a González para sacarle un trago de caña que González no aflojó... Igual suerte le correspondió a El Chivo Aguilera. Pancho Güira, que se había declarado neutral, se escurrió silenciosamente y fue a ofrecer a las quintaderas sus servicios de cebador de mate. El hombre quería ligarse algunas tortas fritas.

Maneco Colorao, guiñando un ojo a su tocayo, se tiró este lance: Con sigilo se agachó sobre Juan Paulo, que en ese momento parecía entregado a los brazos de Morfeo a juzgar por sus párpados caídos y por el ruido poco musical que expelía el fuelle de su garganta, e intentó "pelarle" la botella de caña.

Ahí ardió Troya!

Juan Paulo dio un salto feroz, se sentó firme y, abrazado a su querida botella, vomitó tal insultada a los dos Manecos que los redujo a dimensiones microscópicas. Sacó a relucir todo el árbol genealógico de los tocayos consiguiendo demostrar, con genial elocuencia, que el vocabulario español era mucho más rico en adjetivos de color fuerte que todo lo escrito por Cervantes y lo creado por los magistrales adjetivistas de la lengua madre.

Según González todas las damas de la raza de los Manecos habían sido más livianas que la yegua madrina de los Matraró. De jóvenes fueron miliqueras y de viejas pasaron a la respetable categoría de espías y alcahuetas. Y los hombres de la misma descendencia

fueron los que entregaron sus mujeres a los milicos por una "cebadura e yerba".

Los Manecos huyeron despavoridos, acompañados por las risotadas de la concurrencia. Don Juan Paulo siguió lanzando insultos y más insultos durante un largo rato. Después miró a su alrededor. Ya no estaban allí los tocayos. Sonrió satisfecho. Bebió un buen trago de caña, guardó la botella en el seno, abotonó su camisa listada y, echándose con la espalda contra una pared, dejó caer su cabeza contra el pecho y mientras la baba le humedecía su luenga barba blanca, sentenció nuevamente:

—La caña cura todos los males. Cura la tristeza. Cura el amor...

Sonó un tremendo ronquido en do mayor... Esta vez Juan Paulo estaba realmente dormido!

CAPITULO XIV

El estudiante, que había seguido las incidencias de Zanabria, Juan Paulo y sus amigos, disuelto aquel histórico grupo y entregado González a las caricias de un sueño reparador..., se dirigió a la cancha de los ricachos. Lo llevaba, más el espíritu de curiosidad que el anhelo de tomar parte en el juego. Al aproximarse oyó la voz inconfundible de Eleuterio:

—Pero qué olada! Yeva cinco manos seguidas! Don Irineo ta suertudazo!

Verdaderamente, Peralta tenía una racha feliz. Ganaba un montón de plata y asumía poses de potentado. Los de su grupo también ligaban de “refilón”. Uno de ellos comentó:

—Se no yenamo de oro!

Santiago saludó mirando deferentemente a Irineo. Todos contestaron, menos Peralta, quien volvió la espalda y siguió barajando la taba. El coimero gritó:

—Quién copa? Hay cinco libras de banca. señores!

La actitud de Irineo puso notas de arrebol en las mejillas de Santiago. Peralta dijo con displicencia, tornándose hacia el estudiante:

—Parece que me tienen miedo...

El guachito dio un paso al frente y copó la banca.

Irineo sentenció:

—Si esta yegua me voltea no muento más a cabayo...

Y alisó el suelo con la mano, barajó repetidas veces y tiró de dos vueltas. La taba, después de chocar con-

tra la raya, siguió una especie de galope muy bien dirigido, que es casi siempre precursor de suerte, mas, tropezó en una piedrita y se paró del lado contrario.

Esta vez Marcos tomó la ofensiva diciendo:

—Los maturrangos se caen solos...

El coimero preguntó cuál era el monto de la banca y Marcos respondió, sin pestañear:

—Todo. Doy desquite.

La numerosa concurrencia conocía el “resentimiento” de aquellos dos bravos adversarios y presintiendo un duelo interesante, guardó silencio y les dejó el campo libre.

Copó Irineo. Los amigos de Santiago, que se le habían vuelto a reunir, jugaron a sus manos y se cruzaron miradas inquietantes que parecían anunciar la proximidad de una tormenta... El estudiante, simulando mucho aplomo tiró la taba. El “güeso” no quiso pararse... Lo cogió Peralta y después de hacerle algunas caricias lo devolvió con malas intenciones... pero, quizá por razones de la tensión nerviosa, calculó mal y clavó del lado de la zafaduría...

Eleuterio gritó, finalizando con una de sus clásicas carcajadas:

—Le quebraron el carozo al gayo! Cómo el peludo se degoyó con sus mismas uñas!

El estudiante, atrevidamente sereno, declaró:

—Todo es banca. Doy desquite. No sé si tengo enemigo de verdad o si lo que parece carancho es nada más que un chimango chacarero...

Irineo y dos de sus amigos rascaron los cintos dispuestos a copar, pero fueron detenidos por la voz autoritaria del sargento Montes que ordenó:

—A levantar la taba que los parejeros ya están en la cancha!

El juego quedó interrumpido. Irineo miró desafiante a Santiago y dijo:

—Nos veremos más tarde!

Marcos replicó en el mismo tono:

—Me será muy grato!

Todos montaron en sus respectivos fletes y se encaminaron a la pista, distante unas cinco cuabras, donde formaban ya sus grupos simpatizantes los partidarios del tordillo y los del colorado. Ambos parejeros exhibían un estado excelente. Y las apuestas comenzaron a circular. Los dos bandos cifraban grandes esperanzas en sus pingos y jugaban el dinero a puñados.

La primera partida resultó un paseíto al tranco en un espacio de cincuenta metros al cabo de los cuales los corredores se desmontaron y, tirando a los caballos por la brida, modularon sonidos obscenos a fin de que las bestias se apresuraran a vaciar las vejigas, o realizar otras funciones fisiológicas si habían menester... Repitiéndose las partidas, que fueron, primero al tranco, después al trote y luego al galope, se volvieron a desmontar los jinetes y también repitieron los sonidos onomatopéyicos...

Momentos más tarde se iniciaron las partidas violentas con los envites y los consecuentes camanduleos para madrugarse "al otro" en el instante de la "largada". Pero como ninguno de los dos corredores parecía dispuesto a un entendimiento honrado para disputar hidalgamente aquella importante justa que ya inquietaba a los nobles animales y enervaba a los hombres..., se dispuso recurrir a los "abanderados" y ordenar que en el curso de un cuarto de hora se "soltara" la carrera.

Mientras aquellos señores ocupaban sus puestos, parte del público, dentro del cual se encontraba San-

tiago, fue momentáneamente distraído por una risueña incidencia que pudo tener trágicos caracteres: Don Segundo Márquez, exaltado y oliendo a caña, perseguía al loco Eleuterio vociferando estos reproches:

—Hijo e la gran perra, sos indino e ser hijo de una madre tan güena y santa como tu madre y de un padre tan honrao como tu padre! Me avergüenzo de haberte engendrao! Mire que estar desafiando cinco reales a las patas del vayo! Y amás de juramente que me ha pelao esos vintenes qu'erán tuito mi capital pa venir a las carreras. Y entoavía, de yapa, quererlos jugar a las patas d'ese sancocho que v'a correr con el saino e los Peralta, y no le v'a sentir ni el olor! Y la pobre su mama lavando tuito el día pa juntar esos cobres, y hasta privándose muchas veces de yerba, azúcar y gayeta! Y este gurí sarnoso derrochando lo mesmo que si juera un acaudalao y con toda inconsideración tirando la plata a las tabas d'esa tortuga vieja qu'es el vayo piojoso e los Marcos! Dame esos cinco reales, gurí aleyao de la moyera, o ti'acuesto de un mangazo!

Eleuterio, eludiendo el bulto entre la gente, que reía estrepitosamente, gritaba a su vez:

—No tatita, no se los degüelvo ni a palos! No son suyos. Mama me los dió pa jugarlos al vayo, y es al pedo que me los pida! Y amás el vayo v'a ganar y yo quiero rejuntar plata pa yevarle a mamita torta, pasteles, yerba, azúcar y agua florida que le ofrecí. Y usté quiere la plata pa empedarse y más después dir a dormir entre las leñas gomitándose todo mientras los perros le lamben la cara! Amás antes d'empedarse se mete a jugar al chochlón y siempre pierde como un zonzo, y amás el vayo v'a ganar la carrera y amás yo

dueblo la plata y amás no me importa que me persigan los chimangos y me quieran miar los zorrinos...

Don Segundo interrumpió fuera de sí:

—Cayate, hijo e la gran... siete, o te mato lo mesmo que a una yararaca!

El viejo Márquez descargó su mango hacia la cabeza del muchacho, que lo cuerpeó con singular destreza. Alentado por el éxito, Eleuterio disparó a la cara de su padre este trabucazo de fieros reproches:

—Gáucho viejo negao y haraganazo, mata gato, como comadrejas, cerdiador de ajenos y taita p'apallar gurises pero juidor como ñandúz cimarrón cuando s'enfrenta con los hombres!... ¡Aprovechador sin lay! Mama trabaja tuito el día lo mesmo que si juera una burra y usté le pela los riales pa farriar en los boliches y entoavía viene haciéndose el máistro e güenas costumbres... y amás entoavía comete l'hazaña e guasquiar a mi pobre hermanita Sinfonia porque se alborota con los muchachos del Pueblo e las Ratas!...

Don Segundo saltó como un tigre. El muchacho no pudo eludir el zarpazo y antes de que surgiera una chispa en su cerehro tardío, se vio asido por la tenaza de la mano izquierda de su progenitor. El gurí pedía perdón y lloraba. Su cara, sus gestos y todo su miserable continente denotaban tremendo terror. Márquez tuvo una felina sonrisa de júbilo y cuando se disponía a propiciar una lluvia de golpes desoyendo las humanitarias protestas del público, de improviso se interpuso Santiago. Detuvo en alto el brazo del verdugo, y antes de que éste reaccionara en una u otra forma, declaróle con toda cordialidad:

—Comprendo que le asiste toda la razón, don Segundo, pero este lugar no es oportuno para castigar a Eleuterio... Déjelo usted tranquilo. Por de pronto

le indemnizo los reales que reclama. En otro momento arregle cuentas con él...

Santiago depositó cinco pesos en la mano izquierda de Márquez, que acababa de libertar a Eleuterio. El muchacho quedó de rodillas, sin moverse, atónito por la sorpresa, boquiabierto y desorbitado.

Indeciso y no menos sorprendido, don Segundo miró a su alrededor. Todos aprobaban la conducta de Marcos y condenaban la suya. El irascible borracho comprendió que llevaba todas las de perder y se inclinó obsequioso. Al parecer el incidente aquel le había disipado bastante la borrachera. Podía afirmarse con las sentencias de Martín Fierro:

“No hay nada como el peligro
pa refrescar a un mamao...”

Embolsilló los cinco pesos y dijo, simulando cierta altivez:

—Güeno, amigo, sólo aceto como priéstamo. Se los degolveré mañana...

Y perdióse entre el gentío, murmurando agriado:

—Éstos manates repunantes se cren que porque tienen plata pueden humiyar a los hombres y entremeterse en la educación de sus hijos!...

Santiago entregó un regalo de dos pesos a Eleuterio y lo alentó con una sonrisa amistosa. El idiota se puso de pie, palpitante de alegría. Atléticamente dio media docena de grandes corcovos imitando los salvajes transportes de un potro alzado..., y rematando su expresión de regocijo con ruidosas carcajadas, declaró a gritos:

—En aura me voy pa las casas de doña Sinforiana, me harto e golocinas, y a mama le compro yerba, azúcar, pasas de higo, queso y una torta grandota... Al viejo ni tabaco le vi'a comprar!

Volviéndose a Santiago terminó, radiante de entusiasmo:

—Este manate si qu'es mozo lindo y no esas basura e los Peralta!...

Un grito de cien bocas llenó los espacios:

—SE VINIERON!!!

El pintoresco Eleuterio quedó momentáneamente olvidado. Todos se tornaron ávidos hacia la pista. Los pechos se ensancharon de emoción: La carrera había sido largada!...

Los gauchos jockeys echados sobre las cruces de sus pingos se disputaban el terreno palmo a palmo. Usaban el pequeño rebenque del caso y lanzaban entusiastas interjecciones camperas... La lucha se hizo interesantísima por lo equilibrado de las fuerzas. Mientras tanto, las apuestas se cruzaban a través de los caminos.

Al fin los parejeros enfrentaron la meta y los jinetes castigaron furiosamente en un último y supremo esfuerzo. La sentencia fue pasada casi en una misma línea.

—Asomó el tordillo — gritaron algunos.

—Puesta y gracias — afirmaron otros.

—Me parece qu'el tordiyo ganó a fiador — declaró Cayetano.

—Qué v'a ganar esa mula! — replicó don Segundo.

Y en el ínterin, mientras los sentencias discutían el triunfo y la duda seguía oprimiendo los corazones, continuaban las apuestas con tanta o mayor tenacidad que antes.

Fue necesario recurrir al tercero en discordia. Este, no obstante su débil creencia de que el tordillo, efectivamente, había asomado una oreja, "pa no dijistar a naidés", declaró con energía:

—Puesta pa todo el mundo, señores!

Semejante fallo determinó airadas protestas de parte de los jugadores al tordillo. Y algunos de esos exaltados caballeros hasta llegaron a insinuarse demasiado... ofreciendo unos mangazos al tercer sentencia cuya familia, que no tenía la culpa, quedó bastante mal puesta...

Para tranquilidad de todos y salvación del ciudadano maltratado, intervino en forma muy oportuna el dueño del supuesto ganador quien, gritando con hidalgo desprendimiento deportivo, manifestó:

—Serenidá, amigazos! Jué puesta. Yo vide la yegada. Jué puesta. La sentencia jué justa... Y amás los hombres deben acatar a los jueces y no andar descutiendo y cacariando lo mesmo que si fueran gayinas culecas!... Jué una linda carrera! Pido a mis amigos que no hablen más del asunto! Aura vamos a ver la sigunda, del vayo y el "Chajá", y más después invito a toda mi aparcería a tomar las copas!

Y luego se dijo para su fuero interno:

—Siguro ganó el tordiyo y el moi mulita del tercer sentencia tuvo chucho pa declararlo!...

Los ánimos se calmaron y hubo aplausos para aquel gaucho bizarro con alma de "sportman".

Cardozo se aproximó a Santiago y lo invitó a despojarse de sus botas y prendas pesadas a fin de correr a "Relámpago" que debía medirse con el zaino de los Peralta.

—Quinientos metros y cincuenta pesos, parada muerta — comentó Cayetano.

El estudiante se "alivianó", encaminándose a la pista. Lo esperaba el viejo Collazo con el bayo de la rienda.

Irineo, junto a "Chajá", miró de soslayo a Marcos y a su parejero y comentó, con cierto dejo de ironía:

—El chuzo parece preñado por lo panzón, y el corredor se me hace qu'es un nación arricién desembarcao!...

Santiago simuló no oír.

En ese momento se aproximó una jardinera repleta de muchachas bonitas. Al parecer la presidía Juanita, que estaba realmente hermosa y que se manifestaba radiante de alegría. A su lado, como disputándole el cetro de belleza, sonreía Guillermina, una morocha de tipo venusino. Santiago saludó inclinándose cortésmente. Juanita apenas si se dignó mover la cabeza. Las demás contestaron con familiaridad. Irineo se acercó y su novia al brindarle un gran clavel rojo, dijo burlona:

—Veo que la *yegua vaya yevará* una maleta encima en vez de un corredor...

Santiago acogió con amabilidad aquel insulto y, aproximándose a su vez a la jardinera, estrechó la mano de Guillermina calurosamente y pidió, zalamero:

—Reina del pago, regáleme esa rosa color de sus mejillas, y aroma de sus trenzas, para que me de suerte y me endulce la vida!...

La morenita, que enrojeció de gusto, depositó su rosa en manos del galán.

Juanita, asumiendo una actitud extraña, mientras fusilaba a Santiago con una mirada terrible, preguntó desdeñosamente:

—¿El gringo no desearía que yo le diera unos abrojos pa su linda melena rubia que relumbra al sol lo mismo que cerda e chancho colorao?...

Y siguió a su impertinencia con una risa nerviosa y destemplada. El muchacho la midió de pie a cabeza con los ojos, se detuvo breves instantes en un jazmín que la bella dama llevaba en la cabellera y, ponién-

dose una mano sobre el corazón, exclamó, usando un fingido tono declamatorio:

—Déme, encanto, esa flor para prenderla en la cola de mi caballo!...

Y, sin esperar respuesta, fué, con paso apresurado, hacia "Relámpago". Guillermina festejó el incidente con una risita triunfal, y Juanita, sin poder ocultar su disgusto, se tornó colorada como un tomate maduro y se mordió los labios de rabia... Al momento Guillermina gritó, a fin de que el "guri" la oyera:

—Voy un pañuelo e seda bordao al vayo!

—Pago! —contestó Juanita, con sequedad.

Entonces Santiago se tornó hacia la jardinera y pudo comprobar que mientras la novia de Peralta lo apuñalaba con una mirada de odio, Guillermina lo regalaba con una sonrisa llena de simpatía, bañándolo en la luz ardiente de sus ojos negros...

El gauchito demostró su júbilo en un gesto que trasantaba todo un cúmulo de felicidad.

Y comenzó otra vez el mismo proceso de partidas de la carrera anterior. En las apuestas el público se inclinaba por el zaino no obstante de que corría mucho dinero en favor del bayo.

Peralta, que no podía disimular su rencor a Marcos por la cuestión de la taba y el jazmín de Juanita, provocó una incidencia que pudo tener consecuencias muy graves. Después de una partida y cuando ambos se habían desmontado, Irineo exclamó con todo sarcasmo:

—También si el vayo panzudo me gana es como pa degoyar a mi saino!

Y después de condimentar sus palabras con una carcajada insolente, remató:

—Y más entoavía yevando esa rastra vieja un mate maricón arriba!

El hecho ocurrió con la rapidez de un relámpago. Santiago cruzó la cara de Peralta con la sotera de su rebenque, y como el dueño del zaino reaccionara, los adversarios se trezaron furiosamente. Por suerte estaban desarmados, y como no surtían mayor efecto los livianos rebenques corredores, los arrojaron a un lado y lucharon a puño limpio. El combate fue breve pero no por eso dejó de causar alboroto general. Las chicas de la jardinera prorrumpieron en gritos de terror. Guillermina se desmayó mientras Juanita exclamaba histéricamente:

—Matalo, matalo, Irineo!

Entre tanto los amigos de Marcos por un lado y los de Peralta por otro se miraron amenazantes y a no ser la oportuna intervención de algunos "atajadores" y la serena actitud del comisario Bordón, quizá habrían tenido que lamentarse sucesos desgraciados. Los contendientes fueron separados de inmediato y mientras Bordón los llamaba al orden en nombre de "la autoridad", don Loreto, Juez de la Sección y vecino culto y prestigioso, después de hablarles paternalmente, los invitó a que depusieran todo rencor y en homenaje a sus familias y al buen nombre que ostentaban se dieran la mano cual correspondía a los caballeros.

Irineo, que había llevado la peor parte, se apartó hosco y cabizbajo. Santiago se le aproximó, y entonces don Loreto volvió a insistir en la reconciliación, diciendo:

—Un abrazo, y aquí no ha pasado nada!

Aunque no de muy buen grado los muchachos se abrazaron y, entre aplausos de la concurrencia quedó cerrado el desagradable incidente. Así, restablecido el orden y vuelta la tranquilidad a los espíritus, a pedido general se procedió a llevar a efecto la carrera

del bayo y el zaino. Los jinetes volvieron al camino y en el curso de nuevas partidas bromearon cordialmente restándole importancia a la refriega que acababan de tener. Entre otras cosas, Irineo, declaró:

—Aqueya carrera... no se definió, hermano, pero lo qu'es esta te la gano dende el ¡vamos!

—Qué más quieres jugar? —replicó Santiago.

—Las copas pa todos los amigos! —declaró Peralta.

—Aceptado! —respondió Marcos.

Cayetano se acercó a Santiago y le dijo al oído:

—El saino v'a salir de luz. No te aflijás. Amontonate nomás en las cruces de tu pingo y a eso e los trecientos metros lo fajás de un par de rebencazos y te despedís del "Chajá" acalambrándolo todo...

Irineo, palpitando la conversación, gritó optimista:

—Por muchas estruciones que dé don Fernández el vayo viejo v'a comer cola!...

Y después de algunos floreos fuertes, se oyó el clásico ¡vamos!, y los dos caballos iniciaron el bravo cotejo.

Como había previsto Fernández el zaino tomó la delantera sacando varios cuerpos de ventaja. Los amigos de Peralta lanzaban gritos de victoria. Pero a eso de los trescientos metros, cuando los del "Chajá" daban por descontado el triunfo, el bayo, bajo el rigor del rebenque, comenzó a penetrar en forma alarmante, y cincuenta metros antes de la meta corría en una línea con el zaino. Irineo castigó con desesperación. Todo fue inútil. El bayo asomó netamente ganando por un pescuezo.

Abundaron los comentarios. Los del zaino, bastante decepcionados, sostenían que el caballo no había respondido a sus grandes condiciones de parejero, y se-

guramente se encontraba enfermo. También afirmaban que Irineo lo había exigido demasiado en los primeros trescientos metros restándole "las juerzas pa los últimos tramos".

Sea como fuere, los de uno y otro bando se reunieron fraternalmente y bebieron sendos copetines. Y todo habría terminado en la mejor armonía si no hubiera sido por Peralta que, habiendo ingerido varios vasos de caña, empezó a provocar a Santiago. Trajo a colación el incidente de las carreras y dijo:

—Esa deferencia la vamos a solucionar con sangre. Los moquetes son cosa e gurises... Los hombres deben usar las armas... O semos machos o no semos! Y a mi ningún manate me levanta la mano!

Sus amigos trataban de calmarlo:

—Aquí todos semos amigos y de aqueya chiquilina ya no hay que hablar, hermano Irineo... Salú, por la güena amistá!

Y así brindaban constantemente.

Peralta repetía:

—La deferencia se arreglará con sangre! Claro, aura todos semos amigos! Cómo no! Pero cuando Irineo Peralta y Santiago Marcos se encuentren solos, en medio e las cuchiyas, entonces, ya saben mozada, se van a jugar el cuero y uno e los dos tendrá que dir a'limentar gusanos al cementerio!...

Santiago empezó a ponerse rojo. El también había bebido mucho y no se sentía con disposiciones de soportar las impertinencias de Peralta. Dirigiéndose a todos, dijo:

—Aquí hemos venido a divertirnos como buenos amigos y no a ofender a nadie. Yo me retiro y le comunico al señor Peralta que en las cuchillas, o donde guste, estoy a sus órdenes!

El estudiante montó a caballo y se fue nuevamente a la pista a pesar de las amistosas protestas de sus camaradas. Su frente ardía, sus ideas parecían cubiertas de nebulosas y en su corazón anidaba una tremenda duda, que lo tornaba escéptico y taciturno...

CAPITULO XV

El sol pestañó algunos minutos, se emponchó con una nube parda, que se cubrió de arrebol, volvió a sacar su cabellera rubia allá por los montes queguayceros y al fin se hundió entre horizontes color de esarlata.

Detrás de las primeras sombras crepusculares llegó la noche a galope tendido.

Se produjo un desbande general. Entre risueños comentarios, los gauchos, en su gran mayoría, dividieron en pequeños grupos y emprendieron la retirada camino de sus hogares. Pero los más entusiastas, aquellos conocidos trasnochadores y tahúres, regresaron a la pulpería. Los unos se disponían a organizar un baile en el rancho de las quitanderas; los otros a probar fortuna en los naipes o el choclón. Y las dos "inocentes" expansiones fueron debidamente preparadas. Los Matraro dispusieron el baile y consiguieron el concurso de las damas formantes de aquel hermoso ramillete que daba calor, luz y armonía a la jardinera donde reinaban Juanita y Guillermina. Como condición indiscutible de los padres, las mamás se quedarían para cuidar a sus niñas. Entre tanto, los severos papás, se dedicarían a la muy varonil diversión de desplumarse mutuamente al "nuevo" o al "monte", clásicos juegos estos que según la enciclopedia del recuerdo de nuestros antepasados nos fueron traídos por la gloriosa España de la Conquista con sus temerarias aventuras matizadas de rapiña. de Ciencias y de Artes.

Estos países del Plata retribuyeron cinco siglos más tarde llevando a la Madre Patria, con la pujanza de la sangre indo-americana, las industrias frigoríficas, el tango y el rastacuerismo...

Alegre y promisorio la nocturna fiesta comenzó su curso.

La quitandera doña Sinfioriana habíase ubicado en dos pequeños ranchos, que hacían frente a unos cinco metros de distancia. En uno de ellos formóse apasionante rueda de monte, y en el otro tomó su puesto la voluptuosa Tersícore.

Santiago fue de los más puntuales en acudir al baile. En el primer momento había declinado la invitación de Francisco Matraro, pero después de algunas insistencias humedecidas con caña, el estudiante se dio por convencido y concluyó por iniciar el baile confundiéndose con Guillermina en los aires de románticas ensañaciones de las Ondas del Danubio, que la orquesta, compuesta de acordeón y guitarra, interpretaba con ejecución tan impecable que los acordes musicales parecían más que el rítmico murmullo misterioso de las ondas azules, el violento quebrarse de las aguas turbulentas de la cascada del Queguay.

Mientras el baile se prolongaba el entusiasmo crecía en intensidad. La caña, y las sonrisas sugestivas de las chinitas amorosas, encendían la volcánica sangre de los hombres. Cupido en acechanza armaba su arco a cada instante, y los corazones agitaban pechos jadeantes de deseo...

Antonio y Antero no cesaban de danzar en pos de sus conquistas. Peralta estuvo junto a Juanita algunos momentos y luego ingresó a la sala de juego donde corrían la plata, la caña y las palabras gruesas de los perdedores...

Juanita no bailaba. Al parecer se sentía sola y algo cohibida. Por estar de novia y tener además fama de orgullosa y despreciativa, los mozos del pago empezaron a "cuerpearle el bulto". Santiago, bastante alcoholizado ya, se permitió algunas bromas que colorearon el rostro de la desdeñosa damisela. Tuvo la ocurrencia de dejar su asiento yendo directo hacia ella cual si se propusiera invitarla a bailar, mas, como sorprendido ante un animal raro, retrocedió espectacularmente, buscó a Guillermina, se sentó muy próximo a su lado y con gestos teatrales le habló de amor vehementemente...

Guillermina le confesó que era loca por los versos y por la novela. Conocía a fondo los poemas gauchescos de Estanislao del Campo, Hernández y Regules. Además coleccionaba las décimas anónimas que circulaban por el pago, tales como, "El Ombú Coposo", "El Amor del Presidiario", "La Vuelta de Agapito" y "El Amor que Mata". Declaró que lloraba inconsolable cada vez que oía "La Loca del Bequeló", y que las novelas de Carolina Invernizzio y Carlota Breamé le subyugaban el alma. También refirió con orgullo que un mozo desertor del Ejército que pasó por el Sauce rumbo a los montes del Queguay, le había "compuesto un compuesto".

Santiago, al mismo tiempo que extraía papel y un lápiz del bolsillo, dijo:

—Yo ante usted, prenda, también me siento poeta y ahora mismo voy a escribir un "compuesto" a esos ojazos que irradian luz y a esa boca linda como mandada a hacer para el beso...

Y mientras la dulce morocha casi lloraba de emoción, Santiago escribió "una décima de cuatro pies".

sentimental y apasionada. Se la leyó al oído y bajo la acción de un entusiasmo afiebrante, le manifestó audazmente:

—Y ahora, se la voy a cantar!

Y al finalizar la orquesta una de las polkas monótonas, pidió al guitarrero su instrumento, rasgó las cuerdas en un estilo campero, compuso el pecho y anunció con voz firme que iba a cantar unas estrofas compuestas en el momento bajo la inspiración de los ojos de Guillermina.

La concurrencia lo alentó con grandes aplausos, menos Juanita que deslizó al oído de una vieja sorda y chismosa, estas frases llenas de espiritualidad:

—Aura v'hacer un papelón el manate sarnoso.

La muchacha recordando la escena de "Los Alamos", sintió una alegría salvaje...

La vieja sorda interrogó:

—Qué? Qué decís gurisa?

—Qu'ese manate no sabe cantar...

La vieja insistió:

—¿Qué no sabe montar?

Y exclamó ruborizada, persignándose:

—Ave María Purísima!...

Santiago hizo colocar una silla al frente, a modo de atril, en cuyo espaldar clavó con una tachuela sus cuartillas de manera que se pudieran leer los versos que iba a cantar. Sobre la silla pegaron una vela encendida para facilitar mayor visibilidad. El estudiante miró con insolencia a Juanita y afirmó:

—Hoy me siento feliz y cantaré mejor que el zorzal de nuestros bosques!...

—Como Caruso o Gabino Ezeiza —comentó con sinceridad uno de sus amigos.

Y en efecto, el estudiante cantó admirablemente, llenando de alegría el ambiente y de rabia y decepción a Juanita. Sus versos estaban huérfanos de técnica pero remataban en audaces agudos y eran ricos en color y sentimiento. Por otra parte, los académicos detalles no interesaban al auditorio, simple y bueno, que amaba la llaneza franca y honda que fluía del corazón, desdenando toda forma decorativa y estudiada.

Para festejar el éxito del gauchito se le hizo beber, casi sin resollar, una copa grande con caña hasta los bordes, y se le rogó que cantara otra vez. El muchacho accedió triunfalmente.

Guillermina lloraba de alegría...

Cantó un triste muy apasionado del viejo Pancho, y "Cismando", aquel poema de Juan Torora, lleno de jugosa filosofía campera.

Se repitieron los aplausos y se repitió la caña. El estudiante sintiendo los efectos del alcohol, con pasos de ornitorrinco y echando fuego por los ojos, sin que nadie se lo pidiera, en los acordes de una milonga antigua, empezó a cantar unos cuartetos atrevidos, que mucho molestaron a las señoras mamás, hicieron reír estrepitosamente a los representantes del sexo feo, y consiguieron ruborizar, entre hipócritas mohines, a las virginales señoritas...

Los cuartetos dirigidos a las solemnes matronas fueron éstos:

Ya es hora que se retiren
 las viejas pa la cocina
 a tomar un mate amargo
 charlando entre las gallinas...

.....

Son las viejas en los bailes
puro hacer chismes y señas...
y les relumbran los ojos
como gato entre la leña...

Y luego, inclinándose con fingida reverencia ante Juanita, improvisó:

—Hay una potranca linda
que le hace a un chuzo gambetas;
de tanto quebrarse sola
se me hace que está maceta!...

Yo la echaría campo afuera
después de un buen rebencazo,
y con un pial de volcao
le rompería el... espinazo.

Es linda la potranquita
pa un jinete de mi flor
que de sus bravas lloronas
sentir le hiciera el rigor...

Pero dicen que la tiene
sancochona y estrellera
un pobre gaucho maleta
que sufre de la sesera...

Y que anda medio tristoná
haciendo sonar las tabas;
hay que mirarle la boca
puede que esté enferma de haba!...

Finalizó sus estrofas mientras los aplausos eran in-
terruptos por el ingreso a la sala de Peralta que,

revólver en mano, parecía dispuesto a una trágica aventura.

Un amigo del estudiante hizo volar de un puntapié la silla que servía de candelero. La sala quedó a oscuras, y se armó un tremendo tole-tole.

A Peralta le habían cortado el paso algunos "atajadores" y sólo se oían las voces airadas de:

—Déjeme que lo mato, manate sotreta!

—Hijo e tal!...

Y los pacificadores:

—Atienda a los hombres le he dicho! Yo soy amigo e los amigos! No se comprometa! Respete a los amigos! Guarde las armas!

Y entre sollozos y gritos, caían pesadamente los cuerpos de algunas mujeres desmayadas.

Santiago, silencioso pero serenamente, transportó la puerta, cual deslizándose por medio del grupo que contenía a Peralta, y se ubicó debajo de una gran enredadera de glicinas, en cuyas sombras se confundía. Allí aguardó los acontecimientos.

Mientras tanteaba la canana para cerciorarse si su revólver se encontraba en su puesto, oyó el rozar sobre la tierra de leves y ligeros pasos. Miró alerta. Era una mujer. Entre sorprendido y curioso, esperó la llegada de aquel raro fantasma de la noche.

La mujer vino directamente hacia él, lo tomó por los brazos, inclinó su cabeza y le mordió los labios con un beso prolongado y ardiente. El gauchito aceptó aquel beso y clavó sus ojos entre los ojos de la extraña aparición. Quedó, entonces, en suspenso, incrédulo a la evidencia misma, atónito y desconcertado: Era Juanita!

La muchacha volvió a besarlo. El, ya más serenado, la apretó contra sí y la dijo muy quedo al oído:

—Por qué me has insultado tantas veces?

Y ella respondió, refregando su cara ardiente contra la cara del "gurí":

—Porque te quiero!

Y siguió entre ambos el sublime lenguaje sin palabras... Se abrazaron con pasión, con vehemencia, con locura. Sus bocas se sellaron con besos calcinantes y sus cuerpos, fundidos en un solo cuerpo, rodaron por el césped...

Después tuvieron algo así como un despertar violento. Ella se levantó, arregló sus ropas, se alineó el cabello y escapó hacia la sala donde de nuevo, terminada la incidencia que provocaran los versos de Santiago y apaciguados los ánimos, volvía a quejarse el acordeón y a sollozar la guitarra...

El gurí se incorporó lentamente, pasó la mano por su frente a donde parecía acudir un enjambre de ideas alocadas y bellas, y miró hacia el cielo estrellado y sereno...

Rompió el ritmo musical la voz cascada de Eleuterio, que, finalizando con su brutal carcajada de idiota, gritaba brincando como bestia:

—¡Pero qué suertudo ha guelto de la pelea don Irineo! Lleva cinco manos seguidas!

Santiago pensó que Peralta lo creería un cobarde puesto que él no había respondido a su agresión. Y mordido por el amor propio, penetró en la sala de juego.

Irineo lo miró apenas por debajo del ala del sombrero y con una sonrisa de desdén siguió barajando las cartas. El era dueño de la banca y de un apreciable montón de dinero.

Santiago arriesgó tres jugadas fuertes. Perdió. Irineo aumentó considerablemente sus ganancias.

El estudiante inició una prudente retirada. Fuése junto a su caballo, montó y salió al trote con dirección a "Los Alamos".

Y, silbando una canción campera, pensó que después de todo, el mundo no era tan malo como parecía...

CAPITULO XVI

Por quince días Santiago permaneció aislado del mundo. De nuevo se engolfó en la lectura clásica y de nuevo se entregó a los sueños y a los raros espejismos de las esferas subconscientes. Leyó a Virgilio sin comprenderlo, no pudo penetrar en la médula del Fausto, y no lloró con Werther como los románticos del pasado. En instantes de hondas meditaciones, cuando su cerebro afiebrado intentaba digerir aquellos graves manjares del espíritu, escribía complejos pensamientos filosóficos que él mismo no alcanzaba a descifrar, y componía extraños poemas, intrincados e insondables, que debiendo expresar cosas enormes, humanas y divinas, parecían decir mucho y no decir nada...

En las mañanas llenas de sol, de cantos alados y de bullicioso despertar de la vida, se sentía alegre y optimista y entonces escribía décimas camperas. Explotaba temas sentimentales y heroicos, y conmovía a un auditorio fanático de rudos campesinos que lo admiraban religiosamente considerándole un agraciado de los cielos...

Los estilos criollos sublevaban a la paisanada. Santiago, cantaba en ellos sus sentidas composiciones gauchescas que, en pocos días, corriendo de boca en boca, iban llevando su fama a todos los rincones del pago. Se hablaba de él como de un ser extraordinario, cuya luz astral irradiaba la campiña queguaycera. Y el orgullo del gauchaje surgía avasallador en los comentarios entusiastas que presentaban al estudiante como al primer zorzal de la soberbia tierra del charrúa...

Sin embargo había en su personalidad intelectual algo oscuro y misterioso que alarmaba a sus admiradores. Sus versos camperos eran sencillos y humanos, pero esos escritos sobre cosas que estaban más allá de la comprensión de sus amigos, le daban todos los caracteres de un ser anormal, cuyas facultades morales parecían en estado de latente desequilibrio...

Cuando junto al fogón leía esas páginas que él llamaba de "filosofía", los gauchos cruzaban miradas llenas de superstición y se estremecían cual si oyeran una voz ultraterrena. Sólo volvía la tranquilidad a sus espíritus cuando regresaba a los temas regionales y les endulzaba el alma con sus bien rimados aires pastoriles.

Una mañana que el estudiante conversó sobre mitología entrando en nebulosas reflexiones metafísicas, cundió gran pánico dentro de la pisanada, y por la tarde realizáronse gestiones inquietantes. Después de consultar a varias curanderas y a una conocida "adivina", una delegación compuesta por los más conspicuos vecinos del pago, se aproximó a don Juan con la súplica formal de que quemara aquellos libros "embrujados" que estaban emponzoñando los sesos de su hijo... El estanciero movió los hombros incrédulamente y prometió ocuparse del asunto.

Por fortuna ocurrió un suceso tranquilizador: dos personas muy "leídas" llegaron a la estancia y después de conocer el motivo de la chifladura de Santiago declararon que la cosa no revestía mayor importancia y que todos los "gurises" que se metían con librojos de "magia" sentían, al principio los sesos revueltos, pero que si en ellos había inteligencia y hombría, retornaban muy luego a la normalidad. Y como nadie dudaba

del talento y la valentía de Santiago, volvió a reinar la paz y el optimismo en la estancia de "Los Alamos".

Las dos eminencias que consiguieron silenciar las habladurías de la estancia ocuparon, en sus diagnósticos, sitiales opuestos y tuvieron sus graves diferencias por razones de competencia "científica". El uno, don Serapio Méndez, era criollo, muy entrado en edad y muy charlatán, y el otro, Francisco Peral, hijo de Andalucía, contaba treinta años de experimentada existencia, ostentaba una verba frondosa, se dedicaba a la pintura de brocha gorda y se declaraba ex-profesor de humanidades...

Don Serapio ejercía, precariamente, funciones de Defensor Judicial y tenía fama de chismoso y enredista, virtudes estas que le habían proporcionado serios disgustos y una tremenda paliza que le propinó el capitán de tropas don Juan Penares, y que lo tuvo dos meses hospitalizado en un rancho, donde se dedicó a perfeccionar sus estudios abogadiles...

Mientras Méndez y Peral trataban sobre las cosas raras de Santiago, ilustrando al gauchaje, tomando mate y bebiendo caña, don Cayetano sostuvo con vehemencia que todos se encontraban frente a un gran poeta, y que esos libros llamados filosofía o "magia" lo llevaban barranca abajo, camino de la locura...

Don Serapio entró a tallar:

—Quiero leer algunos de sus versos para enterarme si tiene "númen poético". Lo concerniente a sus incursiones en escarpadas regiones filosóficas lo estudiaremos más tarde. Insisto en conocer su númen poético...

Todos se miraron. Númen poético? Qué será eso? Qué manera de hablar difícil! Que sapiencia!

Le pasaron unas décimas del gurí. Serapio las leyó

detenidamente, después bebió un trago de caña y componiendo el pecho, declaró:

—Hay númen poético!

Los paisanos, que mantenían un angustioso suspenso, sonrieron felices. Méndez repitió la dosis de caña.

Peral quiso tomar la palabra y Méndez lo paró en seco, diciendo:

—El asunto está en mis manos. A usted le llegará su turno...

El andaluz que se salía de la vaina, en un arranque de furia, manifestó hacerse cierta función fisiológica en una sagrada imagen, se escupió las manos, encendió un cigarrillo y guardó silencio...

Don Serapio pidió las composiciones filosóficas, las leyó y después de premiar a Francisco con una sonrisa despectiva, afirmó:

—Yo entiendo mucho de cosas metafísicas... Esto no es filosofía, mis amigos, es una insana desviación de la mente hacia las esferas del simbolismo pagano...

Casualmente de simbolismo pagano y de metafísica trataba uno de los trabajos del estudiante, lo cual tornaba sospechosas las expresiones de Serapio... El pintor de brocha gorda lo advirtió y saltó a la palestra renunciando a toda compostura:

—Ozté está repitiendo las frases der escrito lo que prueba que está mistificando y que de filosofía ozté no sabe ná!...

Don Serapio respondió, montando en cólera:

—Señor Pinta Puertas, tengo treinta años de Defensor Judicial lo que demuestra que yo podía ser tres veces abogado y que soy hombre de ciencias... En ese largo período de mi vida inquieta he estudiado las obras más profundas de filosofía y sólo me niegan mi sapiencia los ignorantes...

El andaluz saltó:

—Si señó, naides desconoce su capacidá... Es ozté un sabio. Qué duda cabe! Pero me parece que apesar de sus estudios, en filosofía está ozté bastante atrasaíto y no sabe ná... Nosotros semo persona simples y queremos aprendé. Ansi que deno una lección y defina, ná más que pa nosotros, eso..., eso que llaman filosofía...

Don Serapio compuso el pecho y comenzó a tartamudear definiciones que no definían nada...

El andaluz se fue a fondo con aire triunfante:

—No acepto suterfugios. Quiero una definición clara de la filosofía.

Méndez se volvió a perder por los cerros de Ubeda y no acertó a concretar la más pobre definición. Entonces Peral, que de tanto oír aquella palabra extraña había recurrido a un diccionario y se había aprendido de memoria su contenido, que nunca llegó a entender, expresó radiante:

—Ná, no se rompe ozté su pobre mollera antidiluviana... Lo que yo sé lo sabrán mis amigos... y yo no guardo rencor pa naides... Me apresuro a ilustrar a Su Señoría... Allá va la definición que como ya verá ozté, es muy simple: "filosofía es cencia general pa todos los seres sin causa ni efectos con desnivelación der ánimo que nos hace resignar ante los superiores frente a sus contrariedades..." Ya está!

El andaluz notó que en el momento preciso lo traicionaba la memoria, pero ya se había embarcado en aquel embrollo y se lanzó al ataque temerariamente. Trabucó los conceptos, mas no retrocedió por eso. Haciendo gala de verdadera heroicidad puso punto final a su explicación inexplicable y se quedó tan fresco como una lechuga...

Don Serapio muy disgustado, dijo:

—Me parece todo vago y sin sentido. No entiendo nada!

El andaluz respondió sin pestañear:

—Es que todo es muy profundo... Hay que tener mucha ilustración...

—O ser muy sinvergüenza! — retrucó don Serapio, perdiendo la serenidad.

Peral vio que la situación se tornaba molesta y que Méndez se disponía a entrar en una discusión escabrosa en la cual llevaba indiscutibles ventajas por su mayor cultura y superior dialéctica, y, temiendo ser derrotado y perder el ascendiente que acababa de ganar sobre el auditorio con su definición insólita, afirmó con tono de admirador convencido:

—Ná, don Serapio, yo me sé alguna cosilla de filosofía, pero ozté en poética es la más arta figura apolínea que conozco... Vamos, que eso der númen poético no lo tengo oído ni en las saláas peteneras de la terruca onde me parió mi mare!... En filosofía, claro está, ozté sabe mucho y no ha definido la palabra, porque en ciertos momentos los hombres geniales desatienden la forma y se van a er fondo, que es lo fundamental...

Don Serapio, que ya se disponía a revolcar al andaluz con un bien madurado discurso retórico, sintiendo algo así como un bálsamo reparador en la herida de su vanidad, sonrió satisfecho, y dando marcha atrás en la caja de sus malas intenciones, manifestó:

—Usted tiene talento y me ha comprendido, señor... Yo sólo me ocupo de los grandes problemas y desprecio las nimiedades... Una palabra puede convencer al interlocutor ignorante. Su definición, mal o bien hecha, impresiona a los tontos... Quien, por el enorme

caudal de ideas que pululan en su mente, no hace una inmediata definición puede ser considerado como incapaz por una asamblea de brutos... pero será aplaudido y honrado en las academias por su obra de fondo... He ahí mi caso, señores...

Para impresionar más a los oyentes masculló unas cuantas sentencias latinas, cuya significación ignoraba... Con arrogante petulancia se puso de pie, habló sobre el lenguaje de las constelaciones y, erguido, con ademanes tragicómicos, emprendió una espectacular retirada por entre los eucaliptos...

Y el andaluz tan comediante como el otro, después de un momento de silencio, también tomó el camino de la retirada estratégica... Era necesario mantener la línea y dejar una honda impresión entre el gauchaje. Dio los primeros pasos y como hablando consigo mismo, dijo con tono de bajo profundo:

—Los grandes hombres hacen a los grandes pueblos!...

Después se marchó tarareando un flamenco triste.

Los gauchos se miraron sin acertar a decir nada, pero por la mente de cada uno cruzó el mismo pensamiento, que pudo ser expresado así:

—O estos caballeros son dos sabios o dos sinvergüenzas!...

*
**

Cierta tarde Santiago hizo una salida sospechosa rumbo al pueblo de "El Sauce". Un gurí, que llegó a la estancia taloneando un petiso "bichoco", conversó con él en privado y le entregó una carta perfumada con agua florida. El estudiante despachó al mensajero, ensilló el moro de Antero apresuradamente y antes de

que algún indiscreto le formulara preguntas siguió al galope el camino de "La Cuchilla".

A partir de aquel momento el carácter de Santiago pareció cambiar radicalmente. Regresó por la madrugada, durmió unas pocas horas y se presentó a la cocina de los peones a la hora del desayuno. Estaba alegre, conversador y dicharachero. Respiraba optimismo. Por la tarde, que era la hora de su aislamiento y divagaciones metafísicas, compuso canciones criollas plenas de sana alegría. Y así ocurrió en los días sucesivos. Desapareció totalmente el divagador de la filosofía enfermiza y volvió a reaparecer aquel espíritu travieso y simpático que se sabía adueñar del alma del gauchaje.

Las voces corrieron acerca de que el muchacho había sanado de aquella endiablada locura, o embrujamiento, producido por los librojos de "magia". Todos se disputaban el triunfo. Las curanderas decían que era el efecto de sus yerbas milagrosas, las beatas afirmaban que le habían sacado al "Condenao" del cuerpo con sus oraciones y los sabihondos señores Méndez y Peral sostenían, sin que el más tenue tinte de rubor, coloreara sus rostros de corteza granítica, que sus ciencias lo habían salvado. Según ellos habían hecho llegar hasta el alma del gurí "ocultas influencias astrales".

En el fondo ni las curanderas, ni las beatas, ni los señores Méndez y Peral fueron los responsables del supuesto acontecimiento maravilloso. Además, Santiago no se había curado. Recién comenzaba a enfermarse de verdad... y la culpa la tenían unos ojos negros...

El romance con Juanita había quedado cortado donde culminó con la escena erótica de las sombras de la

enredadera... El muchacho no volvió a dar señales de vida, y la despechada dama comenzó una persecución tenaz y amenazadora. Primero fueron los dulces billetes de amor, todos sumisión y ternura; luego las misivas ardientes y suplicantes, y más tarde las cartas desesperadas con ruegos, reproches y olor a tragedia. La cosa se tornó melodramática. Entonces, para atenuar el latigazo de su conciencia y calmar las furias de la morocha terrible, Santiago propuso una entrevista amistosa, muy reservada. Ella aceptó y fijando lugar y fecha envió al mensajero del petiso "bichoco". Todo quedó concertado, pero el guía invisible del Destino se cruzó por la senda del gauchito y lo llevó hacia otras orientaciones. La entrevista fue interrumpida y Juanita sintió que le quemaba el alma la hoguera del desengaño y el amor propio. Y su mente concibió sin nuestros planes vengativos...

Es de advertir que Juanita no había roto sus relaciones con Irineo. Pero sí acentuábase entre ellos un hondo alejamiento. La muchacha lo trataba con indisoluble frialdad, y respondiendo a un pedido de explicaciones, con fijación de fecha para el casorio formulado por Peralta, ella había declarado desdeñosamente:

—He cambiado de parecer y no me quiero casar por áura. Será pa dentro de un año si usté me deja de cargosiarse, se va por ahí lejos y no güelve por unos meses...

Irineo suplicó atormentado:

—Pero, prenda, no seas ansina; vos sabés que te quiero más que a mi mesma vida!

Ella cortó, inflexible:

—Si no querés perderme pa siempre hacé lo que te digo y andate lejos. Yo no te puedo explicar pero un daño se me ha metido en el cuerpo...

El interrumpió:

—Te has prendao de otro? Del manate savandija?

Juanita montó en cólera gritando:

—De naides! Te digo que me ha dentrao un daño y que por áura no quiero saber de nada: desprecio a todos los hombres!

Irineo enmudeció. Por su cabeza pasaron sombríos presentimientos... Pocos días después desapareció del pago. Viajó con rumbo desconocido. No se despidió de nadie... Y su rancho quedó a medio techar!...

Cuando aquella tarde Santiago se dirigía a la casa de Juanita observó, al pasar el sauce, que un carro de gitanos se había ubicado a la orilla del arroyo y que dos mujeres de largas trenzas renegridas y ropaje de vivos colores, levantaban una carpa grande. Por espíritu de curiosidad, el estudiante dirigió su cabalgadura hacia la carpa. Entonces pudo distinguir, indistintamente, a las sombras del crepúsculo, que una de las mujeres era anciana y tenía una cara de bruja, seca y terrosa, que lo hizo estremecer. La otra, sin embargo, que estaba de espaldas, parecía joven y bonita. La vieja lo vio aproximarse y cambió algunas palabras con su compañera en un lenguaje extranjero y de extrañas sonoridades. Y de inmediato el estudiante fue detenido recibiendo una de las más fuertes y perdurables emociones de su vida. La mujer que estaba de espaldas le salió al encuentro invitándole a que le diera la mano para decirle "la buena ventura". Santiago se desmontó, llegó junto a ella y le estiró la diestra. La mujer lo tomó por los dedos y ambos se miraron a la cara. Fue un instante de hondas vibraciones emotivas. Los dos sintieron idéntica e inexplicable sacudida, y perplejos y mudos, se quedaron mirando, con los ojos entre los ojos!...

La vieja cortó la onda. Haciendo algunas observaciones a la otra cogió de la mano al gauchito y empezó su análisis quiromántico.

Santiago seguía estupefacto. La gitanita que le había salido al encuentro era una jovencilla de unos diecisiete años, bella, delicada, encantadora, deliciosa. Se trataba de una morocha de tez color mate, facciones perfectas, boca grande, labios sensuales y de unos ojos negros rasgados, enormes y llenos de misterio que cuando miraban penetraban hasta las telas del corazón. El ya los tenía clavados en el pecho como a dos puñales... La chica era delgada, de mediana estatura, y caían sobre sus espaldas dos largas trenzas color de ébano que parecían acariciar líneas de clásicos relieves. Había en su sonrisa de inmensa dulzura y vaga tristeza, algo de enigma, un poco de luz y un mundo de esperanza...

Cuando la vieja arrebató a la muchacha la mano de Marcos, ésta se inclinó cohibida y desvió su mirada hacia el suelo. Y allí quedó escuchando las cabalísticas palabras de la anciana lectora de destino...

—Oh, señor, señor — dijo la vieja — riquezas, triunfos..., penas..., castigos... Istás afortunado en amor pero..., pero... Díjame ver bien ista líneas?... Ah, terrible, señor! Istá qui vendrán cosas raras... Una morocha..., si istá morocha ojos grandes, raza istraña y misteriosa...

La adivina se detuvo y miró a la muchacha. Aquella evitó el encuentro mientras sus mejillas se cubrieron de carmín.

La vieja volvió a su labor:

—Veo penas..., sufrimientos..., muerte!

La gitanita palideció.

—Ya istá — finalizó la quiromántica.

Santiago buscó una moneda. La vieja sonrió al fin, diciendo:

—Dos reales. Negocios istán negocios!

El estudiante entregó un peso y rechazó el vuelto...

La vieja volvió a sonreír, ofreciendo un banco al muchacho.

En aquel instante surgió del carro la figura corpulenta de un hombre. El nuevo personaje exhibía un poblado bigote encanecido y unas recias patillas de general cosaco. De su tronco emergían formidables líneas atléticas.

El coloso aquel descendió del carro y saludó muy amablemente a Santiago, quien se presentó haciendo énfasis al revelar su condición de hijo del acaudalado estanciero Juan Marcos en cuyo nombre se adelantó a dar la bienvenida y ofrecer sus influyentes servicios a la nómada familia.

Por su parte la vieja hizo esta presentación:

—Iste istá Lajandros, jefe noistro y marido mío; ista mochacha istá Isabel, la horfana sobrina noistra; yo istoy Joana, isposa de Lajandros y tía de la sobrina Isabel. Dispois vindrán otra pareja de hirmanos que istán en la pulpería de Laguna comprando mirca-derías y diciendo la boina ventura. Mas dispois vindrán otros hirmanos que istán haciendo la viaje de la Argentina.

Don Alejandro tomó el hilo:

—Somos pirsonas iluminadas que cumpliendo misión divina vagamos por iste mondo contando il boina ventura y llevando la fortuna a los hombres...

Isabel agregó en correcto castellano, dejando oír las notas bien timbradas de una voz dulce y persuasiva:

—La historia de los siglos afirma que salimos del norte de la India, de un país lejano y misterioso. La

verdad es que no tenemos una patria particular. Nuestro hogar es el mundo. Yo nací en España. Ellos vinieron de Rusia. Nos unimos en Italia. Mis padres murieron en Hungría. No sé a donde iremos ahora. Me gustaría quedarme aquí para siempre...

La muchacha bombardeó los ojos de Santiago con sus ojos negros y bajó la cabeza, quedando en actitud de concentración.

Don Alejandro dijo:

—Sobrina istá moi instruida. Estodiar ciencias y signos de astros que te pode decir la idioma de istrellas y planetas y la porvenir conforme al día de tu nacimiento, bajo el signo astral.

Doña Juana. siguió:

—Istá que la Isabel ti sabe también cantar hirmosas canciones y que tiene una linda voz, pero ella istá temperamento istraño... A veces alegre, otras veces triste y siempre solitaria y pensativa. Y está que a veces no quiere hablar y se encierra en la carro... Su porvenir is una misterio. No podemos descifrarlo. Su mano no istá como las otras. Sus líneas se borran cuando quiremos penetrar en su vida... Son istas señales de la cielo que no debemos conocer porque así lo ha disposto Dios...

Don Alejandro manifestó su alegría y reconocimiento por la bienvenida que les extendía Santiago. En seguida declaró, con indignación, que los gitanos eran incomprensidos y calumniados a través de la tierra y que nadie los quería porque los consideraban como a raza vandálica de ladrones, charlatanes y vividores...

El estudiante, que no entendía una palabra del asunto, se indignó a su vez, defendió con entusiasmo a la gitanería y refirió una serie de episodios con hechos

magníficos que enaltecían a los misteriosos vagabundos...

Aquellas invenciones tremendas sólo demostraban el estado de alma del muchacho, cuya afiebrada imaginación fantaseaba creando personajes y situaciones novelescas...

En el espacio de una hora todos se convirtieron en grandes amigos del gauchito. La pareja esperada regresó de lo de Laguna e ingresó también a la rueda.

Don Alejandro expresó el deseo de descansar con sus hermanos un largo tiempo por aquellas hospitalarias alturas. Santiago lo barajó en el aire ofreciéndole ayuda y protección. El ya se sentía amo y señor del paraje y poco faltó para que ofreciera todos los tesoros agropecuarios del departamento.

Los gitanos aceptaron conmovidos aquellas demostraciones tan nobles del joven Marcos, y lo detuvieron a comer. Paladeó cosas muy raras, pero se manifestó encantado, y tarde de la noche ya, se despidió de sus nuevos amigos prometiendo estar con ellos a cada momento.

Regresó a su casa seguro de haber encontrado el Paraíso Perdido...

Entre tanto, la imagen de Juanita se había borrado de su mente, y allí en su corazón comenzaba a grabarse con caracteres de luz y de gloria, la silueta sutil de la bella y enigmática gitanita de los hermosos e insondables ojos negros...

CAPITULO XVII

Un nuevo grito de alarma surgió de la estancia de "Los Alamos" y fue esparciendo sus ecos hasta más allá de las fronteras salteñas...

Esta vez la cosa era seria. El gurí no salía de las carpas gitanas y vivía pendiente de los ojos negros de Isabel. Se había alejado de familiares y amigos, ya no concurría a las reuniones del fogón, ni escribía décimas, ni iba a las paradas de rodeo, ni cantaba "tristes", ni hacía vibrar las bordonas de la vieja guitarra sevillana... Andaba matreando solo, como "charabón apartao de la bandada". ¿Qué ocurría?

Ocurría que el muchacho estaba locamente enamorado de la gitanita, que ella le correspondía y que un idilio sin precedentes llenó de notas pletóricas de pasión y de lirismo aquel rincón histórico del Sauce... Y hasta la propia caravana errante llegó a estremecerse de miedo...

Los gauchos pensaron que esta enfermedad era más grave que la locura filosófica y también temblaron aprensivos. Parecía que este mal no tenía cura, que era un caso perdido...

A la par que a curanderas, beatas y "adivinas", fueron consultados los eruditos ciudadanos don Serapio Méndez y don Francisco Peral. Mas, estos ilustres iluminados sólo adelantaron vagas conclusiones. Sus ciencias no parecían responder y a través de sus extraordinarios poderes ocultos ni los astros quisieron hablar. Enmudeció insondable la luz cabalística del firmamento...

Don Serapio se cerró a la banda eludiendo las constantes preguntas del gauchaje que comenzó a dudar de sus vastos conocimientos ultraterrenos...

Una tarde en que el gurí pasaba cerca del fogón fue invitado a tomar "un amargo". Santiago se negó con cierta torpeza. Entonces los gauchos le reprocharon su conducta observándole el significado inexplicable de aquel gesto despectivo. Alguien llegó a insinuarle que los gitanos "endemoniaos" lo habían embrujado, y que "pa comprarle el alma le echaban de carnada a la gurisa impia que le diba dando güelta tuitos los sesos!"...

Santiago se detuvo bruscamente y roció a sus amigos de una intempestiva insultada. Los paisanos se miraron indecisos. Cardozo levantó los hombros filosóficamente y dijo, sin ocultar su resentimiento:

—Andá nomás gurí y n'ofendás a tus amigos ansi-na... Y no hagás caso a naides... Vos sos dueño e tu cuero, aunque ya parece que has perdido tu ál-ma!...

Los más supersticiosos se "santiguaron" y el muchacho siguió andando, entre enojado y arrepentido.

Don Serapio aprovechó la oportunidad para atraerse al auditorio con este comentario sangriento:

—Lo que hay de cierto en el asunto es que este gurí se ha dejado embaucar por la gitanita porque es un maricón inconsciente, sin carácter, de malos sentimientos e indigno de nuestra amistad!

Los gauchos se agitaron ante el insulto. Y don Eufasio, al propio tiempo que levantaba un tizón amenazando descargarlo sobre la cabeza de Méndez, gritó, pinchado por la chuzza de la rabia:

—Cayate viejo piojoso, hijo e la gran p... si no querés que te meta las liendres p'adentro d'ese zapayo

podrido que tenés por moyera! Mire qué caluniar ansina al pobre gurí cuando no servís ni pa lavarle las patas!

Don Serapio fue invadido por un miedo sepulcral, cuyo análisis supo hacer, algunas horas después, con este gráfico colorido, don Cayetano Fernández:

—Se le aflojaron tuitas las coyonturas, se le cayó la carretiya y la baba le bañó la pera, y, coligiendo por el ruido e sus achuras y por cierta gedentina, se le aflojó hasta el aniyó el niengue!...

Las palabras de Cayetano fueron muy obscenas pero no desprovistas de exactitud. Tal fue la penosa situación de Méndez que Cardozo arrojó lejos el tizón sentenciando generosamente:

—Yo no pego a las mujeres!...

Después de un rato, cuando don Serapio pudo recuperar algunas fuerzas, se levantó, tomó el sendero del arroyo, caminó despacito apretando heroicamente las nalgas, se bañó, lavó sus calzoncillos de tartán de algodón y un poco más tarde arregló su maletita, ensilló su tordillo viejo, y, tristón, sin despedirse de nadie, se fue en busca de otros horizontes...

El caso del estudiante, siguió preocupando a todo el pago.

El andaluz Peral movía escépticamente la cabeza y, acosado por las preguntas, hizo esta confesión en la estancia de "Los Alamos":

—Ná, tengo sangre gitana! Esto es atroz! Cuando una gitana se enamora ama hasta er sepurcro!... Un amor gitano no retrocede ante ná ni naides! Encierra mundos, domina todo y, o triunfa con la unión pa siempre o sucumbe con la muerte!...

Las curanderas, a ocultas, echaban raíces de plantas misteriosas en el agua para el mate de Santiago, las

beatas rezaban pidiendo la intervención del cielo y las "adivinas" se persignaban evocando a los ángeles buenos y maldiciendo a los ángeles malos...

Era un caso grave! El amor en los niños y en los viejos, cuando se convierte en enfermedad, enloquece con sueños imposibles y aniquila con dolorosos despertares... Hay que cerrar los ojos ante sus designios y dejarlo que lleve el alma al florido edén de los encantos e ilusiones, o que la arrastre a través del espinal del desengaño desgarrándola con heridas que algún día dejarán de sangrar pero que no cicatrizarán jamás...

Cuando don Juan conoció los detalles del romance, arrugó la frente, apretó los labios, se reconcentró bien y, mirando fijamente al suelo cual si quisiera extraer el misterio de la fuerza telúrica, habló con estas sentencias:

—Nada de oposiciones violentas, nada de conmovedores consejos y, sobre todo, nada de intrigas. Qué las cosas sigan su curso normal! Yo me encargo de estudiar el asunto y si la enfermedad tiene cura la curaremos!

Un amigo lo interrumpió:

—Y si no tiene cura?

Don Juan respondió, sin pestañar:

—Igual la curaremos!

Y el estanciero no volvió a comentar el romance. Se mantenía, aparentemente, tranquilo y sereno haciendo que doña Luisa se contuviera un poco, llorara menos y ocultara, ante el muchacho, su gran abatimiento.

También en el campo gitano reinaba la zozobra. Isabel se había revelado en contra del signo de su raza. Y pretendía apartarse de su medio, de sus her-

manos, de la fe que los unía dispersos por el mundo, para entregarse a los brazos de Marcos y vivir aquel amor que llegaba a la idolatría y que estaba impulsado por una fuerza mística, avasalladora, incontenible, bárbara y sublime!

La casa gitana fue escenario de lamentaciones, acaloradas disputas y fieras amenazas. Pero la muchacha se plantó firme y desafió al Hado que guiaba los destinos de su pueblo. Y el miedo a un castigo celestial llegó hasta el corazón insondable de los nómadas.

Para colmo de desasosiego el grupo gitano había aumentado con dos carros más formando una caravana dentro de la cual se encontraba un joven llamado Basilius, quien, de acuerdo a un arreglo expreso entre sus padres y el Jefe, don Alejandro, estaba destinado a ser el futuro marido de Isabel. La situación se complicó. A excepción de don Alejandro e Isabel todos los gitanos pidieron la inmediata realización del matrimonio pactado. Don Alejandro, que parecía inclinado sentimentalmente por la muchacha, inició conversaciones conciliatorias tendientes a dilatar un poco el asunto a fin de evitar consecuencias ulteriores. Manifestó su conformidad ante el compromiso solemnemente contraído pero, recurriendo a su autoridad de Jefe, dispuso que el casamiento se llevaría a cabo en época oportuna, sin fijar fecha y sin admitir observaciones.

Isabel buscó a su tío y, a solas, lo premió con un abrazo de comprensiva elocuencia. El gitano se sintió conmovido y a duras penas pudo contener algunas lágrimas que se querían precipitar por el cauce de sus dilatados ojos, llenos de asiáticos misterios. . .

La conducta de don Alejandro mereció serias censuras en la caravana donde por primera vez hacía su entrada el descontento trajeado de discordia.

Basilius ya no conversaba con sus hermanos. Se manifestaba huraño, adusto y caviloso. Y se tornaba poco comunicativo hasta con sus padres. No se alimentaba siquiera y muy pronto comenzó a enflaquecer en forma alarmante y a sentirse preso en las garras de una aguda neurosis. A pesar de su sobriedad abusó de las bebidas y en cierta ocasión en que la caña lo había envenenado tanto o más que el amor mismo, declaró, echando fuego por los ojos, que se casaba con Isabel o mataba a Santiago. Sus padres se aislaron del resto de sus hermanos y en dos oportunidades ignoraron la presencia de don Alejandro volviéndole las espaldas. El Jefe no se dio por aludido...

Entre tanto el vecindario se daba a la innoble tarea de tejer ruines comentarios con bajas referencias a la conducta de los gitanos y a las intimidaciones de los enamorados. Por envidia, maldad, o quizás impulsos generosos, formularon secretas denuncias a la policía insinuando la necesidad de que los vagos fueran arrojados de la región.

Las viejas, chismosas y curanderas, sostenían que los gitanos estaban en convivencia con el diablo, y al asegurar que a Santiago le habían hecho "un daño",¹ juraban, con puñados de cruces, que durante las noches los peregrinos de la caravana mantenían cultos extraños, practicaban magia negra, bailaban con esqueletos y deliberaban con Mandinga...

Era necesario, pues, terminar con aquella peste. O intervenía la autoridad o el vecindario asaltaría a los gitanos incendiando sus carros y carpas!

La policía entrevistó a don Alejandro para rogarle que sin violencias y en momento oportuno su caravana

¹ Embrujamiento.

debía levantar el campamento. Al mismo tiempo los representantes de la autoridad visitaron al vecindario para pedirle que guardara compostura y no se metiera en lo que no le importaba...

La caravana se agitó, el vecindario se sintió agraviado, y la tormenta empezó a oscurecer el horizonte...

Santiago vivía en el país del amor y de los sueños, e ignoraba hasta los más simples detalles de lo que acaecía a su alrededor. Por eso fue de los últimos en enterarse de aquellas infames conspiraciones. Pero cuando el complot llegó a sus oídos, las cosas tomaron un cariz muy serio. El muchacho sintió que la tierra se hundía a sus pies y afrontando esforzadamente el terremoto, se lanzó a la lucha dispuesto a las hazañas más heroicas.

Fue a las carreras de lo de Laguna y provocó un grave incidente. Aprovechando las sucias indirectas que unas viejas le deslizaron al oído, gritó a todo pulmón que aquel era un mundo de envidiosos y canallas y que él iba a repeler a bala limpia la cobarde agresión a los gitanos! Agregó que si "alguno, o *algunos*, de los presentes no estaba, o *estaban*, de acuerdo con sus palabras, podía, o *podían*, recurrir a la poca dignidad que tal vez *quedara* en el pago y dar un paso al frente!"

Acto seguido corrió el cinto colocando en lugar visible el "Smith reformao", calibre treinta y ocho, con seis balas y caño largo...

Nadie respondió al reto.

Don Juan, uno de los concurrentes no obstante el hecho de que jamás iba a las reuniones turfísticas de Laguna, cruzó una mirada de inteligencia con aquel hombre sano y comprensivo, que era el comisario

Zalacain. Luego se aproximó a don Loreto, el juez bueno y conciliador. Ambos cambiaron algunas palabras en voz baja. Era sugestivo que estos personajes se encontraran tan oportunamente en aquel sitio, y no era menos sugestivo la conducta de la paisanada que acostumbraba a cruzar las armas por la menor insinuación ofensiva, y que sin embargo soportó, serena, la ráfaga insultante de Santiago.

El estudiante, extraordinariamente excitado, con el rostro descompuesto por la rabia, echando centellas por los ojos, y con voz alterada y gestos atrevidos, al pasar junto a las autoridades, gritó desafiante:

—Todos quieren atentar contra esa pobre gente que es acreedora a la mayor consideración y respeto. Yo juro que si se comete la arbitrariedad de echarla del pago, me voy con ella y que sabré defenderla de cualquier abuso, venga de donde viniera! Y ya saben ustedes: yo muero pero no retrocedo!

Don Juan cambió nuevas miradas con el comisario, el juez y algunos amigos. Y el silencio general sólo fue levemente interrumpido por la voz agorera de un paisano. Este dijo, persignándose:

—Mandinga lo rempuja y la Muerte lo anda áhugando!

Santiago, que ya consideraba cumplida una parte de su misión quijotesca, clavó las espuelas en los ijares de su flete y emprendió, al trote, la marcha hacia las carpas gitanas. Iba rebotando altanería. Pero sentía, al propio tiempo, una profunda sacudida moral. Presentía que libraba una batalla imposible. Se sentía solo. Solo frente al vecindario, a la Autoridad, a su familia, a sus amigos y a casi todos los gitanos! Tuvo un momento de infinita desesperación y sin poder reprimir sus nervios se vio ahogado por los sollozos. Pa-

sada aquella crisis angustiosa se sintió mejor y más sereno, tuvo la arrogancia de creer que vencería. Miró la caravana que parecía a la distancia entregada a un sueño lleno de venturas promisorias, y entre optimista y taciturno, apresuró la marcha llevado por el impulso de su corazón...

A unas diez cuadras de camino se encontró con Guillermina que lo animó con una sonrisa de amiga y una mirada de hermana.

—¡Qué muchacha tan noble! — pensó el estudiante.

Un poco más adelante, le cortó el paso Juanita, quien tendiéndole la mano, le dijo generosamente:

—Sé que estás enamorado y te felicito, gurí. No creas que te guardo rencor. Yo sé querer y perdonar... Estoy con vos, soy tu amiga y seré tu mejor aliada. Te lo voy a probar muy pronto!

Santiago apretó con fuerza la mano de la muchacha. Después salió a todo galope, seguro de haber ganado la primera batalla!

CAPITULO XVIII

Hubo una semana de calma.

Santiago tuvo la impresión de que los dioses estaban de su parte.

Entre los habitantes de la propia caravana el ambiente era más cordial, más acogedor... Y, además, en el seno de su familia así como también en el grupo de sus amigos, parecía reinar un espíritu amablemente conciliador, que le estimulaba el alma. Ya no había vuelto a notar aquellas miradas sospechosas que lo exasperaban, ni habían llegado a sus oídos aquellas expresiones de mal disimulado reproche que oprimían su corazón. Su padre, como siempre, se manifestaba tranquilo y tolerante. Su madre tenía rasgos de alegría, sus hermanos parecían alentarle con palabras cariñosas, y hasta la negra Tiburcia se le presentaba transformada. Ya no encendía velas a los santos, no trazaba cruces por el suelo a cada momento, no lo miraba con la estúpida cara de terror de otros días, ni maldecía más a los gitanos... Tratando de ahogar ciertas dudas que venían, misteriosa, y seguro, injustificadamente, del fondo de su ser, llegaba a convencerse de que ahora todos aprobaban su conducta, y se sentía feliz, tremendamente feliz!

Isabel le contó que el comisario había visitado a los gitanos pidiéndoles que no se fueran. También sabía que don Loreto habíase aproximado al vecindario para calmar sus inquietudes y abogar por los peregrinos, cuyas virtudes exaltó.

Qué extraña metamorfosis! A Santiago le parecía todo aquello demasiado bueno para ser verdad, y las dudas emergían otra vez de lo más íntimo de su ser... Pero los besos apasionados de Isabel elevaban su alma al séptimo cielo y volvía a sentirse tremendamente feliz!...

El romance tomó caracteres casi decisivos. De algo apacible se transformó en torrente avasallador capaz de romper montañas, arrastrar montículos y pasearse glorioso hasta llegar al mar, cuyos elementos vencería con la fuerza infinita que impelía su destino!...

A veces los enamorados llegaban a inquietarse por tanta dicha. Les parecía imposible que aquello perdurara. A Isabel la asaltaban tristes presentimientos en sus horas de descanso, de recogimiento, de sueños vagos y de mortificantes insomnios... Y al revelarlos al gurí, éste temblaba de miedo pensando en sus propias dudas, pero fingía no tomar en cuenta semejantes tonterías y en locas expansiones de amor devolvía el optimismo a la muchacha y ocultaba el extraño terror que solía dominarlo...

Y así continuaron amándose. Se entregaban noblemente, sin el menor prejuicio, sin pensar siquiera en alguna consecuencia perturbadora, y en el más sublime de los éxtasis iban penetrando en la zona que según el convencionalismo de la sociedad, aferrada a falsos e hipócritas códigos morales, es terreno vedado ante el cual se levanta la barrera de la Ley, como si el corazón no tuviera su Ley Suprema y se pudieran torcer los no menos supremos designios de la Naturaleza!

Para Santiago e Isabel aquella pasión inconmensurable se inclinaba con fanático fervor ante un solo culto: el Amor, y respetaba una sola y Suprema Ley: la del Amor!

El Amor, para ellos, no tenía límites y todo lo limitaba: era Dios!

Pero la armonía en las cosas humanas no puede ser eterna. Los presentimientos de los enamorados tuvieron su primera justificación. En la euritmica e insondable sonata de sus vidas idílicas surgió una nota ingrata y los amantes casi vieron zozobrar la barca de velas azules de sus ilusiones...

Una tarde los amantes se habían retirado a la laguna del Sauce, distante unos quinientos metros de las carpas. En las barrancas, sobre el césped y debajo de los sauces llorones, juntando las cabezas y mezclando los corazones, se dejaron conducir al país encantado de las maravillas guiados por la lámpara aladina de los sueños...

La noche comenzó a tender su inmenso cortinado sobre la campiña y en el cristal de la apacible laguna reflejaron sus caras las primeras estrellas. Pero los enamorados parecían haber perdido la noción de todo cuanto vibraba a sus alrededores y seguían soñando... De pronto una bárbara blasfemia rompió la armonía del ambiente e hizo que los muchachos despertaran sobresaltados. Era Basilius que se presentaba de improviso!

La misma idea trágica ensombreció el alma de los enamorados, y se incorporaron rápidamente.

Basilius, oliendo a alcohol, bramó pavorosos insultos al mismo tiempo que extraía de sus ropas una filosa navaja sevillana. A su vez Santiago desenvainó su puñal y se dispuso a repeler el ataque, pese a que aún no se había repuesto de la sorpresa y la marmórea palidez de su rostro denunciaba un desgraciado estado moral. Isabel comprendió en seguida que la muerte rondaba en derredor y se plantó, soberbia como una

diosa, entre los dos enemigos. Entonces por la mente del gitano hizo chispa una idea terrible: matar a la muchacha!

El agresor encogió el brazo y apuntó su arma al corazón de Isabel. Mas, no pudo descargar el golpe. En aquel instante ocurrió un hecho extraño, novelesco, inaudito. Un hombre se precipitó en la escena con la rapidez del rayo, asió el brazo criminal, desvió la hoja, que se hundió en el aire, y mordiendo ferozmente la muñeca desarmó al gitano, cuya navaja rodó por el suelo. Y sin detenerse, el intruso aquel enviado por el cielo, siguió una especie de carrera loca, perdiéndose entre los arbustos de la costa...

Basilus lanzó un grito mezclado de dolor, de sorpresa y de rabia. Santiago dio un paso al frente. Su puñal brilló como una víbora bañada de fosforescencia... El gitano, con un gesto fatalista, lo invitó a matar. Esta vez Isabel, cogiendo del brazo al estudiante, hizo un llamado a su corazón. Con voz queda, honda y misteriosa, dijo, como si hablara desde otros mundos:

—No derrames sangre de mis hermanos porque serás maldito!

La luz de la razón iluminó la mente del muchacho. Luego, sintiendo la vergüenza de haber intentado herir a un hombre desarmado, retrocedió algunos pasos y arrojó su puñal junto a la navaja de Basilus.

Momentos después, en desordenado tropel, acudía toda la caravana al lugar del hecho alarmada por los primeros gritos insultantes del gitano, y la laguna del Sauce fue campo de un verdadero tumulto entre los nómadas hermanos.

Los familiares de Basilus hicieron llover toda suerte de reproches sobre los tíos y amigos de Isabel, y

hubo un momento en que ambos bandos estuvieron a punto de irse a las manos. Al fin don Alejandro les recordó, en el idioma de sus iluminados ancestros, que la Hermandad era sacrosanta, que tenían que respetar votos inviolables, que la maldición del cielo podía castigarlos y que él, haciendo uso de la alta autoridad de que estaba investido, los llamaba al orden. Las palabras del Jefe, con el recuerdo de los fraternales deberes y de los posibles castigos celestiales, hizo mella en el espíritu de la gitanería y los ánimos comenzaron a calmarse. Momentos después, en un ambiente de silencioso respeto, todos se encaminaron a las carpas, donde, según los datos posteriores de Isabel, se realizó más tarde un solemne consejo para solucionar fraternalmente el inquietante acontecimiento.

La gitanita fue conducida por su tío, cuyo brazo tomó filialmente. La chica se mostró altiva, casi desafiante, e ignorando a Basilius, despidió a su amante con un saludo todo amor y devoción.

Santiago, solo en la escena, buscó por las inmediaciones al intruso fantasmagórico que había desarmado tan oportunamente a Basilius y cuyo rostro no le fue posible identificar. No pudo encontrarlo. El hombre misterioso se había escapado envuelto en las sombras de la noche...

Habría jurado que el extraño personaje era... Pero no, imposible! Además, aquella actitud inexplicable... ¿Quién podría ser? ¿Un amigo? ¿Un protector? ¿Un fantasma? ¡Quién sabe! El gauchito se sentó en un barranco y quedó un rato absorto cavilando sobre las fuerzas incógnitas del mundo ultraterreno...

Después montó a caballo y muy lentamente, paso a paso, fue cubriendo el camino de "Los Alamos".

CAPITULO XIX

Los gitanos tuvieron su consejo deliberante. Nadie supo lo que se trató en él. Sin embargo al día siguiente la caravana se dividió. Basilius, su familia y sus amigos partieron con dirección al Daymán. El prometido de Isabel, sentado en la culata del carro, iba triste, taciturno y apretaba los labios con una patética expresión de sufrimiento y de grandes pasiones contenidas...

A los dos días Santiago visitó el campamento de don Alejandro. Fue recibido con frialdad. El Jefe no pudo reprimir la cólera y le observó su sospechosa conducta en las intimidades con la gitanita. Doña Juana formuló algunos reproches por la discordia surgida en el seno de la caravana. Los demás gitanos le hicieron el vacío, e Isabel mantuvo una hiriente reserva. El gurí se apartó con la muchacha e invitóla a sincerar su actitud. Nada consiguió. La gitanita sollozó un instante y luego le rogó que volviera en otra oportunidad. El gauchito se fue muy afectado.

En los días subsiguientes las cosas no mejoraron mucho. Después de minutos de amorosos arrobamientos la chica caía en largos períodos de concentración y de mutismo. Allá en las lejanas llanuras, donde el toldo del cielo cerraba la extensa perspectiva, sus grandes ojos negros parecían querer descifrar el indescifrable problema de la Vida. En su tersa frente morena se dibujaban ligeras y curiosas líneas cual si la araña fatídica de los pensamientos malos anduviera

mordiendo su cerebro. Su boca, de donde fluía una subyugante sonrisa de luz, se ensombrecía con muecas de escepticismo...

Santiago se esforzaba en descubrir el motivo que había hecho presa del alma de su amada, pero ni las frases cariñosas ni los apasionados besos llegaron a penetrar en aquel hondo misterio.

Conformábase el gurí al recordar las primeras palabras de doña Juana en el sentido de que esos extraños períodos de tristeza y de mutismo solían apoderarse de Isabel sin que ni los más iluminados de sus hermanos pudieran resolver el enigma.

Mas, Santiago sentía una profunda inquietud. La muchacha no reaccionaba y él tenía miedo a algo imprevisto, desconocido, insondable... Ideas negras, como los pájaros infernales de la desolación, golpeaban en su frente y formulaban míseros presagios... El gauchito tuvo sueños fatigantes, horribles pesadillas y largos y ansiosos insomnios. Pero estaba dotado de una recia fuerza de voluntad y luchaba con verdadero estoicismo para desechar aquel inexplicable estado moral y vencer los estúpidos presagios... Y, por momentos, se erguía vencedor. Reía ante su propia debilidad espiritual y se sentía lleno de optimismo.

Pero se acercaba el fin de las vacaciones y había que afrontar otro problema que motivaba otras inquietudes...

El recordaba muy bien que en los momentos más difíciles de sus amoríos con la gitanita, cuando todos le amargaban la existencia con críticas e intrigas, su padre había llamado aparte y sin mayores preámbulos formulóle preguntas que fueron contestadas con una promesa solemne.

En el miedo de que don Juan excursionara en su

romance creando nuevas dificultades, habló torpemente y no midió las consecuencias de sus palabras. El estanciero se explayó así:

—Amigo, necesito saber, con absoluta seguridad, sus orientaciones futuras relativas al colegio. Piense muy bien antes de contestar. De ello depende lo más fundamental de mis planes y quizá de su vida... Yo no intento entrar en los pormenores de sus asuntos sentimentales si usted cumple con su deber. Recuerde lo que me dijo antes de ingresar al instituto, cuando en las puertas del establecimiento nos dimos un gran abrazo. Yo no he olvidado ni una sola palabra... Bueno, en conclusión: ¿Me promete regresar al colegio, continuar con ahinco sus estudios, no retroceder ante nada ni nadie?

El habíase precipitado, diciendo:

—Lo prometo y lo juro!

Don Juan lo abrazó con fervor, declarando:

—Ya sabía yo que usted era un hombre de honor!

Y no volvieron a hablar más del asunto. Pero las clases se reabrirían muy pronto y era imposible dar marcha atrás...

El puso a Isabel en antecedentes. Ella se conformó con los planes que ambos trazaron del futuro, y consiguió convencer a sus tíos de que debían establecerse en las cercanías de Paysandú. Allí volverían a encontrarse los dos, continuarían amándose y realizarían al fin la suprema aspiración de sus vidas en una unión tan completa y tan sublime que ni la muerte los separara!...

El no podía encontrar en su próximo viaje el motivo de aquella situación moral que hundía el espíritu de la gitanita. ¿Qué podría ser? ¿Qué ocurriría?

¿Qué extraño fenómeno ocasionaba esa actitud? Y conformándose a medias, se decía:

—Bah, mujeres son mujeres! La idea de nuestra separación la trastorna; quizá piense que me puede perder. Tonterías! Dejemos que el tiempo y los hechos vuelvan la tranquilidad a su corazón...

*
**

Era a fines de febrero.

Caía la tarde. Desde el horizonte parecía levantarse un incendio gigantesco y se diría que todo el occidente estaba cubierto de llamas. Al otro extremo, en el espacio oriental, el sereno paisaje tenía tonalidades de un azul clarísimo, y la luna, en un disco enorme, asomaba su señorial cara redonda de triunfante y augusta matrona.

Santiago regresaba de su cotidiana visita a Isabel mientras iba preparando su retorno a las clases. La gitanita había estado feliz, plena de optimismo y alegría. Qué raras son las mujeres! ¿A qué se debía aquella metamorfosis en las postrimerías de sus vacaciones cuando el fantasma de la ausencia atormentaba sus corazones con sus apariciones constantes? Qué compleja es el alma de la mujer! Sin embargo él estaba triste y lo asaltaban malhadados presagios... ¿Por qué?

Cuando atravesaba el paso del Sauce, se acercó el guri aquel del petiso "bichoco" y le entregó una carta. Santiago dio un real al mensajero, y, nervioso y malhumorado, comenzó la lectura. Desde el primer momento intensa palidez denunció honda emoción y el cuerpo del gauchito tembló como un gajo de sarandí sacudido por un remolino.

La carta era de Juanita. Decía así:

“Querido gurí: juré ser tu amiga y aliada. La presente te lo probará. Te escribo pa que sepas lo siguiente: hay una gran conspiración en contra de vos. Te quieren robar a la gurisa gitana. Si la querés y no andás jugando con ella como jugastes conmigo, y si amás sos hombre y no un desalmao, procedé de enseguida porque mañana puede ser demasiado tarde... Comprendés? Yo conosco toda la combinación. Venite esta noche a las diés. Te espero en la oriya el monte, a la izquierda del paso, entre los cuatro ceibos grandes, alao mismo de donde los jesuitas clavaron la cruz. Con estas señas no podrás estraviarte. Te contaré toda la verdá y podrás salvarte vos y la gurisa que tanto te ama y no sospecha la desgracia que la espera... Después de leer esta carta rompela y mandame los pedasos con el gurisito. Si tus enemigos yegan a saber de mi avertencia a vos, me matan. Por eso quiero comprobar con los pedasos que la has léido y que vas a venir. De nó, no te ayudo... Tu fiel amiga. Juanita”.

Santiago rompió la carta y poniéndola cuidadosamente en el sobre, la devolvió al muchacho con repetidas instrucciones de que la depositara en manos de Juanita. Después partió a toda carrera. Iba ciego de rabia, apretando los dientes, los puños y el corazón!...

Y estuvo fiel a la cita. Dejó su caballo a prudencial distancia y cautelosamente, casi arrastrándose como un asaltador, un bandido, un ladrón, llegó hasta los ceibos cuyas flores parecían, bajo la luz de la luna, salpicaduras de sangre... Penetró entre el ramaje. Allí estaba Juanita, que bañada por el riego de la claridad lunar que se infiltraba entre las copas de los árboles, parecía una ática beldad pagana envuelta en

diáfanas telas blancas, cuyas turgentes formas de hembra resaltaban soberbias e incitantes... La muchacha sonreía segura de la gloria de su cuerpo... El gurí corrió a su encuentro. Ella lo envolvió en sus brazos, le aprisionó la boca en su boca, le hizo sentir toda la majestad de su ardorosa carne joven, y mirándolo entre los ojos lo enloqueció con los rayos incandescentes de su deseo... Y rodaron por la hierba poseyéndose frenéticamente a la luz de la luna, junto a la cruz de los jesuitas y bajo las ramas de los ceibos en flor...

Pasado el primer momento de éxtasis y de inconsciencia, cuando el gurí abrió los ojos a la realidad recobrando de nuevo sus sentidos, oyó algo así como la proximidad de pasos que hacían crujir las hojas secas. Levantó la vista y se quedó atónito al contemplar la cara de vergüenza, de sufrimiento y de horror de la pobre gitana. De un salto se puso de pie. Isabel cayó desmayada. Juanita tuvo una expresión de júbilo y una sonrisa de triunfo. En aquel preciso instante emergió de las tinieblas la sañuda silueta de Basilius quien, pronunciando una bárbara imprecación, alzó el brazo derecho, en cuya mano brillaba un revólver, y una violenta detonación fue repitiendo sus ecos más allá de los barrancos. El gurí se llevó una mano al pecho, experimentó la sensación de que el mundo se hundía a sus pies, tambaleante se asió a una rama, clavó una rodilla en tierra, se le nubló la vista y, perdiendo el equilibrio, se desplomó de espaldas. Juanita se inclinó hacia él y mirándolo a la cara creyó leer en sus ojos de moribundo esta angustiosa pregunta: "¿Por qué lo has hecho?" La muchacha respondió, a media voz:

—Porque te quiero!

El gurí tuvo un momento de reacción ante el acento infame, apoyó su siniestra en el suelo y levantando su tronco unos veinte centímetros, bañó la trompa de la hembra con un escupitajo sanguinolento.

En aquel momento ocurrió un hecho insólito. El loco Eleuterio hizo irrupción en la escena y se abalanzó como un tigre sobre el gitano, cuyo revólver rodó por los aires al primer golpe sorpresivo y furioso. Y los dos hombres se trabaron en una lucha feroz. Eleuterio abrazado al cuerpo del gitano, adherido como una lapa, habíale clavado los dientes en el hombro derecho, de donde comenzó a manar un hilo de sangre caliente. Pero Basilius pudo libertar su mano izquierda, y con ella extrajo un puñal de entre sus ropas. El loco descubrió el criminal movimiento y se aferró desesperadamente a la muñeca de aquella mano. Pero el gitano era fuerte y musculoso, y muy pronto la balanza habría de inclinarse de su lado. Lentamente fue venciendo toda resistencia y la punta del puñal, también lentamente, empezó a penetrar en el vientre del muchacho...

Rasgó la atmósfera una nueva detonación y Basilius, desprendiéndose de Eleuterio, dio con su humanidad por tierra.

Qué había ocurrido?

Santiago, realizando un supremo esfuerzo, consiguió incorporarse unos centímetros más y desenfundar su revólver. Entonces levantó el brazo, afinó la puntería y apretó el disparador...

Segundos más tarde pudo ver, indistintamente, que Eleuterio apretaba un punto de su abdomen y reía estúpidamente; que Basilius se revolcaba maldiciente; que Juanita desaparecía en dirección al arroyo, y que la gitanita avanzaba hacia él. Además oía voces cer-

canas y la repercusión en la cuchilla de cascos de caballos a la carrera...

Después, ya no distinguía los objetos... Su cerebro se cubrió de tinieblas, sus párpados comenzaron a cerrarse, sintió, palpitante, un pecho de mujer junto a su pecho, una cara mojada se apretó contra su cara, una mano sedosa acarició su frente, y oyó la voz de Isabel llamándolo a la Vida... Quiso decir algo, pero sonriendo apenas, exhaló un profundo suspiro y se acostó a morir...

CAPITULO XX ¹

Pero el gauchito no murió.

A bordo de un transatlántico británico viajaba rumbo a la rubia Albión. El buque acababa de largar amarras y se alejaba de Montevideo en aquella nebulosa mañana del mes de julio, en 1914, año calamitoso de nuestra era vulgar.

Un grupo de amigos habíalo despedido en el puerto y ahora corría buscando abrigo, castigado por la fina garúa, últimos latigazos de un pampero frío. "La muy fiel y reconquistadora ciudad" tomaba, a la distancia, los contornos borrosos de un paisaje gris. El cerro, con su fortaleza colonial y su gallarda silueta de viejo hormiguero, parecía un punto vago de interrogación entre la poca visibilidad de aquel plomizo horizonte.

Santiago sintió, al fin, la serena y honda felicidad de estar solo, sin conocidos y sin amigos. Solo en medio de una muchedumbre de pasajeros friolentos, indiferentes y silenciosos. Intimamente satisfecho se acomodó contra la baranda de cubierta y de frente al pampero, contemplando el incesante chocar de las olas de un mar agitado y sucio, pasó revista a los hechos más trascendentales de su vida y, otra vez, como en un gran viaje retrospectivo fue andando la senda del pasado y deteniéndose en aquellos parajes de más intensos recuerdos, donde la fortuna le fue grata o adversa.

Visitó primero a su madre, después al viejo centau-

¹ A manera de epílogo.

ro que ya dormía “el sueño que no tiene despertar”, estuvo con sus hermanos, con sus nobles amigos del fogón, con los camaradas del Instituto y se detuvo toda una vida en las raídas carpas gitanas, disfrutando en la insondable lejanía, las caricias de Isabel. Tornóse torva su faz y echó pie a tierra entre los cuatro ceibos en flor, junto a la cruz de los jesuitas...

Parecía un sueño! Habían pasado cuatro años! Nada ni nadie había conseguido borrar la huella dolorosa que en su alma dejó el trágico acontecimiento originado por la traición de Juanita. Qué extraordinarias consecuencias motivó aquel hecho! Qué cambio en las orientaciones de su vida! A qué terrible prueba había-lo sometido la adversidad! Se diría que aquello había ocurrido ayer! Recordaba hasta los más leves detalles!

La bala que determinó tanta miseria lo tuvo al borde de la muerte. Atravesándole el pecho pasó junto al corazón y le partió el pulmón izquierdo. Sin embargo la herida había cicatrizado pronto. Su juventud y su sana y recia constitución física hicieron el milagro. Pero la herida del alma aún no estaba cicatrizada y seguía sangrando... Los grandes ojos negros de la gitanita continuaban clavados en su pecho como dos puñales...

Parecía un sueño! Dos semanas luchando con la angusta señora de la guadaña que pugnaba por llevarlo al reino de las sombras! Acudían a su memoria los vagos despertares durante la pesadilla de la muerte. A un lado su madre, dulce y solícita, velando, con cara de mártir, sus minutos de agitada agonía; al otro, Isabel con los ojos hacia arriba, rezando o maldiciendo... A los pies del lecho, su padre, adusto y pensativo; algo más allá sus hermanos, manteniendo un angustioso suspenso; afuera murmullo apenas percepti-

ble de voces graves, y en el techo, fantásticas figuras y estelas multicolores...

Dicen que la fiebre lo hizo delirar mucho. El sólo recordaba que a veces sentía ansias vivificantes, impulsos de lucha, anhelos de luz..., e intentaba incorporarse y hablar. Lo detenían suavemente, amorosamente, con esas súplicas enternecedoras que se hacen junto a la cuna de un niño enfermo... Entornaba de nuevo los ojos y caía en un vago sopor y se sentía llevado a misteriosas lejanías donde viajaba a través de brumosos países sin paisajes definidos, sin flores, sin horizontes, sin verdes praderas, sin cielos azulados y sin astrales resplandores...

Un día tuvo un sueño color de primavera y despertó lleno de optimismo. Las personas que lo rodeaban pusieron caras alegres y rogándole que guardara silencio, le permitieron ciertas expansiones. Cogiéndola de la mano hizo que su madre se aproximara bien a él y la besó cariñosamente. Tornóse luego a la gitanita, pidióla que se inclinara sobre su cabecera y apretó su cara contra la cara de la muchacha... Después sonrió a su padre que se acercaba, oyó una voz jovial que lo declaraba fuera de peligro y que recomendaba, por el momento, mucha tranquilidad y nada de emociones fuertes... Volvió a cerrar los ojos y se durmió dulcemente, sintiendo en su alma algo así como las notas de infinita armonía de una vieja canción de cuna... Y viajó de nuevo; pero esta vez por países plétóricos de luz, de mágicos países donde vibraba en los azules espacios la gloria sublime del Cantar de los Cantares!...

Y a partir de aquel día ingresó en el período de la más franca convalecencia. Volvió al reino de la Vida. Todos pasaron junto a su lecho; todos charlaron y rie-

ron con él y todos estaban contentos y felices. Pero, ¿y la gitanita? La muchacha había desaparecido de su lado. ¿Qué ocurría? El tenía miedo de hacer preguntas... Mas, su madre le adivinó el pensamiento — ¿qué no adivinarán las madres? —, y le explicó lo más importante... Le dijo que la chica había tenido que acompañar a Paysandú a su tío enfermo, que pronto volvería a verla y que de nada y por nada debía preocuparse: Sus sueños se realizarían!

Su convalecencia fue larga y laboriosa. Cuando ya se sentía bastante fuerte y comenzaba a dar sus primeros paseos por entre los eucaliptos esperando, presa de hondas nostalgias, noticias de Isabel, fue súbitamente sorprendido por un ataque de influenza que, aprovechando sus pobres condiciones físicas, lo llevó hasta los dinteles de la muerte, sitio que él ya conocía. Lo tuvo cuatro semanas postrado en cama. La reacción, esta vez, fue lenta y dolorosa, y al abatimiento físico sucedió un tedioso abatimiento moral. Sumido en un estado de semi-inconsciencia pasaba las horas tendido en la hamaca, desganado de todo, con los ojos abiertos, mirando sin ver; con el cerebro como aletargado de donde no emergían ni chispas de voluntad ni ondas de sueños...

Y habrían pasado dos meses. Estaba sano y estaba fuerte. Le parecía que había vuelto a nacer y se sentía hombre, dispuesto a afrontar la lucha con todas sus vicisitudes, sus triunfos, sus fracasos y sus glorias... Quiso saber toda la verdad, sin atenuantes ni balsámicas palabras, y la supo, amarga, cruel y descarnada. Pero fue todo un hombre y resistió la prueba de fuego, estoico y sereno, sin un gesto de flaqueza, sin una mueca de dolor. La tempestad interna no lo venció,

pero eso sí, lo encanaleció un poco...; lo hizo algo escéptico, cínico y calculador...

Le contaron que en sus delirios llamaba constantemente a la gitana y que ella, que ya no creía en él, acudió a su llamado y, junto a su lecho, pasó las noches en vela para salvarle la vida. Después, cuando todo peligro había desaparecido, también desapareció ella con sus tíos sin que nadie hubiera podido conocer su paradero ni las orientaciones de su ruta... Don Juan tuvo tardías noticias, por otros gitanos, de que el Jefe y su familia habían tomado un barco de carga con destino a Europa, pero tales versiones nunca pudieron ser confirmadas.

Meses más tarde un amigo — o enemigo — le aseguró que don Juan había depositado mil pesos en manos de don Alejandro insinuándole llevarse a su sobrina hacia lejanos países... El mismo sujeto juró que la muchacha se negó obstinadamente a viajar y que entonces fue narcotizada por los gitanos y embarcada mientras sufría su prolongado período de imparcial inconsciencia... El gauchito sonrió filosóficamente ocultando su profunda indignación. Entre tanto por su mente se cruzaron amargas ideas vestidas con negros y tétricos ropajes...

Basilus, cuya herida no revestía gravedad, pasó a la cárcel a purgar su criminal intento. Eleuterio curóse rápidamente del chuzazo y fue atacado, muy luego, de una sublime locura: andaba en cuatro pies y ladraba durante el día y parte de la noche seguro de que habíase transformado en perro, un animal superior al hombre...

Juanita, arrepentida, lloró por espacio de algunos días su desdicha. En una entrevista con don Juan reconoció la trampa que había tendido a Santiago con

aquella famosa carta, declaró que desde tiempo atrás venía minando el espíritu de la "gurisa bruja" con sus intrigas, que la había enterado de la cita entre los ceibos; y tuvo la bajeza de afirmar que todos sus planes iban destinados a la salvación del gurí, que tenía el alma "abichada por los daños gitanos". Agregó que ella ignoraba que Basilius anduviera por aquellos parajes, y juró que nunca lo había enterado de sus proyectos y mucho menos del encuentro con Santiago... Al único que ella temía era a Eleuterio, que siempre se andaba arrastrando detrás del estudiante, sin que él lo sospechase, y que era el responsable de que el gitano Basilius hubiera errado su golpe en las barrancas de la laguna del Sauce.

Unos pocos meses después del trágico acontecimiento entre los ceibos, regresó Peralta y se casó con Juanita. Ambos eran muy felices...

La sensacional resonancia que tuvo la aventura de Santiago había trascendido en todo el departamento. Aquello fue lógica razón para que don Juan se opusiera al regreso del gauchito a Paysandú donde sus compañeros de clases abrirían a cada momento su herida moral con preguntas indiscretas. Maduró otros planes, que expuso muy cuidadosamente a Santiago y que consistían en la continuación de sus estudios en Buenos Aires. Le serviría de cicerone un amigo muy querido, con quien ya estaba en correspondencia, y, por lo avanzado de la época, seguiría cursos libres, sin mayores esfuerzos ni compromisos...

En el fondo, lo que don Juan buscaba era que una vida fácil y placentera curara el alma del muchacho, cuyo quebranto lo llenaba de justificadas inquietudes.

Santiago aceptó indiferente, y a los pocos días se trasladó a la gran capital argentina. Empezó a estudiar

con desgano y muy pronto se entregó, casi por completo, a una vida dispendiosa y estéril. Farreó mucho y estudió poco. Y nunca pudo olvidar...

Cierta noche en que regresaba de un cabaret, bastante dopado de alcohol, se encontró con que dos tipos mafiosos atacaban a un inglés borracho, en la puerta de un garage de una calle solitaria, intentando desvalijarlo. Se lanzó contra los bandidos a golpes y a gritos. Los atacantes se desconcertaron dando tiempo a que el británico reaccionara e hiciera uso de sus puños, fiel a las clásicas aficiones de su raza. A los gritos acudieron los vecinos, pronto se formó un gran alboroto y entró en acción la policía, que surgió a toda carrera.

Atacantes, atacado y quijotesco intruso marcharon a la comisaría. Los mafiosos resultaron ser dos buenos ciudadanos a quienes el hambre convertía en asaltadores... En el corto trayecto a la comisaría el inglés los estudió con ojo sicológico y les habló cual si fueran viejos amigos, y al ingresar a la comisaría se adelantó a todos y tuvo la excentricidad de declarar que en una taberna habían tenido una desagradable discusión que los llevó al terreno de un encuentro amistoso de box para solucionar las diferencias. Los interesados confirmaron las palabras del extranjero, quien, pidiendo excusas "pagó una multa" por el escándalo y prometiendo ser en el futuro muy respetuoso a la Ley, invitó a los maleantes y al joven intruso que se había confundido "lamentablemente", usando estas palabras:

—Bueno, amigos, vamos seguir nuestras expansiones al taberna, con permiso del señor comisario.

El comisario levantó los hombros con marcada indecisión, y al fin ordenó a la guardia:

—Dejen salir!

Y los cuatro "amigos" fueron andando por la calle. En la primera esquina doblaron. Entonces el inglés se detuvo y espetó el siguiente discurso a los dos atracadores:

—Ustedes estar pobres diablos y todavía pueden evitar caída en delincuencia. Este primera prueba estar prueba que no tienen condiciones de bandidos. Sigam otra carera!

Depositó diez pesos en manos de cada uno de los desconocidos y agregó:

—Vayan llevar pan a su casa y en futuro busquen ocupación más honrada. En los depósitos de Aduana de Parker Brothers y Co., Ltd. encontrarán trabajo. Vayan mañana a las nueve. Y ahora, fuera de mi vista, sinvergüenzas!

Los hombres se marcharon cabizbajos. Parecían a punto de llorar o de reír...

El hijo de Albión tomó del brazo a Santiago, diciéndole:

—Vamos, amigo. Usted estar un hombre!

El estudiante se dejó llevar. Entraron a un café, ambos se hicieron las presentaciones respectivas y completaron sus borracheras muy cordialmente...

El británico se llamaba John Parker y era Gerente-Director en la Argentina de la acaudalada firma londinense Parker Brothers y Co. Ltd., que se ocupaba de negocios en general, y en especial, de la compra de lanas y cereales.

A las seis de la mañana se despidieron. Por la noche se volvieron a encontrar y así continuaron por espacio de dos semanas. Eran dos grandes amigos, con ideas muy afines, con gustos muy semejantes... Adoraban a Bacus, cantaban alegres canciones en los ca-

barets y no dejaban de disfrutar los encantos de esas amables mujeres que cotizan en monedas contantes sus besos con sabor a champagne y a tabaco rubio...

Una noche Santiago faltó a la cita. Por la mañana se presentó Parker en su departamento. El estudiante se adelantó a la pregunta y puso en las manos de John una carta de su padre rogándole que la leyera.

El inglés leyó la carta, encendió su pipa, se sentó confortablemente e interrogó:

—¿Hora qué piensa usted hacer?

El estudiante no contestó y Mister Parker dijo:

—Porque me imagino que este quebranto económico a usted también lo sume en el ruina!

—Absolutamente — respondió Marcos.

—Bueno — dijo John confidente — ahora que ambos no estamos borachos, cuénteme el historia de su vida. Pero todo, todo. No trate de ocultarme siquiera este pasaje sentimental de ese amor desgraciado que lo hizo tan miserable...

Santiago miró con asombro a Parker. ¿Cómo diablos conocía él aquel episodio de su vida?

El inglés dijo, haciéndose cargo de la sorpresa del gauchito:

—Mi estar viejo, tener mucha experiencia y saber leer algunas almas, especialmente en los borachos...

Santiago refirió todos los hechos de su vida, sin omitir un solo detalle.

—Bueno — dijo Parker — no le voy a dar dinero...

El gurí se irguió indignado:

—Nunca se lo he pedido ni se lo pediré, inglés de...

—Calma, calma! Mi no querer herirlo. Estar queriendo hacerle un propuesta y usted no dejar explicar. Hora escuche con serenidad.

Santiago se tranquilizó. John siguió adelante:

—Mi saber que usted estar buen muchacho y no necesitar que nadie lo diga, pero un hombre que nunca ha trabajado, que sólo saber vivir a costa de su familia, que gastar el dinero estúpidamente y que viene a estudiar y no estudiar un comino, estar un inútil y casi un sinvergüenzo!...

El gauchito iba a defenderse. John lo detuvo con un gesto y con la mano, y agregó:

—Y un hombre que se emboracha para olvidar es un cobarde!

Se miraron a los ojos. Santiago tembló ante la serenidad y pureza de aquellos ojos azules; ojos que de tan superficiales y simples desconciertan y resultan extraordinariamente complejos...

El estudiante declaró:

—Tiene razón, señor Parker. Recién acabo de comprenderlo!

John le estrechó la mano, y en pocas palabras pactaron un convenio.

Santiago ingresó a la firma de Parker Brothers y Co. Ltd. como secretario privado de John Parker y al día siguiente empezó a desempeñar sus funciones. En aquel convenio de honor Santiago se comprometía a seguir estudiando en sus horas libres, a no beber más con exceso y, fuera de la oficina, seguir honrando la inquebrantable amistad que lo unía a su patrón.

Al principio Santiago pasó serios apuros en el cumplimiento de su secretariado. John lo abrumaba de trabajo y era, dentro de la oficina, duro, intolerante y poco comunicativo. En la calle se operaba un cambio radical y Parker tomaba nuevamente el carácter franco y bondadoso del amigo, casi del hermano. Por las noches se encontraban siempre, y farreaban como el pri-

mer día. Marcos acompañaba a John a todas partes y muchas veces lo llevaba a su casa de madrugada y lo dejaba al cuidado de un viejo criado escocés, de toda confianza de Parker, y que también solía enfermarse debido al whisky de su amo... Marcos ya no bebía. John se embriagaba cada vez más y reía como un niño festejando su borrachera...

Una noche Parker se propuso emborrachar al muchacho y le rogó que bebiera con él. Santiago ingirió dos copas y se plantó firme, rechazando el licor que John le hacía servir. El inglés se enojó y usó palabras insultantes. Entonces el gurí montó en cólera y mandó al diablo a su patrón junto con todos los negocios, declarando que renunciaba su puesto ipso facto. Mister Parker lanzó una carcajada triunfal, gritó un "hurra" inmenso, felicitó fervorosamente al estudiante y le hizo retirar toda idea de renuncia.

Una tarde llevaron a la oficina un cable urgente para Santiago Marcos. Era un llamado lacónico. Su padre estaba enfermo y lo reclamaba. El gauchito partió en el vapor del día siguiente. Llegó tarde. El viejo no pudo esperarlo...

Acompañó una semana a su familia y regresó a Buenos Aires. Se encontró con una dolorosa sorpresa. Una inglesita que se llamaba Bárbara, que trabajaba en la oficina como dactilógrafa, que era sobrina de Parker, que tenía relaciones íntimas con el gurí, y que le había jurado amor eterno, curándolo en parte del recuerdo torturador de su desaparecida gitánita, acababa de casarse con su tío.

John estaba radiante de alegría. Santiago, indignado. Parker quiso festejar su luna de miel con una cena íntima en su departamento particular, que estaba convertido en un nido de amor.

El único invitado fue Santiago. El gurí guardaba enconada reserva. Los cónyuges vaciaban sendas copas de champagne, bailaban, cantaban, reían... El champagne se concluyó. Parker quiso enviar a su criado por otras botellas. El viejo escocés roncaba tendido en la cocina exhalando alcohol. Bárbara no pudo contenerse y mientras su marido pugnaba por despertar al criado, saltó sobre las rodillas del gauchito, le oprimió el pecho con un fuerte y prolongado abrazo y le cubrió la boca con besos apasionados. El gurí quiso desprenderse pero no tuvo tiempo. Entró Parker, que empezó a reír como un loco, declarando:

—Lo comprendo. Bárbara quiere consolarte, muchacho!

Pero Bárbara, histérica y borracha, gritaba:

—Viejo imbécil, este es mi amante. ¿No lo ves? El muy traidor ahora me rechaza pero es mi amante, mi amante, mi amante!

Santiago pudo zafar, al fin, de las garras de la hembra. Entonces ella estalló en un ataque de furia y la emprendió con platos, copas y botellas. Rompía todo frenéticamente. Ante la pasividad de John intervino el gauchito que, después de gran esfuerzo, consiguió reducir a Bárbara a la impotencia y al silencio. La muchacha aflojó los brazos, cayó sobre un diván y se quedó dormida, respirando con angustiosa agitación.

John había encontrado unas botellas de whisky y seguía bebiendo entre risas y cantos. Santiago se retiró sin despedirse...

CAPITULO XXI

El secretario privado del gerente, no concurrió a su despacho, y pasó horas tratando de redactar su renuncia. Su aturdimiento eran tal que trazaba unas líneas, las leía, rompía el papel y volvía a comenzar. Durante la noche no había podido conciliar el sueño y estaba muy abatido.

Por la tarde lo sorprendió la visita de Bárbara y John, quienes se reían mucho de la incidencia de la pasada noche. Ambos sostenían que se trataba de una broma, mutuamente preparada. . . El gauchito se reanimó y las dificultades quedaron felizmente zanjadas. Los tres se fueron a Palermo. Después comieron en un restaurante elegante donde todos se condujeron alegres, discretos, sobrios y espirituales. . . De allí pasaron a tomar el café en una confitería. Bárbara estuvo menos discreta y aprisionó una pierna de Santiago entre sus dos rodillas. El gauchito no osaba moverse, y en un momento en que John dirigió la conversación hacia Inglaterra, él aprovechó la oportunidad para manifestar su ya reiterado deseo de conocer el Reino Unido. John y Bárbara rieron con entusiasmo y declararon que precisamente ese era un reciente y bien madurado plan de la Firma. Santiago quedó maravillado, y allí mismo se concertó su viaje. El gauchito se tomaría una quincena para despedirse de sus familiares y luego se embarcaría en Montevideo en el Arlanza rumbo a Southampton. En Londres le estaba reservada una alta situación en la casa Parker Brothers y Co. Ltd., y

podría continuar sus estudios dedicando preferente atención a sus aficiones literarias. John afirmaba con entusiasmo:

—Usted tener talento, corazón, carácter... Usted triunfar, amigo!

Y Bárbara apretaba con más fuerza sus rodillas...

Bebieron una botella de champagne y se separaron como tres hermanos... John abrazó a Santiago y Bárbara lo besó en los labios...

Al día siguiente todos los pormenores del viaje del gurí quedaron arreglados, y Bárbara asumió las funciones de secretaria privada de John Parker. Tomó posesión del puesto con la gravedad funcionaria que caracterizaba a la casa. El señor Parker comunicó severamente sus nuevos deberes. El gerente no tuvo una palabra de familiaridad guardando siempre la distancia entre patrón y empleado, y respetando las tradicionales normas oficinescas.

Santiago se despidió de los demás empleados, que le desearon "good luck", y se encaminó hacia su departamento a fin de arreglar sus maletas. Aquella misma noche partía para Paysandú.

Por la tarde, se encontró con John y Bárbara, que querían comer juntos y acompañarlo hasta el vapor.

Dos horas más tarde, en el restaurante, John se puso grave y dijo:

—Boy, parece mentira! Ya no volveremos vernos por mucho tiempo; tal vez por siempre!...

Santiago replicó emocionado:

—No, eso no! Volveré a embarcarme en Buenos Aires. El vapor sale de aquí y no veo la necesidad, y menos el sentido práctico, de ir a Montevideo. Además, así estaremos juntos los últimos días...

Parker hizo un gesto de contrariedad y Bárbara saltó protestando:

—Ésto está un desacato. ¿Cómo? ¿no se ha comprometido usted embarcar Montevideo, o es que salvajes sud americanos no tener palabra?...

John intervino autoritario:

—Nuestros convenios son terminantes: usted embarcar Montevideo!

Marcos cortó de raíz el mal:

—Bien, bien! Así lo haré. No hablemos más del asunto!

Bárbara se puso de mal humor y dijo entre dientes:

—Down with the south american savages!

Parker intervino, conciliador:

—Naturalmente, usted poder viajar Montevideo por Buenos Aires al su regreso del Paysandú, si así estar el su deseo y pasar el día con nosotros...

Bárbara aprobó, con muestras de alegría:

—Bravo, si señor! Excelente idea!...

Santiago se puso de acuerdo y volvió a reinar la calma y armonía entre los tres amigos.

El gauchito se dijo interiormente: "Yo afirmaré que estos ingleses son locos si no los conociera y no tuviera la seguridad de que son más cuerdos que nosotros... Quizá se hagan los locos!..."

Abordo se despidieron sin mayores comentarios, como reza entre los buenos británicos. John estrechó fuertemente la mano de Santiago, pero Bárbara, con infantil entusiasmo, le propinó tan recio empujón que el gurí fue a chocar contra una voluminosa matrona, la que lo roció con una maldición bien castiza...

*
**

Santiago pasó unos días en "Los Alamos".

Aquello estaba desierto. El gauchaje se había dispersado. Sólo pudo charlar un poco con los únicos tres viejos camaradas que aún rondaban por los alrededores y que parecían unos matusalenes, graves y ya caducos, y que respondían a los nombres de Eufrasio Cardozo, Cayetano Fernández y Virginio Collazo. El último era el más alegre y dicharachero. Quedaba en él algo de los tiempos idos. Los otros dos sólo se lamentaban o rezongaban todo el día como perros pulguientos y gruñones.

—Ay, gurí — decía Cardozo — qué transformación dende que te juiste la primera vez! El país se v'agrinando! En seis años todo ha cambiao, y se van concluyendo las camperiadas... Ya no quedan cuasi rodeos y el lazo ta siendo sustituido por los bretes áunde se encierra el ganao pa la capación, las marcaciones y hasta pa los apartes. No véis ayá los palo a pique? Son bretes... Tamién el fináito tu tata seguía la "evolución", como él decía, y mandó costruir eso... No vido mucho el risultao... Parece castigo e Dios! Ya has d'estar enterao de que la estancia v'a parar a manos de un nación que barrerá con tuitos nosotros... Ya no servimos ni pa tráir agua! En áura los piones ya no usan chiripá, ni bombachas anchas... Se presientan de bombiyas cuando no de pantalones de montar como estás vos... Si parecen esas arañas barcinas y vayas, de piernas finitas pero culonazas! Los capataces son en áura unos mocitos letraos. Y ansina es todo. Esta tierra v'al disastre, gurí. Quiera Dios yevarme pa su cueva el cielo ante que yo presencie a mi país agringao del todo!

Cayetano declaraba, entre mate y mate:

—Áura todo es pura chafalonía, ché. Empiesan a

venir los autos, las máquinas de esquila y los araos a motor. Fierro viejo que dentra al país a cambio de oro! Dicon qu'es el progreso, ¿no? Güeno, antes no teníamos tanto progreso pero teníamos menos malicia y menos corrupción, nó! La palabra era un documento y hasta el más piojoso yevaba algunos reales en el cinto y mucha dinidá en el corazón! Cómo no, nó! Sabíamos montar a caballo y no necesitabamos los autos p'atravesar la campaña en el lomo de nuestros pinga-zue criayos, nó! Pero nuestros manates amujeraos quisieron imitar a las uropas y tragieron autos y máquinas pa cuasi todos los menasteros... Güeno, el Señor nos castigó: la langosta viene todos los años y el país ta yenito e gringos! Qué Dios se apiade de mí y no me permita hablar arreesao pa que me entiendan esos herejes!

Collazo habló poco pero fue más optimista y llegó a más pintorescas conclusiones. Dijo, guiñando un ojo:

—Tan desagerando! Entóavía semos mayoría. Yo no m'entriego y tengo la esperanza de qu'el día menos pensao vamos a pasar a degüeyo a todo el gringaje y vamos a liberar otra vez nuestra tierra como dicen que lo hicieron los Treinta y Tres!...

Santiago visitó el Rincón de Escayola, el Gualeguay, Queguay Chico, Buricayupí, Soto y el Sauce. Pasó junto a los cuatro ocibos y se detuvo un momento. Los árboles estaban tristonos y sin flores... La cruz de los jesuitas aparecía inclinada como la Cruz del Sur... Lo atropellaron tropelos de viejos pensamientos... El gauchito partió al galope espantando los recuerdos que parecían perseguirlo como avispas embravecidas...

Al otro día, una mañana gris, salió tempranito con destino a Paysandú. Al pasar por el Sauce se acercó a la vieja laguna de gratos y tristes recuerdos. Una

mujer, desgreñada y sucia, lavaba un montón de ropa. La rodeaban cuatro "gurises". La reconoció en seguida: era Juanita. El intentó dar media vuelta y escapar, pero ella lo "madrugó". Lo detuvo un momento, y señalando al muchacho más crecido del grupo gritó:

—Miralo bien! Es tu retrato; rubio como vos...

Santiago huyó a la carrera!

Como en aquella mañana gris del 8 de marzo de 1908, el 9 de julio de 1914, Santiago tomaba el tren en la Estación Queguay, se acomodaba en su asiento, miraba a través de los cristales castigados por la lluvia y se perdía en el recóndito país de los recuerdos... Pero ahora iba solo. Quizá en espíritu lo acompañaba la noble figura del viejo centauro...

En Paysandú hizo un alto de dos días. Se despidió de sus familiares y de algunos de sus camaradas del Instituto, amigos generosos y dignos exponentes de una inquieta y altiva generación sanducera. — Aquellos muchachos no surgieron por falta de medio ambiente, no de virtudes...

Visitó los salones del colegio y recorrió el patio y los dormitorios. Nada había cambiado. Sólo faltaba la silueta apostólica de don Carlos Albo. El viejo maestro había viajado al Oriente Eterno...

El gauchito tomó el vapor para Buenos Aires. En la dársena manos queridas agitaron pañuelos blancos como las almas buenas...

En Buenos Aires pasó un día muy grato en compañía de Bárbara y de Parker. Almorzaron en el coqueto departamento del pintoresco matrimonio. Bárbara se mantuvo discreta y reservada y en un momento en que John los dejó solos declaró, aspirando la aromática humada de un abdulla:

—Ya no me interesas, boy... Pero tú me desearas...
Lo leo en tus ojos... Lleva este recuerdo...

E inclinándose prendió un alfiler con una magnífica perla en la corbata de Santiago. Los ojos del gurí se detuvieron en dos senos artísticos que parecían blancos pichones de picos sonrosados... Se le aceleró la sangre en las venas y se le erizó la piel... La muchacha lo notó y apretó furiosamente la rodilla del gaucho que quedó aprisionada entre sus dos piernas tentadoras...

Por la noche se despidieron abordo. John y Santiago se dieron un abrazo varonil, que era un adiós sin palabras y lleno de emoción. Bárbara fue un poco más efusiva y excéntrica. Abrazó a Marcos con frenesí, le mordió brutalmente los labios hasta hacerles una incisión y chupó la sangre con felina voracidad...

**

El Arlanza vibró en una recia sacudida y un fuerte golpe de mar bañó toda la cubierta.

Santiago sintió un latigazo de agua fría por la cara y despertó. Estaba solo. De nuevo el pámpero silbaba bravío. Montevideo había desaparecido en lontananza y entre el horizonte brumoso se veía apenas, con ligeras sinuosidades, la ondulada costa uruguaya... Y, a Marcos, se le antojó que aquella era la caprichosa línea de la Vida trazada en la ilegible mano del Destino...

FIN